



GVIDIO

1

PA6526

.H4

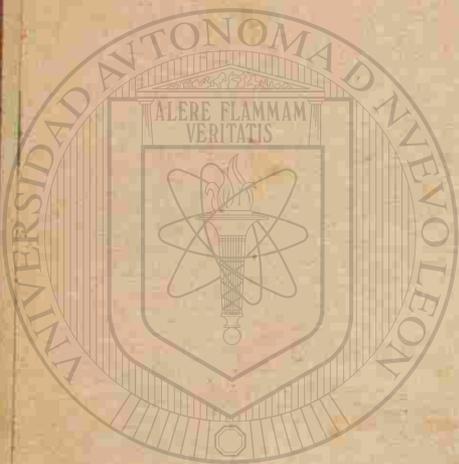
02

v. 1



1080013730

UNIVERSITY OF TORONTO  
ADRIAN B. GIBSON  
UNIVERSITY OF TORONTO



7

LAS HEROIDAS

DE

OVIDIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# LAS HEROIDAS

DE

## OVIDIO

TRADUCIDAS

POR *Un Mexicano.*

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MEXICO. ®

*Imprenta de Galvan*

A CARGO DE MARIANO AREVALO,

calle de Cadena n.º 2.

Imprenta de Galvan á cargo de Mariano Arévalo,

calle de Cadena núm. 2.

1828.

PA 6526

.H4

02

v. 1



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155854

## ADVERTENCIA.

*En obsequio de los que no están versados en la mitología, á mas de los Argumentos, se ha puesto al fin del segundo tomo un índice abreviado por orden alfabético, en que se hallarán los principales nombres de los dioses, diosas, héroes, heroínas, y otras cosas para facilitar la inteligencia de estas HEROIDAS, que se han procurado traducir casi literalmente, cuidando sin embargo que perdieran lo menos posible de su notorio mérito.*

## HEROIDA PRIMERA.

## ARGUMENTO.

*Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, habiéndose robado á la griega Helena, fue causa de que los griegos, para vengarse, pusieran un sitio á Troya que duró diez años; despues de los cuales, incendiada aquella ciudad, se restituyeron los vencedores á su pátria con varia suerte, siendo la de Ulises (que tambien concurrió al asedio). andar errante por diversos mares y tierras, sin poder arribar á su reino de Itaca en muchos años. Tan larga demora da motivo á su esposa Penélope de escribirle la siguiente carta, en que le pinta lo que ha padecido en su ausencia, y le exhorta á que no retarde mas su vuelta.*

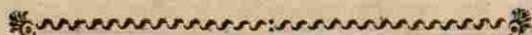
Estas Heroidas no podrán reimprimirse sin consentimiento del traductor.

## HEROIDA PRIMERA.

## ARGUMENTO.

*Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, habiéndose robado á la griega Helena, fue causa de que los griegos, para vengarse, pusieran un sitio á Troya que duró diez años; despues de los cuales, incendiada aquella ciudad, se restituyeron los vencedores á su pátria con varia suerte, siendo la de Ulises (que tambien concurrió al asedio). andar errante por diversos mares y tierras, sin poder arribar á su reino de Itaca en muchos años. Tan larga demora da motivo á su esposa Penélope de escribirle la siguiente carta, en que le pinta lo que ha padecido en su ausencia, y le exhorta á que no retarde mas su vuelta.*

Estas Heroidas no podrán reimprimirse sin consentimiento del traductor.



## PENÉLOPE

### ULISES.

**P**enélope, tu esposa desdichada,  
 ¡ O tardo y perezoso Ulises mio!  
 Esta te escribe; pero no respondas;  
 En lugar de respuesta ven tú mismo.

Ya Troya, justamente aborrecida  
 De las jóvenes griegas, ha caído;  
 ¿ Y qué importa Priamo y toda Troya,  
 Para que así te escondas fugitivo?

¡ Oh! ¡ si cuando el adúltero llevaba  
 Acia Lacedemonia sus navíos,  
 Las irritadas ondas en su seno  
 Hubieran al infame sumergido!

Ni yo yaciera miserable y sola  
 En el desierto lecho en que me miro:  
 Ni me quejára yo de que los dias  
 Caminen tan pesados y tardíos.

Ni, en fin, para engañar en algun modo  
 De las eternas noches el fastidio,  
 Me fatigára en ellas con la tela  
 En que mis viudas manos ejercito.

¿ En qué ocasion ó tiempo mil desgracias  
 Mayores que las ciertas no he temido?  
 Que el solícito amor siempre está lleno  
 De sustos y temores infinitos.

Figurábame ya que los troyanos  
 Sobre tí se lanzaban vengativos;  
 Y al solo nombre de Hector mi semblante  
 Quedaba de temor descolorido.

O si contaba alguno que en el campo  
 Antíloco por Hector fue vencido,  
 Antíloco la causa en el instante  
 Era de mis temores excesivos.

Si de Patroclo, el hijo de Menecio,  
De las armas de Aquiles revestido,  
Me contaban la muerte, yo lloraba  
El suceso infeliz de aquel arbitrio.

O si en sangre empapó de Tlepolemo  
Su fiera lanza Sarpedon el licio,  
De Tlepolemo la sangrienta muerte  
Al punto renovaba mi conflicto.

Cuantos griegos en fin en vuestros campos  
Murieron al furor del enemigo,  
Todos hicieron que mi amante pecho  
Yerto quedase, mas que el yelo, frio.

En fin, los justos dioses, á mis votos  
Y á mi inocente amor fueron propicios;  
Pues en cenizas convertida Troya,  
Mi idolatrado esposo quedó vivo.

Tornaron ya los capitanes griegos:  
Los altares humean de continuo;  
Y estrangeros despojos por dó quiera  
Son á los sacros dioses ofrecidos.

Las jóvenes ofrecen gratos dones  
De sus esposos al feliz arribo;  
Y los hados de Troya cantan ellos  
Por los suyos deshechos y vencidos.

Admírase el anciano venerable,  
Y la doncella tímida al oírlos:  
La esposa está pendiente de los labios  
Del marido que cuenta estos prodigios.

Tal vez alguno, puesta ya la mesa,  
Señala en ella el memorable sitio,  
Con el vertido vino, dibujando  
De Troya la ciudad, y el campo Argivo.

„Este es el monte, dice, de Sigeo;  
„Por aquí el Símois va, troyano rio;  
„Aquí el soberbio alcázar de Priamo  
„Ocupaba un lugar muy estendido.

„Aquí las tiendas del valiente Aquiles,  
„Aquí están las de Ulises el divino,  
„Y aquí el cadáver de Hector arrastrado  
„Causó terror á los caballos mismos.”

Que todas estas cosas me ha contado  
Mas de una vez Telémaco tu hijo,  
A quien el viejo Nestor las narraba  
Cuando yendo á buscarte, estuvo en Pilos.

Contábame tambien como murieron  
En mitad de la noche sorprendidos,  
Por Diómedes y tú, Dolon y Reso,  
Con engaños aquel, y éste dormido.

Y como con un solo compañero  
De noche, con audacia y artificios,  
Penetraste de Reso los reales  
Pasando muchos hombres á cuchillo.

Bien se conoce, Ulises, en tu arrojó  
Cuanto echaste á los tuyos en olvido,  
Pues cuando tú me amabas, yo me acuerdo,  
Que eras por mí, mas cauto en el peligro.

Quando escuché tu arrojó, allá en el pecho  
Daba mi corazón fuertes latidos;  
Ni cesó mi temor aun cuando supe.  
Que entraste victorioso al campo amigo.

¿Mas qué me importa á mí que derrocára  
Al soberbio Ilion tu brazo invicto?  
¿Ni qué, que los que un tiempo fueron muros  
En triste suelo fueran convertidos?

¿No soy tan infeliz como lo fuera  
Mientras Troya duró? ¿cuál es mi alivio?  
Yo carezco, cual antes, de mi esposo,  
Sin poder ver el fin de mis gemidos.

Troya, cuyo terreno el victorioso  
Con bueyes ara ya, que unció cautivos,  
Cayó para otras mil afortunadas,  
Mas para mí infeliz aun no ha caído.

Ya sementeras son lo que fue Troya,  
Y fecunda, con sangre de los frigios,  
La tierra brota mieses abundantes,  
Que ha de segar el labrador tranquilo.

Humanos huesos medio sepultados  
Rompe el arado corvo en su ejercicio,  
Y las yerbas ocultan por do quiera  
Desechos y asolados edificios.

Sales triunfante en fin; pero yo ignoro  
 Cuál de tu detencion es el motivo;  
 Ni me es dado saber por qué ó en dónde  
 Con ferreo corazon te has escondido.

Cualquiera que de Itaca á las riberas  
 Encamina su barco peregrino,  
 No se aleja, sin que antes le pregunte  
 De tí mil cosas, que saber ansío.

Y por si mi ventura fuese tanta,  
 Que te encontrára acaso en su camino,  
 Escrita por mis manos una carta  
 Para que te la entregue le confío.

A Pilos donde reina el viejo Nestor,  
 Cuya avanzada edad cuenta ya siglos,  
 Envié á saber de tí; pero fue inútil  
 La incierta nueva que de Pilos vino.

Tambien á Esparta envié; mas en Esparta  
 Ignoran igualmente tu destino:  
 Ni la region se sabe donde habitas,  
 Ni el lugar en que vives tan remiso.

El que existiera Troya todavia  
 Hubiera para mí mas útil sido;  
 Y yo misma detesto ya mis votos,  
 Porque cayera Troya, repetidos.

Supiera al menos donde peleabas,  
 Y solo de la guerra los peligros  
 Temiera yo, pudiendo mis querellas  
 Con las de otros juntar, para mi alivio.

Vencida Troya, ignoro lo que temo;  
 Pero lo temo todo á un tiempo mismo:  
 Y así un campo espacioso y dilatado  
 A todas horas se abre á mi martirio.

Cuantos peligros tiene el ancha tierra,  
 Y cuantos tiene el mar en sus abismos,  
 Otros tantos motivos y ocasiones  
 De tan larga tardanza me imagino.

Mientras yo neciamente así me afano,  
 Tú, de estrangero amor tal vez cautivo,  
 Amas á alguna jóven; que tan dulce  
 Suele ser la traicion á los maridos.

Tal vez la contarás, por agradarla,  
 Cual es mi llano y rústico ejercicio;  
 Que inútiles y ociosos los vellones,  
 Ocupada en la tela, no permito.

¡Oh! ¡quiera el cielo que me engañe en esto  
 Y que el viento se lleve el vaticinio!  
 Que fuera insoportable tu tardanza,  
 Si el volver á tu pátria está en tu arbitrio.

Mi padre Icarío quiere que abandone  
 El lecho en que sin tí, sola yo habito,  
 Y al ver la resistencia que le opongo,  
 Condena mi tardanza cual delirio.

Condénela mi padre cuanto quiera;  
 Tuya soy, y de serlo me glorío:  
 Que Penélope fiel, de Ulises solo  
 Siempre esposa será como lo ha sido.

Mas Icarío por fin, viendo cuan firme  
 Romper la fe que te juré, resisto,  
 Modera algunas veces sus instancias  
 Dejándose vencer á ruegos míos.

Una turba de amantes impudente  
 De Duliquio, de Samos y Zazintos,  
 Porfiada me asedia, y con descaro  
 Me persigue, buscando mi cariño.

Reinan osados en tu misma casa,  
 Sin haber quien se oponga á su dominio.  
 Disipando voraces tus riquezas,  
 Que son nuestra sustancia y nuestro abrigo.

¿Para qué referirte la osadía,  
 La orgullosa altivez, los desperdicios,  
 De Eurímaco, de Antínoo, de Pisandro,  
 De Medonte cruel, ni de Polybo?

¿Ni para qué nombrarte tantos otros  
 A quienes todos ¡oh dolor! tú mismo  
 Con tu sangre alimentas torpemente,  
 Descuidando los bienes adquiridos?

Iro el mendigo, y el pastor Melaucio,  
 Haciendo que devoren tus apriscos,  
 (Que es el último exceso del oprobrio)  
 Tambien para tu daño están unidos.

Tres solo en tu favor hemos quedado,  
Laertes, por los años impedido,  
Telémaco, muy jóven todavía,  
Y yo débil muger sin poderío.

Y aun Telémaco ¡ó dioses! hace poco,  
Cuando á pesar de todos iba á Pilos,  
Estuvo á punto de perder la vida  
Por la infame traicion de estos impíos.

¡Hagan los dioses que jamás perezca,  
Y que siguiendo su órden los destinos,  
Pueda cerrar tus ojos cuando mueras,  
Habiéndome prestado igual oficio!

Estos mis votos son, y estos los votos  
De Fileseo el pastor, boyero antiguo,  
De la anciana nodriza, y finalmente  
De nuestro fiel Eumeo, el porquerizo.

El anciano Laertes, como inútil  
Para las armas, sin esfuerzo y brio,  
Sostener tus derechos ya no puede  
En medio de tan tercios enemigos.

Las fuerzas de Télemaco muy tiernas,  
Crecerán con la edad, ya que está vivo:  
Edad que tú debieras ciertamente  
Cuidar y sostener con tus ausilios.

Yo en fin, muger y sola, nada puedo  
Para arrojar de casa á estos inicuos;  
Y así vuela tú mismo, de los tuyos  
A ser el salvamento y el asilo.

Un hijo amante tienes, (¡Quiera el cielo  
Guardártelo, cual yo se lo suplico!)  
Que en sus jóvenes años ser debia  
De su padre en las artes instruído.

Mira, mira á Laertes, tu buen padre;  
Ven á cerrar sus ojos, cual buen hijo,  
Que poco ha de tardar, cargado de años,  
En exhalar el último suspiro.

Mírame en fin á mí, que si era jóven  
Cuando te ví partir, será preciso, (cuentres  
Que á tu vuelta, aunque pronta, ya me en-  
Tal vez cual una anciana, Ulises mio.

## HEROIDA SEGUNDA.

## ARGUMENTO.

*Navegando á su pátria Demofonte, hijo de Teseo, fue acometido por una tempestad y arrojado á Trácia, donde lo acogió Filis, hija del rey Licurgo, la cual reinaba entonces: y habiendo vivido con ella algun tiempo, la dejó para ir á cuidar del reino de su padre, con promesa de volver al cabo de un mes. Pasados cuatro sin verificarlo, le escribe Filis recordándole su promesa, la acogida que le dió, pintándole su desesperacion si no vuelve, y la resolucion de quitarse la vida en este último caso.*

## FILIS

A

## DEMOFONTE.

Tu Filis, la que en Trácia ¡ó Demofonte!  
Te acogió con amor y fe tan firme,  
Se queja de que el tiempo es ya pasado  
En que volver á Trácia prometiste.

Tú ofreciste volver ácia mis playas  
Cuando la luna que el espacio mide  
De la callada noche, una vez sola  
El curso concluyera que describe;

Pero ya cuatro veces se ha perdido,  
Y otras tantas ha vuelto á descubrirse,  
Y en los mares de Trácia no aparece  
La nave, Demofonte, en que te fuiste.

Si, cual suelen hacerlo los amantes,  
El tiempo largo de tu ausencia mides,  
Hallarás que mi queja no es temprana,  
Y antes tarda mas bien puede decirse.

Por mas tiempo esperé del que debiera,  
Teniendo tu traicion por imposible;  
Mas ya la creo en fin, y á pesar mio,  
Mi amante pecho tus engaños gime.

Mil veces he mentido por tu causa,  
Diciendo que tu vuelta era infalible,  
Pues juzgaba que el viento y tu promesa  
Acá otra vez debieran conducirte.

A tu padre Teseo muchas veces  
En tu tardanza y mi dolor maldije,  
Creyendo que tu vuelta estorbaria,  
Mas acaso no es él quien la prohíbe.

Otras veces temblaba imaginando,  
Que del Hebro, al pasar entre las sirtes,  
Tal vez las fieras y espumosas ondas,  
Pudieron con el barco sumergirte.

Mil veces á los dioses he pedido,  
Ante sus aras en accion humilde,  
Que, á pesar de tu engaño y tus perfidias,  
Salvo te conservasen y felice.

Otras muchas, mirando favorables  
Los vientos, y los mares bonancibles:  
*El volvera, si vive: sí, sin duda;*  
*El volverá, yo misma á mí me dije.*

Y otras muchas en fin mi amor constante  
Cuantas causas pudieran impedirte  
Se imaginaba, haciéndome ingeniosa  
En disculpar tu ausencia inconcebible.

Mas tú en tanto no tornas, ni te mueven  
Los juramentos que al partir hiciste  
A las sacras deidades, ni tampoco  
El amor y finezas de tu Filis.

Sin duda ¡ó Demofonte! diste al viento  
La vela y tus palabras al partirte;  
Y ni la nave cumple lo que ofrece,  
Ni tus palabras cumplen lo que dicen.

Díme ¿qué pude hacer que te agraviase,  
Sino amarte sobrado, como lo hice?  
Esta sola es mi culpa; mas por ella  
No merezco en verdad que así me olvides.

Un crimen hay en mí, yo lo confieso,  
Y es que pude, hombre falso, recibirte;  
Pero de un beneficio, si lo adviertes,  
Tiene el valor y mérito este crimen.

¿A dónde esta la fe que me juraste?  
¿A dónde está la diestra que me diste?  
¿A dónde el dios de amor, que tantas veces  
Pronunciaba tu labio al persuadirme?

¿A dónde el himeneo prometido,  
Garante del enlace, que dijiste  
Que en conyugal union correr haria  
Nuestros años unidos y felices?

Tú por el mar juraste, cuyas ondas  
Furiosos vientos chocan y dividen;  
Juraste por el mar, que á surcar ibas,  
Y cuyos riesgos antes conociste.

Por Neptuno juraste que es tu abuelo,  
(Si en esto hablas verdad y no lo finges)  
Por Neptuno, que puede de los mares  
Serrenar ó encender las fieras lides.

Por Venus me juraste, y por las armas  
Del ciego Niño, que mi pecho oprimen,  
Del Niño que me abrasa con su tea,  
Y con su aljaba y arco me persigue.

Me juraste por Juno la divina,  
Que en las bodas benéfica preside,  
Y por Ceres en fin, asegurando  
La palabra cumplir que aquí me diste.

Si de tantas deidades cada una  
La debida venganza de tí exige,  
No basta, Demofonte, tu persona  
Las penas á pagar de tanto crimen.

Las fatigadas naves que yo misma  
Reponer compasiva ó necia quise,  
Fueron para que en quilla mas segura  
Me abandonases, pérfido, con irte.

Y para que de mí fueras huyendo.  
 Los remos y las velas te previné:  
 ¡Infelice de mí que con mis armas  
 Herido el pecho se lamenta y gime!

Engañáronme dulces las palabras  
 En que abunda tu labio al producirse:  
 Engañáronme juntos tu prosapia,  
 Y el nombre que te ilustra, según dices.

Engañóme tu llanto.... ¿También este,  
 Cual tus palabras, pérfido, fingiste?  
 ¿Las lágrimas también á derramarse  
 Enseña el arte, si la vez lo pide?

Engañáronme en fin los mismos dioses:  
 Pero tantos engaños ¿á qué unirse?  
 ¿Cualquiera de ellos no bastaba solo  
 A burlar el candor de una infelice?

No la acogida que te dí me pesa  
 Cuando quise en mi reino recibirte:  
 ¡Ojalá que éste solo hubiera sido  
 El único favor que me debiste!

Mas sí me pesa ¡ó cuánto! haber creído  
 Tus falsedades y lisonjas viles,  
 Por las que neciamente alucinada  
 Contigo ¡ay desdichada! llegué á unirme.

¡Oh! ¡Si la noche que anunció tal día  
 La última fuera de mi vida triste!  
 Al sepulcro inocente y no culpada  
 Bajára entonces la engañada Filis.

Mejor suerte esperaba, imaginando  
 Haberla merecido con servirte:  
 Que es lícito esperar, si la esperanza  
 En el fundado mérito consiste.

Engañar á una jóven inocente  
 No es hazaña en verdad ardua y difícil,  
 Mereciendo favor, y no traiciones,  
 Un tierno corazón sencillo y simple.

Herida del amor, muger, y jóven  
 ¿Qué mucho si engañarme conseguiste?  
 ¡Hagan los dioses, que á lo menos éste  
 Pueda el último ser de tus ardides!

Y que se alce tu estatua, do se miran  
De los hijos de Egeo las efigies;  
Junto á la de Teseo, cuyo nombre  
Ensalzan estos títulos sublimes:

„Este es quien á Procusto dió la muerte,  
„Y al inhumano Seíron: quien de Sinis  
„Los miembros destrozó: quien á la tierra  
„Libró del Minotauro, monstruo horrible:

„Quien á Tebas venció: quien puso en fuga  
„A los fieros centauros invencible;  
„Quien del negro Pluton al reino oscuro  
„Bajó en fin, á pesar del can trilingüe.

Cabe esta estatua pues, allá en Atenas,  
La tuya y este título se fijen:

„Este, á la amante que le dió acogida,  
„Hizo con sus engaños infelice.

Pues de los grandes hechos de tu padre,  
De sus hazañas públicas é insignes;  
A Ariadna abandonada con perfidia  
Es tan solo la hazaña que aprendiste.

De entre tantas acciones, solamente  
La que juzgó tu padre reprehensible,  
Es la única que admiras; y heredero,  
Si no de las demas, de ella te hiciste.

Ariadna (no la envidio) ya disfruta  
Un marido mejor, de engaños libre,  
Y en elevado carro se pasea,  
Del que tirando van pintados tigres.

Yo despreciada soy; y los de Trácia  
(De quienes por tu causa me deshice)  
Desprecian ya mi mano, porque ingrata  
Un extranjero pude preferirles.

Y hay quien diga tal vez: „ya Filis puede  
„A Atenas la científica partirse;  
„Que en la guerrera Trácia, sin sus yerros,  
„Habrà sin duda quien mejor domine.”

Asi suelen hablar. ¡Oh nunca el cielo  
Las necias predicciones verifique,  
De los que solo juzgan las acciones  
Por el éxito bueno ó infelice!

Pero si tú volvieses; si tu nave  
Otra vez á mis puertos se dirige;  
Publicarán entonces mis aciertos  
Cuando escogerte por esposo quise.

Mas ni yo tuve acierto, pues no tornas,  
Ni te mueve el reinar para venirte,  
Ni ya te bañarás, como solias,  
Del Bistónio en las aguas apacibles.

Aun á mis tristes ojos todavia  
El acto de tu ausencia se repite:  
Paréceme estar viendo allá en el puerto  
Tus naves ya dispuestas á partirse.

Entonces me abrazaste, y rodeando  
Con tus brazos mi cuello, al despedirte,  
Cual un amante tierno que se ausenta,  
A hacerme otras caricias te atreviste.

Tus lágrimas, ingrato, con las mias  
Vi por un largo rato confundirse;  
Y al hincharse la vela aun te quejaste  
De que fueran los vientos tan felices.

Arrancándote entonces de mis brazos  
Estas palabras últimas dijiste:  
„No llores ¡ay! espera ¡ó Filis mia!  
„Que tu fiel Demofonte pronto arribe.”

¿Qué tengo de esperar, si con engaños  
Para nunca mas verme te partiste?  
¿Qué tengo de esperar, si ya á tus naves  
Acercarse á mis playas no permites?

Sin embargo, yo espero: haz con tu vuelta  
Que mi amante esperar se realice:  
Ven aunque tarde, ven; y haz de este modo,  
Que en el tiempo, y no mas, tu falta estribe.

¿Mas para qué te ruego ¡ay desdichada!  
Si el poderte volver tal vez lo impide  
Alguna nueva esposa, ó nueva llama,  
Que á mi suerte se opone y contradice?

Desde que me olvidaste hallarás otras,  
Mas otra como Filis, imposible;  
Y si tanto ¡ay de mí! me has olvidado,  
Que puedas preguntar „cuál, ó qué Filis.”

Aquella, Demofonte, que en un tiempo,  
 Cuando errante llegaste á sus confines,  
 Te abrió de Trácia los amigos puertos,  
 Y te dió la acogida que pediste:

La que con sus riquezas abundantes  
 Las tuyas aumentó sobrado humildes:  
 La que de dones te colmó indigente,  
 Y pensaba otros muchos conferirte:

La que puso en tu mano las provincias  
 Que el reino de Licurgo circunscriben;  
 Tan vastas y beligeras, que apenas  
 Por sola una muger pueden regirse;

Desde do se alza el Ródope nivoso  
 Y el Hemo, cuya cumbre se reviste  
 De umbrosas arboledas, hasta el Hebro,  
 Cuyas aguas el Póntico recibe;

La que en fin con auspicios tan funestos  
 Quiso tu esposa ser, aun siendo virgen,  
 Cuando con mano infiel y engañadora  
 El cinto virginal la desceñiste.

Tálamo desdichado, dó se oyera  
 De Tisifone el lamentar horrible:  
 Dó en lugar de los cantos de Himeneo  
 Solo se oyó del buho el canto triste.

Dó en vez de Juno, Alecto presidia,  
 Erizadas de vívoras sus crines;  
 Y dó con las nupciales, bien pudieron  
 Las sepulcrales teas confundirse.

Con todo, á los peñascos y á las playas,  
 Sumida en la tristeza que me oprime,  
 Muchas veces me voy, y allí me sienta  
 Donde los anchos mares se registren.

Ora caliente el sol la seca tierra,  
 Ora los astros de la noche brillen;  
 Observando me estoy cual viento reine,  
 Y si las ondas de la mar agite.

Si en tanto alguna vez allá en los mares  
 Algun lejano barco se percibe,  
 Figúrome al instante, y ya no dudo  
 Que en él mi Demofonte se aproxime.

Corro sin detenerme ácia la orilla,  
A dó primero estiende el mar movable  
Las espumosas aguas que mis pasos  
No sin trabajo detener consiguen.

Y cuanto mas el barco se aproxima,  
Mas mis fuerzas se agotan y se rinden,  
Al ver mi desengaño; y caigo en tierra  
Hasta que las esclavas me retiren.

Hay un seno en el mar en forma de arco  
Bajo de una montaña inaccesible,  
En cuyos dos extremos levantados  
Grandes peñascos horridos se erigen:

Desde esta elevacion quise resuelta  
Precipitarme, y en el mar hundirme:  
Y sin duda lo haré, pues tú resuelto  
En tus engaños y mi mal persistes.

A tus playas entonces mi cadáver  
Las olas llevarán, y cuando arribe,  
Me ofreceré á tus ojos insepulta,  
Pues así con tus fraudes lo quisiste.

Porque al hierro, al diamante, y á tí mismo  
Superes en dureza, hombre insensible;  
Y esclamarás tal vez „¡ay Filis mia!  
No así debiéras ¡ó dolor! seguirme.”

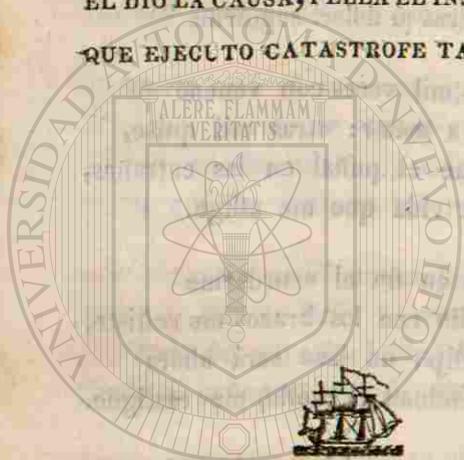
Sí, moriré: mil veces con veneno  
Me quise ya matar: otras mil quise,  
Hundiéndome el puñal en las entrañas,  
Acabar una vida que me aflige.

Otras veces en fin al acordarme  
Que el cuello con los brazos me ceñiste,  
„Un lazo, dije, un lazo será ahora  
„Quien ceñiéndome el cuello, me castigue.

Está resuelto ya: mi honor perdido  
Muerte temprana y súbita indemnice;  
Y en escoger la muerte que me acabe  
Tiempo muy corto debe consumirse.

Y tú que de mi muerte eres la causa,  
La causa que odiarán cuantos la miren,  
Conocido serás en mi sepulcro  
Por éste rubro ú otro que lo explique:

A FILIS DEMOFONTE DIO LA MUERTE,  
 PERFIDO HUESPED, A SU AMANTE FIRME;  
 EL DIO LA CAUSA, Y ELLA EL INSTRUMENTO,  
 QUE EJECUTO CATASTROFE TAN TRISTE.




---



---

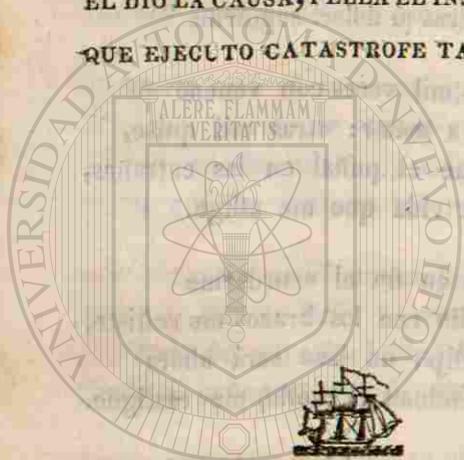
## HEROIDA TERCERA.

---

### ARGUMENTO.

Entre las cautivas que se repartieron los griegos de las ciudades que subyugaron en Frigia, cuando vinieron al sitio de Troya, tocó Briseida á Aquiles; mas habiendosela quitado el rey Agamenon, se retiró aquel héroe á sus tiendas sin querer pelear, ni aplacar su enojo, aun cuando el rey arrepentido le devolvía su cautiva con muchos dones. Entonces Briseida escribe á Aquiles, quejándose de la facilidad con que la entregó, y de la obstinacion que muestra en recibirla: suplicale que la reciba, ya que no como esposa, siquiera como á su esclava.

A FILIS DEMOFONTE DIO LA MUERTE,  
 PERFIDO HUESPED, A SU AMANTE FIRME;  
 EL DIO LA CAUSA, Y ELLA EL INSTRUMENTO,  
 QUE EJECUTO CATASTROFE TAN TRISTE.




---



---

## HEROIDA TERCERA.

---

### ARGUMENTO.

Entre las cautivas que se repartieron los griegos de las ciudades que subyugaron en Frigia, cuando vinieron al sitio de Troya, tocó Briseida á Aquiles; mas habiendosela quitado el rey Agamenon, se retiró aquel héroe á sus tiendas sin querer pelear, ni aplacar su enojo, aun cuando el rey arrepentido le devolvía su cautiva con muchos dones. Entonces Briseida escribe á Aquiles, quejándose de la facilidad con que la entregó, y de la obstinacion que muestra en recibirla: suplicale que la reciba, ya que no como esposa, siquiera como á su esclava.

## BRISEIDA

## AQUILES.

Esta carta que ves, Aquiles, parte  
De tu robada y mísera Briseida,  
Muy mal escrita por mi mano en griego,  
Pues esta locucion me es estrangera.

Advierte que si van dó quier borradas,  
Mis lágrimas borraron estas letras,  
Pero tambien las lágrimas contienen,  
Para quien las entiende, su elocuencia.

Y si decir me es lícito, aunque esclava,  
A mi dueño y esposo algunas quejas,  
Algunas te diré como á mi dueño,  
Y otras como á mi esposo en mi dolencia.

No es culpa tuya, no, que me entregáras  
Al rey Agamenon, si asi lo ordena;  
Pero si es culpa tuya el entregarme  
Con tanta prontitud, con tal presteza.

Pues apenas Taltibio y Euribates,  
De Agamenon ministros, en tu tienda  
Se presentaron á pedirme, cuando  
Al instante quedé su prisionera.

Admirados entonces, uno al otro,  
Y sin que una palabra profirieran,  
Se miraron los dos, como quien dice,  
¿A dónde está el amor que la profesan?

Bien pudiste oponerte. ¡Oh que agradable  
Me hubiera sido allí tu resistencia;  
Pero entregada al punto ¡ay infelice!  
Ni aun pude acariciarte cual quisiera.

Solamente á mis lágrimas amargas,  
Para llorar sin fin, solté la rienda,  
Y arranquéme el cabello, contemplando  
Que por segunda vez me hallaba presa.

Engañando á mis guardias, muchas veces  
Pensé volverme huyendo, á tu presencia;  
Mas si acaso escapaba de los griegos,  
A dar en los troyanos iba espuesta.

Y si hubiera salido, me temia,  
Que si ellos por mi mal, me sorprendieran,  
Aunque indigna, cual don me presentasen  
Del anciano Priamo á alguna nuera.

Mas ya que fue preciso el entregarme,  
¿Cómo tan largo tiempo así me dejas?  
¿Cómo sin reclamarme estás tranquilo?  
¡Oh! ¿qué pronto tus iras se moderan!

No lo esperaba así cuando Patroclo  
Me dijo al entregarme en voz secreta:  
„Por qué tanto llorar? Enjuga el llanto,  
Que poco tiempo durará tu ausencia.”

Mas no basta ¡oh dolor! que no me pidas;  
Antes parece, ingrato, que te empeñas  
En impedir mi vuelta. ¿Y de este modo  
Dirás que eres mi amante y que me anhelas?

De Telamon y Amíntor los dos hijos,  
Ajax y Phenix con Ulises fueran,  
Siendo de aquellos tu pariente el uno,  
Tu compañero el otro en paz y guerra;

Por Atrida enviados á rogarte  
Que aplacado tu enojo me admitieras,  
Apoyando su súplica elocuente  
Con esquisitos dones y preseas.

Veinte vasos hermosos de luciente  
Y encendido metal de labor diestra,  
Siete elegantes tripodes iguales  
A los vasos en gusto y en riqueza;

Doce fuertes caballos, avezados  
A vencer en la lid y en la carrera,  
Y diez talentos de finísimo oro  
Que con los vasos iban y las mesas;

Y aun (lo que para tí no era preciso)  
Siete de Lesbos candidas doncellas,  
Que entre las mas hermosas, otro tiempo  
En la ciudad vencida se escogieran.

Con estas ademas, para tu esposa  
 (Bien que no necesitas ya tenerla)  
 De las tres hijas jóvenes y hermosas  
 Del rey Agamenon la que quisieras,

¿Cómo te niegas pues á recibirme  
 Con los preciosos dones y riquezas,  
 Que dar por mi rescate deberias,  
 Si tú de Agamenon me redimieras?

¿Con cuál culpa ¡ay ingrato! he merecido  
 Que con desprecio por tan vil me tengas?  
 ¿El decantado amor que me tenias,  
 Adónde huyó con tanta ligereza?

¿Será, que al que una vez es desdichado  
 Persigue sin cesar fortuna adversa?

¿Será, que ya jamás á mis desdichas  
 Esperanza de alivio alguna queda?

Los muros de Lirneso ví yo misma  
 A tu valor rendidos y á tu fuerza;  
 De Lirneso, mi dulce y cara pátria,  
 De quien era yo parte no pequeña.

En su devastacion mis tres hermanos,  
 Que de mi infancia compañeros eran,  
 Tambien lo fueron de mi triste suerte,  
 Y vílos perecer en lid sangrienta.

A Minetes tambien, mi triste esposo,  
 Sin que empuñar el cetro le valiera,  
 Ví revolcarse pálido en la sangre  
 Con que él mismo empapó la dura tierra.

De todas estas pérdidas pensaba  
 En tí solo encontrar la recompensa,  
 Pues tú mi hermano, mi marido y padre  
 En mi horfandad y soledades fueras.

Y tú, jurando por tu madre Tetis,  
 Del proceloso mar acuosa dea,  
 En mi desolacion me aseguraste,  
 Que mejoraba en ser tu prisionera.

¡Sin duda he mejorado, pues dotada  
 Con tan ricos presentes me desprecias,  
 Y por no recibirme, no recibes  
 Tanta riqueza y don que te presentan!

Y aun para colmo de mi mal, se dice  
Que mañana al instante que aparezca  
La nueva aurora, tú para tu patria,  
Sin temor á los vientos, das la vela.

Cuya negra maldad á mis oídos  
¡Miserable de mí! llegára apenas,  
Cuando huyendo la sangre de repente  
Quedó mi pecho sin vigor ni fuerzas.

Te irás, Aquiles; ¡ay! te irás: ¿y en dónde,  
Y á quién, cruel, ¡ay misera! me dejas?  
Abandonada entonces ¿habrá acaso  
Quien me consuele, quien de mí se duela?

¡Primero, ó dioses, ábrase imprevisto  
Y en sus abismos trágueme la tierra!  
¡Primero un rayo en rutilante fuego  
Me abraze y aniquile mi existencia!

Que contigo y sin mí tus pitias naves  
Las canas ondas de los mares hiendan;  
Y que quedando abandonada y sola  
A tu patria, sin mí partir las vea.

Mas si tornarte ya, resuelto quieres,  
Si á tus dioses penates ver anhelas;  
En verdad que no soy tan grave carga  
Para que embarazar tu armada pueda.

Cautiva, al vencedor iré siguiendo,  
Ya que seguirlo esposa se me niega;  
Y no seré gravosa, pues mis manos  
Inútiles no son para las telas.

Si acaso otra beldad para tu esposa  
Quisieres escoger entre las griegas,  
La beldad que escogieres (no me opongo)  
Ocupe mi lugar en horabuena.

De tu padre Peleo, ilustre nieto  
De Egina y Jove, nuera digna sea,  
Y tu abuelo Nereo, dios marino,  
Tampoco, Aquiles, se desdeñe de ella.

Que yo ocupada en rústicas labores  
Y destinada al huso y á la rueca,  
Mostrándome contenta con mi suerte,  
De tu esposa seré sumisa sierva.

Que no me trate mal es solamente  
 La gracia que te pido me concedas;  
 Bien que no alcanzo yo por qué motivo  
 Hubiera de mostrármese severa.

Suplicote tambien no la permitas  
 Que el cabello me arranque en tu presencia;  
 Antes bien díla entonces compasivo:  
 „Tambien mi esposa fue; no así la ofendas.”

O bien, que me maltrate; nada importa,  
 Con tal que no me dejes, si te ausentas:  
 ¡Despreciada! ¡ay de mí! solo al pensarlo  
 Tiemblo, y mi sangre de temor se hiela.

Mas ¿por qué resistir, Aquiles mio?  
 Arrepentido Agamenon te ruega,  
 Sus iras deponiendo, y afligida  
 Ante tus pies está toda la Grecia.

Y supuesto que tú todo lo vences,  
 Vence tus iras, vence tu fiereza.  
 ¿Por qué ha de destrozar el valiente Hector  
 Ante tus ojos las argivas tiendas?

Toma, toma las armas, fuerte Aquiles,  
 Mas recibe primero á tu Briscida;  
 Y con brazo invencible á los troyanos  
 Vence, persigue, despedaza, ahuyenta.

Si por mí tus enojos se encendieron,  
 Que por mí tus enojos se suspendan;  
 Y tenga yo por fin la dulce gloria  
 De ser causa y ser fin de tus querellas.

Ni juzgues deshonoroso concederme  
 Lo que mi amor y súplicas te ruegan:  
 Que Meleagro se venció á los ruegos  
 De su fiel Cleopatra, y fue á la guerra.

Yo he escuchado su historia y tú la sabes:  
 Los dos hermanos de su madre Althea  
 Murieron á sus manos, y ella entonces  
 Maldijo á Meleagro en su dolencia.

Encendióse la guerra, y él airado  
 Deja las armas y de allí se aleja;  
 E insistiendo tenaz en sus enojos,  
 Ausilio y armas á su pátria niega.

Solo su esposa consiguió vencerlo.  
 ¡Oh! ¡qué feliz en conseguirlo fuera!  
 ¡Y no yo miserable y desdichada  
 Cuyos ruegos y lágrimas desprecias!

Con todo, no me indigno; que yo nunca  
 Usurpé de tu esposa la excelencia,  
 Y aun cuando como tal tú me tratabas,  
 Siempre te obedecí como tu sierva.

Y si tal vez alguna esclava tuya  
*Señora*, me llamó (bien se me acuerda),  
 „Mi esclavitud agravas, la decia,  
 Cuando á ese rango tu bondad me eleva.”

Mas si algunos recelos te detienen...  
 Por las cenizas de mi esposo yertas,  
 Que apenas pude sepultar, y honradas  
 Serán siempre por mí con reverencia;

Y por los manes de mis tres hermanos,  
 Almas llenas de honor y fortaleza,  
 Que por mi patria y con mi patria yacen  
 Muriendo con valor en su defensa;

Por tu vida tambien y por la mia,  
 Unidas ya de amor en la cadena,  
 Por tus armas en fin; armas que fueron  
 A mi esposo y hermanos tan funestas;

Te juro que jamás á mi persona  
 Llegó á tocar Agamenon siquiera:  
 Y si en esto te engaño, quiero, Aquiles,  
 Que me abandones, y jamás me veas.

¿No es verdad ¡ay Aquiles! que si ahora  
 De tu fidelidad iguales pruebas  
 Te exigiera mi amor, tú no podrias  
 Jurar lo que juró mi fe sincera?

Piensen los griegos que por mí estás triste:  
 Pero tú con la cítara te alegras,  
 Engolfado tal vez en las caricias  
 De otra nueva beldad que te embelesa.

Y si alguno pregunta; por qué causa  
 Evitas presentarte en las peleas,  
 Es que la lira y amorosas lides  
 Muy más que las de Marte te recrean.

„Mas seguro, dirás, es á una jóven  
Decir enamorado mil ternezas,  
Y mas seguro de la trácia lira  
En mi tienda pulsar las dulces cuerdas;

(cudo,

Que embrazar con la izquierda el fuerte es  
Y la ferrada lanza con la diestra;  
Y mas seguro que llevar el casco  
Asegurado y firme en la cabeza.”

Mas yo me acuerdo, Aquiles, que algun dia  
Amabas mas que el ocio, las empresas,  
Y que era para tí mucho mas dulce  
El laurel adquirido en las contiendas.

¿O por ventura solo al cautivarme  
Probaste tu valor en lid horrenda?

¿O por ventura yace con mi pátria  
La gloria de tus ínclitas proezas?

¡O nunca sea! y antes, cual lo pido,  
Hagan los altos dioses, que tu férrea  
Lanza, vibrada por tu fuerte brazo,  
Traspase de Hector las entrañas fieras.

¡Griegos, enviadme á mí! Cual á mi dueño,  
Llevaré á Aquiles la embajada vuestra:  
Que yo prometo al dársela, á mis ruegos  
Mezclar amante mil caricias tiernas.

Mas que su preceptor y amigo Fenix,  
Mas que del sabio Ulises la elocuencia,  
Y mas (no lo dudeis) que Ajax su primo,  
Conseguirá mi amor de su entereza.

Que de algo ha de servir su amado cuello  
Con brazos estrechar, cuyas finezas  
Conoce ya, y tal vez mi antiguo influjo  
A nacer volverá cuando me vea.

Que aunque mas inflexible, Aquiles mio,  
Que el mar enfarecido te sostengas,  
Y aun dado caso que mi labio calle,  
Ablandará mi llanto tu dureza.

¡O fortísimo Aquiles! (asi logre  
Tu idolatrado padre edad perfecta,  
Y asi consiga Pirro aventajarse  
A tu lado en el arte de la guerra):

Te ruego que me mires compasivo,  
Y de mi largo afán te compadezcas;  
No quieras insensible aniquilarme  
Con esa prolongada indiferencia.

O si tal vez en odio se ha tornado  
El amor que otro tiempo me tuvieras,  
Oblígame á morir mil veces antes  
Que obligarme á vivir sin tí y agena.

Mas ya á morir me obligas, pues advierto  
Que pálido mi cuerpo ya flaquea,  
Y si no acabo de espirar, es solo  
Que la esperanza y el amor me alientan:

Si me falta la cual, bajaré luego  
Con mi esposo y hermanos á la huesa;  
Y en verdad que tu gloria, Aquiles mio,  
No ha de crecer mandando que yo muera.

¿Mas para qué mandarlo? Tú; tú mismo  
Hunde en el pecho de tu amante tierna  
Tu cuchilla fatal, que aun tiene sangre,  
Y la verás correr en larga vena.

Húndeme tu cuchilla, aquella propia,  
Que á no estorbarlo la veloz Minerva,  
Hundido hubieras en el hondo pecho  
Del rey Agamenon con ira ciega.

Pero no, dueño mio: antes la vida,  
Que me diste al hacerme prisionera,  
Consérvame hoy, que pido como amiga  
Lo que como á enemiga antes me dieras.

Que la neptunia Troya, tu contraria,  
A tu acero dará noble materia;  
Y en lugar de mi sangre, la troyana  
Puedes bien derramar con fama eterna.

Y á mí, como señor y dueño mio,  
Mándame conducir á tu presencia,  
Ora á tu pátria partas en tus naves,  
Ora en el campo griego permanezcas.



## HEROIDA CUARTA.

## ARGUMENTO.

*Habiendo Teseo vencido al minotauro en el laberinto de Creta, volvió á su patria robándose á Ariadna y Fedra, hijas del rey Minos: la segunda de estas se enamoró de Hipólito, hijo de Teseo y de la amazona Hipólita, y no atreviéndose á declararle su amor de palabra, lo hace por escrito, insinuándose con delicadeza, y disculpando su arrojó con la fatalidad que parece anexa á su familia. Lo exhorta á que corresponda á su amor, templando la dureza que le daba el ejercicio de la caza, en que se ocupaba esclusivamente, y le dice que no tema á su padre, alegando el poco afecto que este le profesaba, de lo cual le espone varias pruebas.*

## FEDRA

## HIPÓLITO.

Fedra, jóven cretense, al amasonio  
Hipólito salud, ausente envia;  
Salud de que sin duda careciera  
Si tú no se la dieras á ella misma.

No omitas hasta el fin renglon alguno  
En la lectura de estas breves líneas:  
¿qué daño te ha de hacer? tal vez en ella  
Algo hallarás, que de placer te sirva.

Bien sabes que en las cartas los secretos  
De importancia mayor se depositan;  
Y hasta los enemigos ven las cartas  
Que tal vez los contrarios les envían.

Tres veces quise hablarte, y otras tantas  
 La lengua inmóvil se negó remisa  
 A prestarme su auxilio, y en el labio  
 Se ahogó la voz que proferir quería.

Mas ya que el mismo amor, pudor exige,  
 Lo que el labio rehusó, la pluma diga:  
 Que las cosas, que dichas avergüenzan,  
 Manda el amor que sin hablar se escriban.

Y advierte que tal vez es peligroso  
 Las cosas despreciar que el amor dicta,  
 Cuando hasta en las deidades soberanas  
 Su imperio estiende y su poder domina.

Yo pues, al escribirte vacilaba;  
 Díjome empero amor „¿por qué vacilas?  
 Escribe, y lo verás rendirse luego,  
 Por mas que en duro bronce el pecho ciña.”

¡Hágalo el ciego dios! y cual abrasa  
 En vivo fuego las entrañas mías,  
 Hiera tambien las tuyas, y las torne  
 A mis desvelos y anhelar propicias.

No romperé jamás con negro crimen  
 Los dulces lazos con que amor me liga,  
 Pues quiero conservar mi antigua fama,  
 Que bien sabrás cual es, si lo averiguas.

Cuanto mas tarde amor hirió mi pecho,  
 Con tanto mas rigor me martiriza,  
 Pues me abraso, y resisto, y mas me abraso,  
 Y es incurable ya tan honda herida.

Cual al novillo tierno el primer yugo  
 La cerviz no domada mas lastima,  
 Y cual el potro de manada libre  
 Sufre apenas el freno que lo humilla:

Así á mi pecho nunca enamorado,  
 Es el primer amor que lo domina,  
 Y apenas sufre la pesada carga  
 De la llama de amor no conocida.

En arte dócil el amor se torna  
 Cuando en la tierna juventud principia;  
 Mas cuando viene tarde ¡ay! ¡cual destroza  
 El inesperto pecho do se anida!

Tú que antes que otro, Hipólito, encendiste  
 En mi seno la llama que lo agita,  
 Serás mi amor primero, y ambos juntos  
 Probaremos á un tiempo sus heridas.

Que es dulce cosa de árbol abundoso  
 El primero cortar la no cogida  
 Fruta; y es dulce cosa en los rosales  
 Coger la rosa que primero brilla.

Y bien puedo llamar amor primero  
 Al que en mi pecho se encendió á tu vista;  
 Pues si no desdeñé de otro el cariño,  
 Fue obligacion en mí, mas no caricia.

¡O cuanto me complazco en que tú seas  
 Quien lleve de mi afecto las primicias!  
 Pues siendo tú de mi cariño objeto  
 Nadie podrá llamar mi llama indigna.

Si á su esposo tal vez para mi amante  
 Me quisiera ceder Juno divina,  
 Entre Hipólito y Jove, no lo dudes,  
 A Hipólito, y no á Jove, escogería.

Apenas lo crearás; mas ya la caza,  
 Viéndote siempre en ella, es mi delicia,  
 Y ya, cual tú, quisiera, aunque inesperta,  
 Tras las fieras correr y perseguirlas.

Ya es mi deidad la cazadora Delia,  
 Insigne por sus armas y pericia:  
 Mi primera deidad, pues es la tuya,  
 Puesto que mi aficion la tuya imita.

Agrádame en los bosques internarme,  
 Y avivar á los perros á que sigan  
 A los venados por los altos montes,  
 Las redes de antemano prevenidas;

Agrádame, blandir con firme brazo,  
 El trémulo venablo que se vibra,  
 O reclinar el fatigado cuerpo  
 Sobre la verde yerba florecida:

Dirigir otras veces en la arena  
 El carro volador es mi delicia,  
 Rigiendo con el freno á los bridones,  
 Que cual exhalacion se precipitan.

Ora corro furiosa, cual bacante  
 Perturbada del estro que la agita,  
 O cual sacerdotiza de Cibeles  
 Cuando el tímpano suena en el monte Ida.

Ora voy como aquellas infelices  
 Que inspiradas del numen de las Drias,  
 O de bicornes Faunos, se enfurecen  
 Y atónitas do quier corren perdidas.

Que todas estas cosas me refieren  
 Despues que mis furores se mitigan;  
 Y es que el callado amor arde en mi pecho,  
 Y á tales cosas su furor me incita.

Tal vez este furor en mis amores  
 Patrimonio es fatal de mi familia,  
 Y acaso Venus mi linage todo  
 Este tributo quiere que la rinda.

Júpiter amó á Europa; jóven bella,  
 (Primer origen de la sangre mia)  
 Tan ciego, que de un toro en la figura  
 Ocultó su deidad y sus intrigas.

Mi madre Pasifæ, mas furiosa  
 De otro toro al amor quedó rendida,  
 Y dando á luz al fiero Minotauro,  
 Negar no pudo su pasion inicua.

Ariadna mi hermana amó á Teseo  
 Que con el hilo que le dió por guia,  
 Dando muerte á mi hermano, del torcido  
 Laberinto logró salir con vida,

Tambien adoro yo, porque no acaso  
 Se juzgue que no soy de Minos hija,  
 Sujetándome la última á la estrella  
 Que en mi infelice casa predomina.

Tambien con doble lazo el hado quiso  
 Enlazar á tu casa con la mia:  
 Decidida mi hermana amó á Teseo,  
 Yo al hijo de Teseo amo rendida.

Hipólito y Teseo que supieron  
 Inspirarnos de amor la llama activa,  
 Bien pueden en su casa, de la nuestra  
 Dos victorias contar, en dos cautivas.

¡Oh! ¡si cuando vosotros principiabais  
 Los misterios de Ceres cleusina,  
 Lejos de vuestra pátria seductora  
 Me hallára yo de Creta allá en los climas!

Entonces ¡ay! entonces como nunca  
 Me arrebató tu hermosa gallardía,  
 Y si antes te adoraba, entonces ¡cielos!  
 Tornáronse incurables mis heridas.

Cándida era tu veste, y frescas rosas  
 Las juveniles sienes te ceñían,  
 Brillando hermosas tus megillas albas  
 En ruborosa púrpura teñidas.

Tu rostro varonil, que algunas otras  
 Rígido y truculento denominan,  
 A los ojos de Fedra solamente  
 Valiente y vigoroso parecía.

Lejos de mí los jóvenes que vanos  
 Con lúbricos adornos se afeminan,  
 Que el varonil y vigoroso aspecto  
 Con moderado adorno solo brilla.

Esa noble fiereza en tus miradas,  
 Ese pelo que el arte no cautiva,  
 Y hasta el polvillo que tu rostro lleva  
 Tu persona gentil hacen mas digna.

Si del fuerte bridon el cuello indócil  
 Con destreza recoges, ó declinas,  
 El revolver me agrada de los cascos  
 En estension tan breve y reducida.

O si el asta bruñida y ponderosa  
 Con brazo diestro y esforzado vibras,  
 Mis ojos arrebatada de tu brazo  
 La gallarda destreza y valentía.

O si el venablo empuñas acerado,  
 Cuando herir á las fieras determinas,  
 El venablo, y en fin cuanto ejecutas  
 Todo me da placer, todo me admira.

Quisiera solo que en las duras selvas  
 Esa dureza que en mi daño abrigas  
 Dejáras de una vez, pues no merezco  
 Que tu rigor acabe con mi vida.

¿De qué sirve á Diana eternamente  
Seguir en fatigosa cacería,  
A Venus, usurpando el dulce tiempo  
Que tal vez dedicarla deberías?

No puede durar mucho el ejercicio  
Que carece de blanda alternativa,  
Que el descanso las fuerzas corrobora,  
Y al fatigado cuerpo vigoriza.

Si el arco (y tú debieras de Diana  
Las armas imitar si á ella la imitas)  
Está tirante siempre, al fin se afloja,  
Y aflojado una vez, se inutiliza.

Era famoso Céfaló en las selvas,  
Que también á las fieras perseguía,  
Y muchas de ellas en la verde grama  
Miráras á sus pies quedar tendidas:

Mas no por eso desdeñaba ingrato  
Del Aurora el amor y las caricias;  
Antes con tierno amor la diva hermosa  
Era del cazador siempre acogida.

Mil veces á la diosa de Citeres  
Y al bello Adonis, hijo de Cinira,  
Gran cazador, la yerba blando asiento  
Bajo la sombra dió de las encinas.

Meleagro igualmente ardió en la llama  
Que encendido Atalanta en él había;  
Y ella el despojo tuvo de una fiera,  
Cual prenda del amor bien espresiva.

Aumentemos por fin también nosotros  
Esta turba de amantes escogida;  
Que si á Venus escluyes de los bosques  
Rústica y despreciable es la campiña.

Hazme tu compañera en tu ejercicio,  
Y verás que á tu lado siempre fija,  
Ni el colmilludo javalí me aterra,  
Ni los duros peñascos me intimidan.

Do el itsmo de Corinto inquietas bañan  
Las aguas de dos mares divididas,  
Cuyo terreno angosto y reducido  
Al uno y otro mar oye y registra;

Allí contigo habitaré gustosa  
De tu abuelo Pitheo en las provincias,  
Pues Trezena tu pátria, ciertamente  
Me es ya mas grata que la pátria mia.

Si á tu padre Teseo acaso temes,  
A gran distancia de Trezena habita,  
Y siempre habitará, pues lo detiene  
De Piritóo la amistad antigua.

Antepuso Teseo al ausentarse  
(Si no negamos cosas conocidas)  
Al amor y asistencia que te debe,  
De Piritóo el lado y compañía.

Y si he de hablar verdad, no es esta sola  
La injuria con que así nos desobliga,  
Que en cosas muy mas graves á uno y otro  
El ingrato Teseo nos lastima.

Con su clava nudosa él á mi hermano  
En sanguinosa lid quitó la vida;  
Y abandonó á mi hermana en un desierto,  
Hecha presa de fieras homicidas.

Hipólita, guerrera valerosa,  
Entre las amazonas distinguida,  
A quien por dicha la existencia debes,  
De un hijo como tú, fue madre digna.

Si donde está, preguntas, ya Teseo  
Hundió en su seno su feroz cuchilla,  
Sin que arrancarla á su furor bastase  
La atencion que por tí se la debía.

Y por mas agraviarte nunca quiso  
A su persona como esposa unirla,  
Sin duda porque así, siendo bastardo,  
No heredases el cetro que regia.

Y en fin, si te estimára, de otra madre  
Hermanos no te diera su perfidia:  
Hermanos que en tu daño solamente  
El por su voluntad educa y cria.

¡Oh! si la triste madre en quien los tuvo,  
Con detrimento tuyo, seducida,  
Inocente espirára antes que necia  
Se rindiese del falso á las caricias!

Y á vista de tu daño y sus acciones  
 ¿Temerás á Teseo todavía?  
 El huye, como ves, de tu presencia,  
 Y con vil proceder te perjudica.

Apresúrate pues, y en lazo eterno  
 Unamos para siempre nuestras dichas,  
 ¡Así el amor, que crudo me destroza,  
 Jamás te haga probar su tiranía!

No me desdeño ya de suplicarte  
 Tu piedad implorando, á tí rendida:  
 ¡Infelice de mí! ¿dónde se han ido  
 Mi orgulloso desden y altanería?

De vencer mi pasión y no rendirme  
 Al ciego amor que así me tiraniza,  
 ¡O cuan segura estaba! ¿pero cómo  
 Seguridad en el amor cabría?

Hija soy de un monarca; mas con todo  
 Vencida imploro tu piedad benigna:  
 Me degradado, es verdad; ¿pero qué amante  
 Ciego de amores su deber no olvida?

Huyó de mí el pudor, desamparando  
 Cual soldado cobarde sus insignias.  
 Perdona á quien culpada se confiesa,  
 Y ablanda ese rigor con que me miras.

¿Qué me sirve, si no, que Minos sea  
 Mi padre, y que tan vasto imperio rija?  
 ¿Qué me sirve tener por bisabuelo,  
 Al que los rayos del Olimpo envía?

(abuelo,  
 ¿Qué me aprovecha en fin que el sol mi  
 Velada en viva luz su faz divina,  
 En rubicundo carro conducido  
 Dé su dulce calor al claro día?

Todo cedió al amor: duélase al menos  
 De mis progenitores tu hidalguía;  
 Y si yo compasión de tí no alcanzo,  
 Mis mayores al menos la consigan.

La populosa Creta, isla de Jove,  
 Con sus dominios es la dote mia;  
 Y yo quiero que Creta y sus dominios  
 A mi querido Hipólito se rindan.

Cede al amor en fin: ¿mi madre pudo  
Una fiera rendir á sus caricias,  
¿Y tú así me desoyes? ¿tus entrañas  
Mas que de fiera son endurecidas?

Ten de mí compasion: ¡por la gran Venus,  
Que vive en mí, mi amor te lo suplica!  
Así la que tú adores, nunca pueda  
A tu rendido amor mostrarse esquiva.

Así en los bosques escabrosos, Delia  
Agil en tu favor siempre te asista,  
Y el alta selva fieras te produzca  
Que pueda perseguir tu valentía.

Así á los faunos, sátiros y todas  
Las deidades del monte halles propicias;  
Y traspasado con tu lanza el pecho,  
El fiero javalí caiga y se rinda.

Y así las ninfas bellas (aunque todos  
Dicen que desdeñoso las esquivas)  
Para apagar tu sed en los calores,  
Agua te ofrezcan trasparente y fria.

Y por si no bastaren tantos ruegos,  
A los ruegos las lágrimas se sigan;  
Y cual ves mis renglones, haz de cuenta  
Que ves correr el llanto en mis mejillas.



## HEROIDA QUINTA.

## ARGUMENTO.

*Hallándose grávida Hécuba, muger de Priamo, rey de Troya, soñó que pariría una hacha que incendiaria la ciudad, por lo que su esposo mandó que se diese muerte al infante que naciera. La reina compasiva entregó ocultamente su hijo á los pastores del rey, entre los cuales se educó, y se casó con la ninfa Enone. Descubriéndose despues ser este pastor, llamado Páris, hijo de Priamo, lo envió su padre á Esparta, de donde se trajo robada á Helena, muger de Menelao, rey de Micenas. Su esposa Enone se queja en esta carta de su perfidia, le recuerda su mucho amor, y concluye suplicándole vuelva á su cariño compadeciéndose de sus penas. (Véase la heroída décima sexta).*

## ENONE

A

## PÁRIS.

¿Lees la carta, ó bien tu nueva esposa  
Zelosa te prohíbe su lectura?  
Mírala sin temor; no es de Micenas  
La mano que te escribe y te saluda.

Es de Enone tu esposa, aquella ninfa  
Tan célebre de Frigia en las llanuras,  
Que ofendida de tí, de tí se queja,  
Si su quejoso hablar la disimulas.

¿Qué deidad, dime, su poder divino  
Opuso á nuestros votos y ternura?  
¿Para dejar de ser tu esposa, dime,  
Mi delito cuál es? ¿cuál es mi culpa?

El mal que se merece, con paciencia  
 Podrá sobrellevar el que lo sufra:  
 Pero la pena nunca merecida  
 ¿Se podrá tolerar sin amargura?

Aun eras pastorcillo, cuando alegre  
 Te admití por esposo en nuestras nupcias;  
 Y yo, nacida de un famoso río,  
 Era ninfa inmortal desde mi cuna.

Aun eras de Priamo solamente  
 (Perdona esta verdad si no te adula)  
 Un triste ganadero, y yo con todo  
 En lazo conyugal sufrí ser tuya.

Mil veces á la sombra de algun árbol,  
 Entre el ganado que la yerba rumia,  
 Descansamos, sirviéndonos de alfombra,  
 Mezclada con las flores, la verdura.

Otras mil recostados sobre el heno,  
 Mullido lecho que en el Ida abunda,  
 En humilde chocilla nos libramos  
 De las blancas escarchas y las lluvias.

¿Quién te mostraba, dí, para la caza  
 El paraje mas apto y coyuntura?  
 ¿Quién te enseñaba en qué lugar solian  
 Sus hijos ocultar las fieras brutas?

Mil veces en los bosques las nudosas  
 Redes, tendí contigo en parte oculta,  
 Y otras mil tras las fieras á los galgos  
 Instigaba tambien en la espesura.

Aun conservan las hayas todavía  
 De mi esculpido nombre las cisuras,  
 Y vése en ellas la palabra Enone,  
 Que tú grabáras con aguda punta.

Me acuerdo que hay un álamo á la orilla  
 Del río Xanto, que su pie fecunda,  
 Y se vé, conservando mi memoria  
 En su dócil corteza, una escritura.

Y al par mi nombre de las toscas hayas  
 Escrito por do quier crece y se abulta:  
 Creced, ¡oh! sí, creced, que de mis glorias  
 Los títulos sereis, hayas robustas.

Vive, vive feliz ¡álamo ilustre!  
 Crece del Xanto en la ribera musga,  
 Y conserva mi nombre en esos versos,  
 Que guarda tu corteza en sus arrugas.

*Antes que el firme París abandone  
 A Enone á quien amor eterno jura,  
 Se verá que del Xanto las corrientes  
 Cambiadas, á su origen se apresuran.*

Tórnate Xanto, ya, y haz que tus aguas  
 Hácia su origen presurosas suban;  
 Pues el pérfido París á su Enone  
 Abandonó con falsedad perjura.

Todo el principio fue de mi desgracia,  
 Y empezó de mi amor la estacion cruda,  
 En aquel negro dia, triste anuncio  
 De tu infame traicion y mis angustias;

En que Juno con Venus y Minerva,  
 Muy mas bella con armas que desnuda,  
 Remitidas á tí, se presentaron  
 El premio á disputar de la hermosura.

Al punto que este caso me contaste,  
 Atónito mi pecho entre mil dudas,  
 Latió anhelante, y un temblor helado  
 Discurrió por mis huesos y medulas.

Tanto fue mi terror, que de allí luego  
 Llevé, toda turbada, mi consulta  
 A los viejos y ancianas, que conformes:  
*Algun mal, me dijeron, se te anuncia.*

Córtase luego el pino, y las maderas  
 Aptas para los barcos se acumulan:  
 Fabricanse las naves, y acabadas  
 Recibiólas por fin la mar cerulea.

Partiste: y al partir corrió tu llanto;  
 No niegues á lo menos tu ternura,  
 Que no el antiguo debe avergonzarte,  
 Sino ese nuevo amor con que me insultas.

Lloraste en fin, y viste de mis ojos  
 Las lágrimas correr, que fueron muchas;  
 Y en tristeza sumidos vimos ambos  
 Mis lágrimas mezclarse con las tuyas.

No así á los olmos las torcidas vides  
Amorosas se estrechan y se juntan,  
Como tus brazos de mi cuello en torno  
Se anudaron amantes como nunca.

Me acuerdo que al quejarte de que el viento  
Era contrario á la forzosa ruta,  
Se sonrieron todos de tu queja,  
Porque soplabá el viento en derechura.

¡Cuántas caricias, ay! ¡cuántas me hiciste,  
Que repetiste con terneza suma!  
¡Y cuán apenas tu amorosa lengua  
El *adios* pronunció turbada y muda!

Por fin el aura leve hinchó la vela,  
Que del mástil pendiente iba segura,  
Y con los remos sacudida el agua  
Comenzóse á cubrir de blanca espuma.

Sigo infeliz con los turbados ojos,  
Que agolpadas las lágrimas anublan,  
La nave que te aleja en cuanto puedo,  
Y en tanto mi llorar el suelo inunda.

Y para que muy pronto retornases,  
A las glaucas nereidas importunan  
Mis ruegos.... ¡Infelice! ¿quién creyera  
Que les rogaba yo mi desventura?

Volviste, sí; volviste por mis ruegos,  
Mas fue para otra que mi amor usurpa:  
¡Necia de mí, que fui tan compasiva  
Con esa Helena para mí tan dura!

Hay un alzado monte en la ribera,  
Desde cuya escarpada y tosea altura  
Se vé el inmenso mar, que con sus olas  
Contra la inmóvil masa en vano pugna:

Allí yo en vigilancia, la primera  
Las velas comencé de tu falúa,  
Y acometióme un ímpetu al mirarla  
De arrojarme á las ondas en tu busca.

Mientras vacilo así, desde la proa  
A mis ojos brilló veste purpúrea,  
Y estremecíme al punto, pues sabía  
No ser de aquel color tu vestidura.

Acércase la nave y toca en tierra,  
Conducida del viento que la impulsa;  
Y descubriendo de muger un bulto,  
Temblosa quedé, quedé confusa.

No fue esta sola de mi mal la causa,  
¿Cómo pude quedarme irresoluta?  
La miserable adúltera sentada  
Estaba en tus rodillas ¡ó qué furia!

Rasguéme entonce el inocente seno,  
Y heríme el pecho en rabia furibunda,  
Sin perdonar mis manos las megillas,  
Que inundaban sin fin lágrimas turbias.

De querellosos gritos llené el monte  
Sin poder mas en tan atroz angustia;  
Y de allí llevé al Ida mis gemidos,  
Do está mi habitacion, ya sola y viuda.

¡Así llorando mi rival un día,  
Abandonada de su esposo, sufra,  
Y reducida á padecer se vea  
Las que antes yo por ella sufro angustias!

Ya eual príncipe tienes quien te siga  
Por las inquietas ondas mal seguras,  
Y quienes por seguirte aventureras,  
Abandonando á sus maridos, huyan.

Mas cuando fuiste pobre pastorcillo  
Los ganados llevando á la pastura,  
Del pobre pastorcillo solamente  
Enone fue la esposa, y no otra alguna.

Ni admiro tus riquezas, ni me mueve  
De ese tu alcázar la grandeza augusta;  
Ni vana de las nueras de Priamo  
Aspiro á ser contada entre la turba.

Y no porque tu padre desdeñase  
A una ninfa tener por nuera suya,  
Ni para serlo de Hécuba tuviera  
Que ocultar el origen que me ilustra:

Que siendo hija de Xanto, ser esposa  
De un príncipe merezco por mi cuna,  
Y no se degradára entre mis manos  
El cetro que los príncipes empuñan.

Ni me tengas en poco porque un tiempo,  
 Contigo entre las hayas, la menuda  
 Yerba mi asiento fue, cuando soy digna  
 De ocupar el asiento que hoy ocupas.

Mi cariño además, no te es funesto,  
 Ni por él crudas guerras te resultan,  
 Ni vengadoras naves por mi causa,  
 Para tu destruccion, los mares surcan.

Por la pérfida Helena solamente  
 Tantas armas mortíferas te buscan;  
 Que esta es la dote que te trajo, fierá  
 De ocasionar tan áspera disputa.

La que si á Menelao su marido  
 Tiene ó no de volverse por ventura,  
 A tus hermanos Hector y Deifobo,  
 O al gran Polidamantes lo pregunta.

Lo que el sábio Antenor y el rey Priamo  
 Acerca de esa mísera discurran,  
 Bien puedes consultar, que en su esperiencia  
 Respuesta encontrarás cierta y segura.

Preferir una adúltera á la pátria  
 Fuera cosa torpísima y absurda,  
 Que á par que es vergonzosa tu perfidia,  
 Es del griego la guerra clara y justa.

Y á no estar ciego vieras que en Helena  
 Mal se podrá encontrar firmeza alguna,  
 Que quien dejó á su esposo por seguirte,  
 Tambien te dejará si otro la adula.

Cual ora gime el triste Menelao  
 Al ver trozada la nupcial coyunda  
 Por la traidora Helena, y se lamenta  
 Ofendido de que otro la conduzca;

Así tú gemirás: que en vano esperas  
 Que quien holló su honor contigo cumpla:  
 Una vez el pudor solo se pierde,  
 Y perdido una vez, no tiene cura.

Dirásme que te adora; ¿mas lo mismo  
 No aseguró á su esposo veces muchas?  
 Con todo, él yace solo en aquel lecho  
 Que abandonó la ingrata sin cordura.

No así Andrómaca fiel, á quien constante  
Hector tu hermano colma de venturas:  
¡Oh! ¡si cual él la trata me tratáras!  
Fuera mi dicha entonces sin segunda.

Pero eres menos firme que las hojas,  
Que con la falta del humor enjutas,  
Se secan, y del árbol se desprenden,  
Por poco que el fabonio las sacuda.

Y eres mas quebradizo que el arista,  
A quien ardientes los calores chupan  
Todo el jugoso humor, y árida torna  
El sol que en abrasarla continúa.

Me acuerdo, aunque ya tarde, que algun día  
La divina Casandra, hermana tuya,  
De fuego llena y erizado el pelo,  
Estas desdichas me anunció futuras.

„¿Qué haces, crédula Enone? me decia,  
„¿Para qué siembras en arena inculta?  
„¿En terreno que nunca dará fruto  
„Arrojas la semilla tras la yunta?

„Una fiera voraz brotará Grecia  
„Que nuestras mieses ¡ó dolor! destruya,  
„Y á tí y á Troya, y todo.... ¡ó nunca sea!  
„Mas ya se acerca, y su rugir se escucha.

„¿Cómo la obscena nave antes del daño  
„Los dioses en las ondas no sepultan? (gre  
„¡Ay! ¡cuánta sangre frigia! ¡ay! ¡cuanta san-  
„El suelo amado de mi pátria inunda!”

Asi dijera, y las esclavas luego  
En medio á su discurso se apresuran  
A retirarla cual furiosa, en tanto  
Que de horror mis cabellos se espeluzan.

¡Ay mísera de mí! ¡cuán verdadera  
Fue para mí su prediccion oscura!  
¡He aqui la fiera que de Grecia vino  
Mis propiedades poseyendo intrusa!

„Y quién es? una adúltera sin honra,  
Por mas que se pregone su hermosura,  
Que abandonó los dioses de su pátria  
Por seguir á su huesped vagabunda.

Si me acuerdo del nombre, un tal Teseo,  
 Qué sé yo qué Teseo, se asegura,  
 Que de su patria la sacó robada,  
 Valiéndose de engaños y de astucias.

¿Y se podrá creer que amante y jóven  
 Intacta la volviese? no es cordura.  
 Si de donde sé tanto, saber quieres,  
 Amo; y esta espresion baste á tus dudas.

Aunque violencia llares á su rapto,  
 Y con tal nombre su perfidia cubras,  
 La que es robada repetidas veces  
 Ocasión para serlo da sin duda.

¡Que diferencia! yo, mientras me ofendes,  
 La fe que te juré conservo pura;  
 No obstante que imitándote pudiera  
 El sendero seguir que me insinúas.

De sátiros silvestres y veloces.  
 Desvergonzada y amorosa turba  
 Mil veces me siguió con pie ligero,  
 Mas de ellos escapaba con la fuga.

Del Ida en las alturas elevadas,  
 Coronada tal vez la frente ineulta  
 De áspero pino, un fauno me decia  
 Su amor, que yo pagaba con repulsas.

El mismo Febo, constructor de Troya,  
 Que con tanto primor la lira pulsa,  
 Cuando mas descuidada y sola estaba  
 Declaróme tambien su llama impura.

Yo sin respeto á su deidad divina,  
 A su rostro arrojándome sañuda,  
 Por guardar el candor de mi pureza,  
 Con él sostuve vigorosa lucha.

Sin que me sedujeran las brillantes  
 Piedras, ó el oro que tal vez deslumbra:  
 Que es cosa torpe y vil que por el oro  
 Su pudor una jóven prostituya.

Prendado el dios en fin de mi firmeza,  
 Comunicóme grato ciencia infusa  
 Del arte, que inventada por el mismo,  
 Conserva la salud, ciencia profunda.

Cuantas produce yerbas eficaces  
 El orbe todo, sin faltar ninguna,  
 Desde entonces conozco, y ni una sola  
 De sus raras virtudes se me oculta.

Todo con ellas ¡ay! todo lo curo.  
 Solo mi amor con yerbas no se cura;  
 Y el arte que ejercito para todos,  
 Solo á su dueño desampara injusta.

¡Pero qué mucho, si su autor sagrado  
 Se vió pastor de Admeto en las llanuras  
 Por el amor de Alcesta; y por el mio  
 Su rostro de mis manos sufrió injurias?

Mas el remedio ¡ó Páris! que no puede  
 La madre tierra en yerbas tan fecunda,  
 Ni el mismo Apolo darme, tú lo puedes,  
 Si acoges con piedad mis quejas justas.

Puedes, y lo merezco ¡ó dulce esposo!  
 Compadézcante ya mis amarguras,  
 Que no armados por mí, mas por Helena  
 Los griegos en tu contra se conjuran,

Mira que tuya soy, y tuya he sido  
 Aun antes casi de mi edad adulta,  
 Y si de mí te dueles, cual te ruego,  
 Toda mi vida en fin quiero ser tuya.



## HEROIDA SEXTA.

## ARGUMENTO.

*Navegando Jason á la conquista del vellocino de oro, arribó á la isla de Lemnos, donde se casó con Hipsipile, jóven reina, en cuya compañía permaneció dos años, despues de los cuales continuó su navegacion á Colcos, en donde conquistado el vellocino, se volvió á su pátria, trayendo consigo á la encantadora Medea. Doliéndose de esto Hipsipile, felicita á Jason por su feliz vuelta, le echa en cara sus ingraticudes, condena los encantos y crueldades de Medea, y concluye con imprecaciones contra los nuevos esposos.*

## HIPSIPILE

## JASON.

Se dice que á las playas de Tesalia  
Tu venturosa nave otra vez vuelve,  
Y que rica en victorias y despojos  
Con el aureo vellon cargada viene.

De tu vuelta feliz, si lo permites,  
Recibe mis festivos parabienes;  
Aunque esperar debiera que tú mismo  
Al punto estas noticias me escribieses;

Pues yo supongo que el contrario viento,  
Y no tu voluntad, hizo al volverte  
Que no te aproximases á mis reinos,  
Que ya, cual á mi esposo, te obedecen;

Cuando por mas que el viento adverso sea,  
Escribirse una carta bien se puede:  
Y que tú la escribieses de tu puño  
Hipsipile, en verdad, no desmerece.

Porque, si he de decirlo, es cosa estraña  
Que otro, antes que tus letras, me trajese  
La nueva de que hiciste arar de Marte  
A los toros fogosos y rebeldes:

Que luego te brotó la sementera,  
Sembrados de una vívora los dientes,  
Armadas huestes, que en civil batalla  
Todas, sin tí, matáronse crueles.

Y que en fin, á pesar que vigilante  
El despojo guardaba del ariete  
Un insomne dragon, tu fuerte brazo  
De él supo apoderarse diligente.

¡Cuán grande, cuán dichosa me llamára,  
Si á los que á tus proezas eminentes  
Crédito apenas dan: *ciertas son todas:*  
*Jason me lo escribió, decir pudiese!*

¿Mas para qué quejarme de que seas  
En escribirme esposo negligente,  
Cuando por muy dichosa me tendria  
Si tuya ¡ay infeliz! permaneciese?

Cuentan que una inhumana encantadora  
A Tesalia tambien contigo viene,  
Admitida en el tálamo, que solo  
A mí, como á tu esposa, pertenece.

¡Cuán crédulo es quien ama! ¡Oh si por dicha  
En esto me engañára, y se dijese,  
Que á mi inocente esposo, temeraria  
Crímenes atribuyo que no tiene!

Hace muy poco que á mi reino vino  
De las riberas de Tesalia un huesped;  
Y de mi habitacion, aun antes casi  
Que á los umbrales próximo estuviese,

¿Qué hace, le dije, mi Jason amado?  
Esta ansiosa pregunta le sorprende,  
Y fijando los ojos en el suelo,  
Ni acierta un paso á dar, ni á responderme.

Asustada á su accion y á su silencio,  
 Desde el pecho la túnica rasgueme:  
 Y *¿vive?* esclamo *¿vive?* *¿ó por desgracia*  
*Tambien los hados ¡infeliz! me venden?*

*Vive*, me dijo, *vive*; mas mirando  
 Su rubor al decirlo y timideces,  
 Precisélo á jurarlo por los dioses,  
 Y aun apenas así pude creerle.

Recobrada por fin de tanto susto  
 Lo que hiciste en tu viage preguntéle,  
 Y refirióme cómo arar hiciste  
 A los toros que anhelan fuego ardiente.

Y cómo de los dientes serpentinos,  
 Que en los surcos sembraste por simientes,  
 Con súbito prodigio, mil guerreros  
 Brotó el campo con armas y broqueles.

Cómo estos pueblos, que engendró la tierra  
 En recíproca lid se dieron muerte,  
 Viendo admirados en un solo dia  
 Nacer y terminar su vida breve.

Y contándome en fin cómo venciste  
 El horrible dragon, otras cien veces,  
 Pendiente entre el temor y la esperanza,  
 De que aun estabas vivo cercioréme.

Siguió él su narracion acalorado,  
 Y mientras cada cosa me refiere,  
 Sin querer descubrióme las perfidias  
 Que denigran tu honor y á mí me ofenden.

Dó está ¡ay de mí! la fe que me juraste?  
 Dó el nudo está que nos ató solemne?  
 Dó la antorcha nupcial, que antes debiera  
 Fúnebre en mis exequias encenderse?

No fueron clandestinos mis amores,  
 No te entregué mi mano ocultamente;  
 Que Juno presidió con Himeneo,  
 Coronadas de rosas ambas sienes.

Mas nó, no presidió prónuba Juno,  
 Ni al sagrado Himeneo fue presente;  
 Que solo presidió la triste Erinis,  
 Llevando el hacha infausta de la muerte.

¿Qué tuve yo que hacer con esos Minios?  
 ¿Qué tuve yo que ver con sus bajeles?  
 ¿Qué te importaba, ó Tiphis, á las playas  
 De Lemnos arribar con esa gente?

Ni aquí estuviera el vellocino de oro  
 Que su necia ambición buscaba débil,  
 Ni del anciano Eeta el regio alcázar  
 En Lemnos pudo, sino en Colcos verse.

¡Cuán acertada decretado había  
 (Mis infelices hados de otra suerte  
 Lo dispusieron) de esos Argonautas  
 Con brazos femeniles deshacerme!

Que en tales casos saben de mi patria  
 Dar muerte á los varones las mugeres:  
 Y debió con su auxilio valeroso  
 Mi vida, de un ingrato defenderse.

Mas yo engañada, quise á un estrangero  
 En mi pecho y alcázar dar alvergue:  
 Y tú aquí dos floridas primaveras  
 Y dos inviernos estuviste alegre.

Forzado en fin á abandonar á Lemnos  
 Cuando brotaban las terceras mieses  
 Me acuerdo que dijiste estas palabras  
 Mezcladas con tus lágrimas ardientes:

„Adorada Hipsipile, las deidades  
 „De tu lado me arrancan; pero advierte  
 „Que cual tu esposo parto, y cual tu esposo  
 „(Si me es dado tornar) he de volverme.

„Ese fruto precioso, que ya oculto  
 „De nuestro casto amor lleva tu vientre;  
 „Viva, y viva sabiendo de tus labios  
 „Que á Hipsipile y Jason su existir debe.”

Asi dijiste, y abundoso el llanto,  
 Inundando sin fin tu rostro aleve,  
 Te impidió proseguir, y entre tus labios  
 Murió sin acabar tu voz endeble.

El último de todos en la sacra  
 Argos te embarcas, lánguido y doliente:  
 Vuela la nave al fin, y ocupa el viento  
 Las huecas velas, que soplando impele.

Impulsada la quilla, las cerúleas  
 Ondas del ancho mar oprime y hiende:  
 Ni tus ojos en tanto de la playa,  
 Ni los míos del barco se desprenden.

A la alta torre, do la vista libre  
 A todas partes por la mar se tiende,  
 Ibane de continuo, y rostro y seno  
 Bañaba de mis ojos la corriente.

Para ver, es preciso que mis ojos  
 Al través de mis lágrimas penetren,  
 Y en favor de mi anhelo, á mas distancia  
 Que antes solian, su mirar estienden.

Añade á este penar mis inquietudes,  
 Añade mis plegarias inocentes,  
 Y aun las promesas que cumplir ya debo  
 Pues vivo, cual pedí, de Coicos vuelves.

¿Y he de cumplir mis votos? ¿y Medea  
 El fruto cojerá que ellos merecen?  
 ¿Devórame el dolor! ¿y el amor mio  
 De la rabia atizado mas se enciende!

¿He de llevar mis dones á los templos?  
 Porque, viviendo tú, mi amor te pierdes?  
 ¿O cayendo la víctima ante el ara  
 Ofrecida será porque yo pene?

Confieso que segura no vivia,  
 Antes bien temerosa estuve siempre  
 De que tal vez tu padre para nuera  
 Alguna griega jóven escogiesc.

Mas ¡ay! que en tanto que á las griegas temo  
 Estrangera rival es quien me ofende,  
 Y de enemiga nunca imaginada  
 Súbito golpe el corazón me hiere.

Ni te mueve á quererla su hermosura;  
 Sus mágias solas son las que te mueven:  
 Yerbas segadas con segur maligna  
 Son los lazos de amor en que te prende.

Ella con sus encantos estravia  
 De su carro á la luna resistente,  
 Y del sol los caballos luminosos  
 En sombras oscurísimas envuelve;

Ella enfrena las ondas; ella pára  
 Los tortuosos rios; ella mueve  
 Enormes masas de peñascos vivos,  
 Y hace mudar de sitio á los vergeles,

Esparcidas las trenzas erizadas  
 Vaga entre los sepulcros que no teme,  
 Y de piras calientes todavia  
 Ciertos huesos recoge irreverente.

Efigies forma con la blanda cera  
 En ellas execrando á los ausentes,  
 Y traspasa las miseras entrañas  
 Con delgadas agujas y alfileres;

Y, lo que yo mejor ignoraria,  
 Confeccionando yerbas diferentes,  
 Se procura el amor, que conciliarse  
 Con beneficios y hermosura debe.

¿Y tal muger adoras? ¿y con ella  
 En solitario conyugal retrete,  
 Impávido, á merced de sus encantos  
 En la callada noche quieto duermes?

Cual á los toros con hechizos doma,  
 Así á llevar el yugo te compele;  
 Y cual aduerme sierpes venenosas  
 Tambien con sus encantos te adormece.

Complácese ademas en que la aclamen  
 Autora de los hechos de tu gente  
 Y de los tuyos, ofuscando ingrata  
 La gloria que á tí solo pertenece.

Y aun tus proezas atribuyen muchos  
 De los que su partido favorecen,  
 No á tu valor, mas solo á sus hechizos,  
 Hallando quien los crea entre la plebe.

„No es, dicen, no, Jason, sino Medea  
 „Quien arrancó la piel de oro fulgente  
 „Del ariete inmolado, que al dios Marte  
 „Consagró Phryxo, el hijo de Nephela.”

Alcímeda tu madre desaprueba  
 (Consúltala si no) sus procederés;  
 Y aun mas tu padre, que una nuera estraña  
 Del polo helado, sin querer, adquiere.

Buscárase mas bien allá en los lagos,  
Que de Scitia los países humedecen,  
O entre el Tánais ó Phasis, patrios ríos,  
Esposo que mejor la conviniese.

¿O inconstante Jason, aun mas mudable  
Que del verano son los vientos leves!  
¿Por qué de la verdad que prometiste  
Tus palabras magníficas carecen?

De aquí partiste, siendo esposo mio,  
Mas al tornar de Colcos ya no lo eres:  
¿Cómo es que siendo yo tu esposa al irte,  
Me hallo sin ser tu esposa cuando vuelves?

Si la nobleza, si el ilustre nombre  
Son acaso las prendas que te mueven,  
El célebre Minóo y el gran Thoante  
Son, bien lo sabes ya, mis ascendientes.

Nieta soy del dios Baco, cuya esposa,  
Coronada de estrellas la alta frente,  
Puesta en el claro cielo eual un signo  
Muy mas que sus estrellas resplandecé.

Dote tuya será la isla de Lemnos,  
Tierra al agricultor sobrado fértil,  
Y con la dote y la nobleza mia  
Mi persona tambien obtener puedes.

Mira que he dado á luz dos hijos tuyos,  
¿Qué mucho que conmigo lo celebres?  
Cuyo peso, dulcísimo me ha sido  
Por deberte su sér los inocentes.

He sido aun en el número dichosa,  
Cuando Lucina asi me favorece;  
Pues dando dos á luz, en dos gemelos  
Del tuyo y de mi amor dos prendas tienes.

Y si á quien se parecen, me preguntas,  
Tú mismo en ellos puedes conocerte:  
No saben engañar, si esto esceptuas,  
En todo lo demas se te parecen.

A enviártelos iba como nuncios  
Para que en mi lugar á verte fuesen,  
Mas los justos temores que me infunde  
Una fiera madrastra, los detiene.

Llenóme de temor esa Medea,  
 Que es aun mas que madrastra ciertamente;  
 Pues no hay atroz maldad á que sus manos,  
 Avezadas á todo, no se presten.

La que pudo los miembros destrozados  
 En el campo esparcir, ¿no te estremeces?  
 De su infeliz hermano, ¿por ventura  
 Con mis hijos será mas complaciente?

Con todo, ésta muger ¡ó Jason ciego,  
 Cojido de esa mágica en las redes!  
 Se dice que á Hipsipile para esposa,  
 Con insensata estupidez, prefieres.

Doncella sin pudor, que con infamia  
 De tu adúltero amor dejó vencerse.  
 ¡Cuán otro nuestro amor, que en santo ñudo  
 Legítimo juntó nuestros querer!

Ella vendió á su padre; yo piadosa  
 Supe arrancar al mio de la muerte:  
 Ella á su pátria Colcos dejó ingrata;  
 Y yo habito en la mia permanente.

Mas su maldad, ¿qué importa, si con ella  
 Triunfa de mí, que cumplo mis deberes?  
 ¿Si sin mas dote que su negro crimen  
 Por esposo ha podido merecerte?

Culpo, pero no admiro que á los hombres  
 Las mugeres de Lemnos muerte diesen;  
 Que ofendidas tal vez, el dolor mismo  
 Armas da á su furor con que se venguen.

Díme en fin, si, segun lo merecias,  
 Enemigos los vientos, al volverte,  
 A tí y á tu triunfante comitiva  
 Acia mis puertos impelido hubiesen,

Y yo salido hubiera, de mis hijos  
 Acompañada, á recibirte alegre;  
 (Rogar allí á la tierra deberias  
 Que abriéndose en su seno te escondiese)

¿Con que frente á tus hijos ternezuelos  
 Y á mí nos recibieras, hombre aleve?  
 Qué castigo, qué muerte, qué venganza,  
 A tus perfidias fuera suficiente?

Es verdad que por mí quedáras vivo,  
Y con seguridad pudieras verme;  
Mas esto fuera porque soy benigna,  
No, ingrato, porque tú lo merecieses.

Mas no así mi rival, con cuya sangre,  
Que mis manos vertieran á torrentes,  
Empapára mi rostro, y aun el tuyo,  
Que con sus artes me arrancó insolente.

Fuera yo de Medea la Medea;  
Y si el sagrado Jove en la celeste  
Mansion oye mis votos justiciero,  
Escuchadas serán mis justas paces.

Lo que yo lloro ahora despreciada,  
De un esposo apurando los desdenes;  
Lléguelo á lamentar la usurpadora,  
Probando la injusticia de sus leyes.

Y cual padezco abandonada, siendo  
Amante, esposa y madre juntamente  
De dos queridos hijos, otro tanto  
Abandonada, y sin sus hijos pene.

El bien que me robó con tanto daño  
Pueda apenas gozar, y al fin lo deje  
Aun con daño mayor, y en todo el orbe  
Errante vague, fugitiva siempre.

Cuanto hermana cruel fue con su hermano,  
Cuanto para su padre hija inclemente;  
Tanto para sus hijos cruda madre,  
Y cruda esposa para tí se muestre.

Y cuando el mar y tierra haya vagado,  
Vague tambien errante por el éter;  
Y sin consuelo, pobre y perseguida  
Dése á sí misma en fin sangrienta muerte.

Esto suplica la hija de Thoante  
Privada de su esposo y sus placeres:  
¡O Medea! ¡o Jason! vivid; ¡mas sea  
Cual mis imprecaciones lo pretenden!



## HEROIDA SEPTIMA.

## ARGUMENTO.

*Ya habia siete años que el troyano Eneas hijo de Anquises y Venus, despues de la destruccion de su pátria, andaba errante por los mares, buscando el pais de Italia para fundar una ciudad, cuando una tempestad lo arrojó á las costas de la Libia, en donde fundaba á Cartago la reina Dido, viuda de Siqueo, á quien su hermano Pigmaleon habia usurpado la corona de Tiro, dando la muerte á su esposo. Esta reina acogió y amó á Eneas, que al cabo de poco tiempo quiso, avisado de un dios, continuar su viage con su hijo Juló ó Ascanio sus demas troyanos y sus dioses penates. En estas circunstancias, estando Dido próxima á darse la muerte con el mismo acero que Eneas le habia regalado, le escribe, valiéndose, aunque en vano, de mil arbitrios para detenerlo, ó á lo menos para que suspenda su marcha hasta que el mar se serene.*

## DIDO

A

## ENEAS.

Así cuando á la muerte se aproxima,  
Entre las yerbas húmedas cantando  
Espresa su dolor el blanco cisne  
En las verdes riberas del Meandro.

Ni porque espere que eficaz alcance  
Tu dureza á mover mi ruego blando,  
Te escribo estos renglones; que á mis votos  
Sé que tengo á los dioses por contrarios.

Mas habiendo perdido tristemente  
Mis méritos, mi fama y el preclaro  
Honor que antes gozaba, es poca cosa  
Las palabras perder, quien perdió tanto.

Resuelto estás con todo á retirarte,  
Dejando á Dido en su dolor amargo:  
Para que así á la vez se lleve el viento  
Las velas y la fe que me has jurado.

Resuelto estás á desatar, ó Eneas,  
Las naves y la fe de los contratos,  
Aunque del todo ignoras donde se halla  
Esa Italia fatal que vas buscando.

Ni la nueva Cartago es poderosa,  
Ni sus crecientes muros han bastado,  
Ingrato, á detenerte, ni el dominio  
Del rico cetro que entregué á tu mando.

Lo hecho desprecias, y perdido anhelas  
Lo que está por hacer; y por el ancho  
Mundo una tierra imaginaria buscas,  
Cuando otra cierta tienes en la mano.

Mas quiero suponer que la encontrases,  
¿Quién te la ha de ceder? ¿alguno acaso,  
Para que otros estraños como dueños  
Los vengau á habitar, dará sus campos?

Falta otro nuevo amor á tus perfidias,  
Y otra mísera Dido á tus engaños;  
Aun otros juramentos hacer debes,  
Y aun te falta tambien que quebrantarlos.

¿Cuando será que logres con sosiego  
Fundar una ciudad como Cartago,  
Y que subiendo á lo alto del alcázar  
Desde allí puedas ver á tus vasallos?

Supon en fin que todo lo consigas,  
Que nada estorbar pueda tus conatos,  
¿Donde hallarás esposa, que rendida  
Te llegue á idolatrar, cual te idolatro?

Como arde la resina misturada  
Con el azufre, así por tí me inflamo,  
O como derramados en humosas  
Hogueras arden los inciensos sacros.

Eneas, sin faltar un solo instante  
Se presenta á mis ojos desvelados;  
Y Eneas sin cesar de noche y dia  
A mi imaginacion se está mostrando.

Mas él en tanto, poco agradecido  
Y sordo á mis finezas y regalos,  
Se muestra tal en fin, que á no ser necia  
Debiérame alegrar de no mirarlo.

A Eneas sin embargo no aborrezco,  
Aunque ha dado á mi amor tan triste pago;  
Quéjome solo de su infiel cariño,  
Y cuanto mas quejosa mas me abraso.

¡Venus! tu nuera soy, séme piadosa:  
Tú, ¡niño Amor! abrasa de tu hermano  
El duro corazon; haz que milite  
Bajo de tus banderas humillado.

Haz (pues no lo rehusó) que yo siga  
A tus leyes sujeta, idolatrando  
Al que amar comencé; pero haz que Eneas  
Dé pábulo al incendio en que yo me ardo.

Mas ¡ay! que yo me engaño, y vanamente  
Espero ser amada de un ingrato,  
Cuyo pecho insensible dista mucho  
De la dulzura y maternal agrado.

Sí, falso engañador, las duras rocas,  
Los montes y los robles que en los altos  
Y rígidos peñascos han nacido,  
Y las fieras crueles te engendraron:

O bien el crudo mar, cual lo estás viendo  
Ahora con los vientos agitado;  
Por cuyas falsas enemigas ondas  
A partir te dispones sin embargo.

¿A dónde? vas ¿no ves que te lo impide.  
Tan fiera tempestad, cuyos amagos  
En mi favor conspiran? ¡mira al euro  
Cual sacude las aguas enojado!

Deja que al menos á su furia deba  
Lo que deber quisiera á tu amor grato,  
Ya que los vientos y soberbias ondas  
Mas que tu pecho son justos y blandos.

No valgo tanto yo, para que quieras,  
(Bien que tú lo merezcas ¡ó inhumano!)  
Mientras huyes de mí por esos mares,  
Perecer en las ondas anegado.

El odio que me tienes, ciertamente  
Compras á precio bien subido y caro,  
Si en poco estimas el perder la vida  
Con tal que de mi vista estés lejano.

Dentro de poco cesarán los vientos,  
Y quedando los mares sosegados,  
Las ondas apacibles y cerúleas  
Recorrerá Triton en sus caballos.

¡Oh! ¡si por dicha, inexorable Eneas,  
Mudable fueses cual el viento vario!  
Y lo serás sin duda, si no excedes  
En dureza á los robles y peñascos.

¿Qué hicieras si ignoráras lo que pueden  
Del mar tempestuoso los estragos,  
Si habiéndolos probado veces tantas  
A ellos te tornas á arrojar incauto?

Aunque sereno el mar te persuadiese  
A soltar las amarras de las naos,  
¿Ignoras por ventura sus mudanzas?  
¿Ignoras por ventura sus naufragios?

Ni pienses que aprovecha á quien se embar-  
Haber los pactos que juró violado, (ca  
Que tambien sabe justiciero el Ponto  
Castigar las perfidias y el engaño.

Mucho mas si es Amor el ofendido,  
Pues la madre de Amor, prodigio raro,  
Se dió que en los mares de Citeres  
De las espumas fue desnudo parto.

Y aunque perdida estoy, temo perderte,  
Y temo al que me daña inferir daño;  
Pues aunque mi enemigo, temo mucho  
Que quedes en las ondas sepultado.

Vive, yo te lo pido; que antes quiero  
Perderte estando vivo, por ingrato,  
Que no por muerto: Dígase que Eneas  
Fue causa de mi muerte, y no al contrario.

Mas figúrate ya (no quiera el cielo  
Que á realizarse lleguen mis presagios!)  
Que te arrebatá un torbellino; ¿entonces,  
Qué pensarás en trance tan aciago?

Te ocurrirán al punto los perjuros  
De tu lengua falaz y el roto pacto,  
La triste suerte de la frigia Dido  
Obligada á morir, por ser tú falso.

Verán tus ojos la terrible imágen  
De tu engañada esposa en aquel acto,  
Y esparcido en desórden el cabello,  
Sangre de sus heridas derramando.

*Cuanto sufro, dirás, lo he merecido;  
Dejadme ya funestos sobresaltos:  
Y pensarás que contra tí fulmina  
Cuantos despide el cielo ardientes rayos.*

¡Ah! deja al menos que su furia aplaquen  
Los mares y tu pecho: aguarda un tanto,  
Que á la seguridad de tu partida  
Es de mucha importancia este intervalo.

No lo hagas ya por mí, mas á lo menos  
Hazlo siquiera por el niño Ascanio,  
Y baste á tu dureza, pues lo quieres,  
Haber solo mi muerte ocasionado.

¿Qué mal te ha merecido el tierno Julo?  
¿Qué mal te han hecho los penates sacros?  
¿Quiéres que acabe el agua con los dioses,  
Que del troyano incendio se libraron?

¿Pero qué dioses, si ningunos llevas,  
Ni cual te jactas, pérfido, á tu anciano  
Padre cargaron tus piadosos hombros,  
Ni menos los divinos simulacros?

Falsedades son todas las que cuentas,  
Ni tu lengua á mentir con tal descaro  
Conmigo comenzó, pues la primera  
No soy á quien tus fraudes castigaron.

¿Do está, si no, la mísera Creusa,  
Madre del bello Julo desdichado?  
¡Pereció la infeliz, del duro Eneas  
Abandonada, sola y sin amparo.

Tú me lo referias, y mi pecho  
Túvote compasión por serte grato:  
Mas si á mí me abandonas, tu castigo  
Mayor será que aquel, por mas culpado.

Ni ya me cabe duda, que tus dioses  
Castigarán tus falsedades, cuando  
Siete años hace ya que te persiguen  
Por mar y tierra, contra tí enojados.

Arrojado por fin de entre las olas  
Hallastes en mis playas el descanso,  
Y aun apenas tu nombre oído habia  
Cuando te hice del reino soberano.

¡Y ojalá que con estos beneficios  
Se hubieran mis anhelos contentado,  
Ni anduviera mi amor y mi deshonra  
La fama por el orbe divulgando!

Mas aquel negro día, en que á la gruta  
Hizo con recias lluvias retirarnos  
Súbita tempestad, fue el triste origen  
Y la ominosa causa de mi daño.

Parecióme escuchar un clamor triste,  
Y que ahullaban las ninfas con espanto....  
¡Las Euménides eran, que fatales  
Sobrado mis desdichas me anunciaron!

Véngate ya de mí, dáme el castigo,  
Ofendido pudor, pudor manchado,  
Pues ofendí á Siqueo ¡ay infelice!  
Y ya al castigo sonrojada marchó,

Tengo una sacra efigie de Siqueo  
En un templo interior de bello marmol,  
A quien adornan cándidas cortinas  
De blanquísima lana y verdes ramos.

Allí por cuatro veces mi Siqueo  
Oí que me llamaba: no me engaño;  
Pues con sumisa voz por cuatro veces  
*Sígueme Elisa*, pronunció su labio.

Sí, esposo, ya te sigo: ácia el sepulero  
Sumisa esposa sin demora bajo;  
Empero la vergüenza de mi crimen  
Retarda el golpe con que ya me amago.

¡Perdóname, Siqueo! de mi culpa  
Es el autor un héroe extraordinario,  
Que con su dignidad quita ó minora  
El odio de mi culpa y tus agravios.

Es hijo de una diosa, y en sus hombros  
Llevó á su padre con filial conato:  
Estas prendas me dieron esperanza  
De que á mí se enlazase en nudo santo.

Si hube de errar, en esta vez al menos  
Causas plausibles á mi error sobraron;  
Y si sus juramentos á esto añades,  
No habrá que te avergüence en este caso.

¡Ay de mí! que aun me sigue la porfía  
De mis primeros infelices hados,  
Durando su rigor sin aflojarse  
Hasta mi último aliento desdichado.

Mi esposo asesinado ante las aras  
Cayó del interior de su palacio,  
Y de tan gran maldad impunemente  
El premio goza mi atrevido hermano.

Huyo precipitada, y de mi esposo  
Las cenizas y pátria desamparo;  
Y por senderos ásperos camino,  
Siguiendo mis pisadas el tirano.

Llego á climas ignotos, libre apenas  
De mi hermano y los mares escapando,  
Do el terreno compré, que, generosa  
En vano te entregué para mandarlo.

Levanté una ciudad, y estensamente  
La circundé con muros elevados,  
Cuya magnificencia es ya la envidia  
De todos los lugares comarcanos.

Encendióse la guerra, y con la guerra  
Forastera y muger urgida me hallo,  
Y apenas pongo á la ciudad las puertas,  
Ya las armas solícita preparo.

Agradé á mil amantes importunos,  
Que todos contra mí se conjuraron,  
Quejosos de que yo les preferia  
No sé á quien para unirme en firme lazo.

¡Ay Eneas! ¿por qué dudas entregarme  
Atada y sin defensa al africano  
Yarbas? yo sin moverme, á las cadenas  
Y á tu maldad presentaré los brazos.

También, si quieres, un hermano tengo,  
Cuyas odiosas despiadadas manos  
Aun empaparse pueden en mi sangre,  
Cual en la de mi esposo se empaparon.

¡Ah! deja ya á tus dioses, que profanas  
Tocando sus efigies sanguinario:  
Que á las deidades una mano impía  
Mal puede tributar justo holocausto.

Si á los dioses librados del incendio  
Habias tú de ser el que profano  
Les tributase cultos, ya les pesa  
Haberse de las llamas escapado.

A la engañada y miserable Dido,  
Grávida, hombre cruel, dejas acaso,  
Y en mis entrañas una parte tuya  
Tal vez oculta y encerrada traigo.

Un niño entonces ¡ay! un inocente  
Colmará de la madre los quebrantos,  
Y tú serás la causa de su muerte,  
Aun antes de nacer, sin ser culpado.

Acabará con su infelice madre  
El hermanito tierno de tu Ascanio,  
Y un solo golpe, y una herida sola  
Dará la muerte juntamente á entreambos.

Mas dices que á partir un dios te obliga...  
¡Oh, si el venir te hubiera antes vedado  
Ese dios, y las púnicas comarcas  
Jamás pisado hubieran los troyanos!

Mas á pesar del dios que te dirige  
Los vientos te maltratan navegando,  
Y sin llegar á tu destino, pierdes  
En la agitada mar tiempo muy largo.

Apenas la gran Troya mereciera  
A costa de tan ímprobos trabajos  
Ser buscada por tí, si, aun Hector vivo,  
Su esplendor conservára antiguo y claro.

Mas no ya el pátrio Simois, sino el Tiber  
Y sus lejanas aguas vas buscando;  
Es decir, que aunque llegues do quisieras,  
Solo serás allí huesped extraño.

Y según se te aleja y se te esconde  
Esa tierra que buscas obstinado,  
Si la llegas á ver, será, sin duda,  
Cuándo por la vejez estés ya cano.

¡Cuánto fuera mejor que recibieses,  
Escusando rodeos temerarios,  
Estos pueblos en dote, y las riquezas,  
Que mi hermano usurpar pretendió avaro!

Trasfiere el Ilion con mejor suerte  
A esta nueva ciudad, que aquí fundaron  
Los afanosos tirios, y tú en ella  
Empuña como rey el cetro sacro.

Si tu ánimo guerrero ansioso anhela  
La belicosa lid: si Julo bravo,  
A su valor palestra busca en donde  
Victorias adquirir, y cortar lauros:

Para que nada falte, aun enemigos  
De quien pueda triunfar tendrá sobrados,  
Que es este sitio en paz apto á las leyes,  
Y á las armas también en guerra es apto.

Solo te ruego por tu hermosa madre,  
De tu hermano Cupido por los dardos,  
Y por esas deidades, compañeras  
De tu fuga infeliz, númenes pátrios:

(Así los compañeros de tu suerte  
Venzan felices, y prosperen faustos,  
Y la troyana lid la última sea  
De todas tus fatigas y quebrantos;

Y así dichosamente llene Julo  
El dilatado curso de sus años,  
Y del anciano Anquises las cenizas  
En plácida quietud logren descanso).

Que á mi reino perdones, caro Eneas:  
Mira que es tuyo ya, y está á tu cargo;  
Ni podrás atribuirme otro delito  
Pues solo es mi delito amarte tanto.

No soy yo de Tesalia, ni he nacido  
En la grande Micenas, ni adversarios,  
O mi esposo, ó mi padre, contra Troya,  
Ni contra tí las armas empuñaron.

Si de llamarme esposa te avergüenzas,  
 No tenga de tu esposa el nombre ó rango;  
 Tu huésped seré, que en siendo tuya  
 Cualquiera condicion gustosa abrazo.

Tengo bien conocidos estos mares  
 Que en la playa se rompen con fracaso,  
 Y sé que á veces navegarse dejan,  
 Y á veces no es posible navegarlos.

Podrás cuando ya el aura lo permita  
 Dar al viento las velas y los barcos;  
 Mas ahora las algas claro indican  
 Que aun deben en el puerto estar las naos.

Permíteme que observe yo los vientos,  
 Para que sin peligro hagas tu embarco,  
 Y despues, si lo quieres, ni yo misma  
 Consentiré que alargues tu retardo.

Tus compañeros el descanso anhelan;  
 Las maltratadas naves sin reparo,  
 Para recomponerse exigen todas  
 Demorarse siquiera un corto espacio.

Por los favores que me debes, y otros,  
 Si aun puede mi anhelar servirte en algo,  
 Por la esperanza que me diste, un breve,  
 Un cortísimo tiempo te demando.

Mientras se aplacan los turbados mares,  
 Y este voraz amor; mientras me amaño  
 Con el tiempo y el uso, de tu ausencia  
 A sufrir con valor el golpe infausto.

Si este favor me niegas, no hay remedio,  
 Me arrancaré una vida que no aguanto,  
 Pues no podrás conmigo ¡ó duro Eneas!  
 Ser ya cruel por tiempo dilatado.

¡Oh! ¡si de quien te escribe en este instante,  
 Pudieras ver la imagen, hombre ingrato!  
 Escribo, y mientras el troyano acero,  
 Que me dejaste, tengo en el regazo.

Y mis lágrimas bajan por el rostro  
 El cuchillo á mojar desenvainado,  
 Al cual ¡ay infeliz! dentro de breve  
 Empapará mi sangre en vez del llanto.

¡O cuánto á mi fatal horrible suerte  
Es apto y conveniente tu regalo!  
Con él á peca costa, á mis exequias  
Das el mejor y mas urgente ornato.

Mas no es ahora, no, la vez primera  
Que se verá mi pecho traspasado,  
Que ya con crudo golpe lo tenia  
Herido el fiero amor muy de antemano.

¡Ana! ¡querida hermana! que mi yerro  
Lograste penetrar, mas no curarlo,  
Presto dará los últimos auxilios  
A mi yerto cadaver tu cuidado.

Consumido en la hoguera, haz que no diga:  
ELISA DE SIQUEO el epitafio;  
Mas estas breves lineas solamente  
Se inscribirán del túmulo en el marmol:

YACE AQUI DIDO, A CUYA MUERTE ENEAS  
LA CAUSA Y EL ACERO DIO INHUMANO,  
DEL CUAL USANDO LA INFELIZ AMANTE  
SE DIO LA MUERTE CON SUS PROPIAS MANOS.

---

## HEROIDA OCTAVA.

---

### ARGUMENTO.

*Mientras Menelao, padre de Hermione, estaba en el sitio de Troya, Tindaro, abuelo materno de ésta, á quien aquel rey habia encargado el reino, la casó con Orestes, hijo del rey Agamenon, hermano de Menelao. Este, ignorando estas bodas, prometió su hija Hermione á Pirro, hijo de Aquiles, el cual vuelto de Troya, la robó y se la llevó consigo. Hermione, que aborrecia á Pirro y amaba á Orestes, escribe á éste ocultamente, pintándole su triste situacion, y exhortándolo á que la recobre, pues jura morir primero que consentir en ser de otro.*

¡O cuánto á mi fatal horrible suerte  
Es apto y conveniente tu regalo!  
Con él á peca costa, á mis exequias  
Das el mejor y mas urgente ornato.

Mas no es ahora, no, la vez primera  
Que se verá mi pecho traspasado,  
Que ya con crudo golpe lo tenia  
Herido el fiero amor muy de antemano.

¡Ana! ¡querida hermana! que mi yerro  
Lograste penetrar, mas no curarlo,  
Presto dará los últimos auxilios  
A mi yerto cadaver tu cuidado.

Consumido en la hoguera, haz que no diga:  
ELISA DE SIQUEO el epitafio;  
Mas estas breves lineas solamente  
Se inscribirán del túmulo en el marmol:

YACE AQUI DIDO, A CUYA MUERTE ENEAS  
LA CAUSA Y EL ACERO DIO INHUMANO,  
DEL CUAL USANDO LA INFELIZ AMANTE  
SE DIO LA MUERTE CON SUS PROPIAS MANOS.

---



---

## HEROIDA OCTAVA.

---

### ARGUMENTO.

*Mientras Menelao, padre de Hermione, estaba en el sitio de Troya, Tindaro, abuelo materno de ésta, á quien aquel rey habia encargado el reino, la casó con Orestes, hijo del rey Agamenon, hermano de Menelao. Este, ignorando estas bodas, prometió su hija Hermione á Pirro, hijo de Aquiles, el cual vuelto de Troya, la robó y se la llevó consigo. Hermione, que aborrecia á Pirro y amaba á Orestes, escribe á éste ocultamente, pintándole su triste situacion, y exhortándolo á que la recobre, pues jura morir primero que consentir en ser de otro.*

## HERMIONE

A  
**ORESTES.**

A tí, Orestes amado, que mi primo  
 Y mi esposo á la vez, eras ha poco,  
 Cual á mi primo escribo solamente,  
 Pues ya de esposo el nombre le tiene otro.

Pirro el hijo de Aquiles, cual su padre,  
 A quien imita, fiero y orgulloso,  
 Contra el derecho humano y el divino  
 Encerrada me tiene por su autojo.

Resistí cuanto pude, por no verme  
 Contra mi voluntad presa de un loco:  
 ¿Y qué mas pude hacer? mis flacas fuerzas  
 No alcanzaron á mas; triunfó su arrojó.

„¿Qué haces, le dije, detestable Pirro?  
 „Mira que hay quien me venga de este  
 oprobrio,  
 „Mira que tengo dueño, y que mal puedes  
 „Profanar, siendo agena, mi decoro.

El, sordo como el mar, á mis lamentos,  
 Mientras á Orestes implorando nombro,  
 Descompuesto el cabello y desolada,  
 Me arrastró á su palacio, duro y sordo.

¿Qué mas sufrido hubiera, si asaltando  
 Bárbara turba de enemigos broncos  
 A mi pátria, robase sus matronas  
 Entre la confusion y el alboroto?

La vencedora Grecia, mas humana  
 A Andrómaca trató con mejor modo,  
 Cuando abrasaron los aquivos fuegos  
 La troyana ciudad y sus contornos.

Mas tú, querido Orestes, si cuidado  
 De mi amargo penar, tienes piadoso,  
 Ven, y con mano armada y valerosa  
 Tus derechos vindica y ponme en cobro.

Si una mano atrevida tus ganados  
Intentase robar ¿al fiero robo  
no te opusieras? ¿y verás tranquilo  
que otro me roba, sin dejar el ocio?

Sigue el ejemplo de mi padre y tuyo,  
Que á la robada Helena con heroico  
Valor cobraron, pues por causa suya  
Guerra hicieron á Troya á tanto costo.

Si sin moverse hubiera Menelao  
Quedábase en el triste y viudo trono,  
Aun mi madre estuviera, cual estubo  
En poder del adúltero alevoso.

Tú, ni cóncavas velas, ni mil naves  
Tienes que disponer y echar al golfo,  
Ni de soldados numerosas huestes,  
Pues bastas á vencer viniendo solo.

Debírasme librar, aunque tan árduo,  
Cual el de Helena, fuese mi recobro,  
Que sufrir por su esposa ásperas guerras  
Es gloria del marido y no desdoro.

¿Y qué, si añades á esto que de Atreo-  
De Pélope el gran hijo nietos somos?  
Si por esposo no, por deudo siempre  
Debírasme librar de este sonroja.

Como esposa al esposo y deuda al deudo  
Tu ayuda exijo, tu favor imploro:  
Dos poderosos títulos que claman  
Tu ayuda y tu favor en mi socorro.

Tíndaro á tí me unió, materno abuelo,  
En conyugal y plácido consorcio,  
Pues, ausente mi padre, en él estaba  
La potestad de hacer mi matrimonio.

Al prometerme á Pirro Menelao  
De mi contrato el invencible estorbo  
Ignoraba, y mi abuelo, que podía,  
Por ser mayor, casarme, efectuólo.

Cuando á tí me estrechaba el nudo santo  
A ninguno mi enlace era dañoso;  
Mas si ahora con Pirro me enlazára  
Hiciérate un agravio bien notorio.

Nuestro amor ademas, sin mucha pena  
Aprobará mi padre generoso,  
Pues ha probado ya del dios alado  
Las flechas que despide el arco corvo.

Que el amor que él á sí se ha permitido,  
No ha de negarlo rígido á nosotros;  
Y mi madre, á quien él ha recobrado,  
Tambien á nuestro amor dará un apoyo.

Lo que para mi madre es Menelao  
Eres tú para Hermione, y así como  
Páris en otro tiempo tuvo á Helena,  
Así me tiene á mí de Pirro el dolo.

Y si éste en las hazañas de su padre  
Se ensoberbece con sobrado entono,  
A tí tambien engrandecerte pueden  
De Agamenon los hechos gloriosos.

Agamenon, entrando el mismo Aquiles,  
Imperaba potente sobre todos;  
Solo era un gefe Aquiles, y aquel era  
El gefe de los gefes poderoso.

De Pélope y de Tántalo descendes,  
Y si tu origen buscas mas á fondo,  
Cuarto nieto hallarás ser del gran Jove  
Que del Olimpo tiene el alto sólio.

Ni de valor careces; y si diste  
A tu madre la muerte, bien conozeo  
Que esta no es mancha de tu honor, pues ella,  
Vendiendo á Agamenon, lo hizo forzoso.

Quisiera yo que en causa mas plausible  
Valiente hubieras sido; mas tu enojo  
La causa no escogió: quisolo el hado,  
Tu brazo vengador ejecutólo.

A tu padre vengaste, y en Egisto  
Hundiendo tu cuchilla valeroso,  
Con tu sangre teñiste el suelo que antes  
Dejó tu padre con la suya rojo.

Pirro culpa esta accion y esta venganza,  
Crimen apellidando el que es tu elogio;  
Y lo que es mas, en mi presencia misma  
Osa mostrar así su negro encono.

Me enfurezco al oírlo, y juntamente  
Se encienden mis entrañas y mi rostro,  
Y encerradas mis iras en el pecho  
Hace su incendio en él voraz destrozo.

¿Cualquiera con audacia en mi presencia  
Ha de infamar á Orestes y yo lo oigo?  
¿Mas qué tengo de hacer, muger y sola,  
Sin fuerzas, sin acero, sin patronos?

Solo puedo llorar, y solo el llanto  
Es de mis iras débil desahogo,  
Y mis lágrimas corren por el seno,  
Cayendo sin cesar cual dos arroyos.

Lágrimas tristes son mi único alivio,  
Y lágrimas sin fin brotan mis ojos,  
Y mis incultas pálidas mejillas  
Cual fuente perennal inunda el lloro.

El rapto en mi linage, que aun me alcanza,  
Por destino fatal parece propio:  
Cuantas del claro Tántalo venimos  
De algun fiero raptor fuimos despojo.

No diré los ardides con que á Leda  
Pudo amante engañar el Cisne acuoso;  
Ni me lamentaré de que en sus plumas  
Se ocultó Jove con disfraz impropio.

En Acaya, do el Itsmo en largo trecho  
El uno y otro mar divide toscos  
En peregrino carro fue robada  
Hipodamia del patrio territorio.

De mi robada madre los hermanos  
Con heroico valor, Castor y Polux,  
De su raptor Teseo la arrancaron,  
Y á la Atica lograron su retorno.

Y robada otra vez por el vil París  
Que á el Ida la llevó por el mar hondo,  
En armas puso las aquivas huestes  
Que á Troya convirtieron en escombros.

Apenas me recuerda la memoria  
Estos sucesos, para mi remotos,  
Mas me acuerdo que todo era amargura,  
Todo solicitud, susto y trastorno.

Lloraba Febe, de mi madre hermana,  
Tambien Castor y Polux, y lloroso  
VÍ á Tindaro mi abuelo, y á su Jove-  
Leda pedia, en tanto mal, socorro.

Tambien yo pequeñuela, destrozado  
Mi cabello, que aun era entonces corto,  
Clamaba: ¡ay madre! ¿do sin mí te alejas,  
*Dejándonos en mísero abandono?*

Estaba ausente entonces Menelao.  
En fin, para que yo de extraño tronco  
No se juzgue que soy, del fierro Pirro  
Otro nuevo raptor, fui presa pronto.

¡Oh! ¡si Aquiles jamás probado hubiese  
Las armas protejidas por Apolo!  
El condenára del protervo Pirro  
La maldad, y la trama hubiera roto.

Cuando ni en otro tiempo agradó á Aquiles,  
Ni le agradára en el actual tampoco  
Que arrebatada la inocente esposa  
Tuviera que llorarla el viudo esposo.

¿Cuál es la injuria que hice á las deidades  
Habitadoras del celeste Polo?  
¿O cuál estrella ¡ay mísera! se opone  
De mi felicidad al dulce logro?

Cuando pequeña sin mi madre estuve,  
Mi padre estaba en guerra en clima ignoto;  
Y los dos vivos, de los dos privada,  
Lloraba mi horfandad con pecho absorto.

Yo no probé en mi infancia ¡ó madre mia!  
Aquel comun inesplicable gozo  
De decirte caricias balbucientes  
En mal formados rústicos coloquios.

Ni el gusto tuve de poner mil veces  
Mis bracesillos de tu cuello en torno,  
Ni sentada jamás en tu regazo  
Grato te pude ser y dulce estorbo.

Ni creciendo despues, tus blandas manos  
Se esmeraron cuidosas en mi adorno,  
Ni al desposarme, en fin el nuevo lecho  
El materno afanar puse á los novies.

Cuando al volver de Troya fui á encontrarte,  
De placer inundada y alborozo,  
Si he de hablar la verdad, no conocia  
Aun de mi amada madre el rostro hermoso.

Mas luego conocí que eras mi madre  
Al ver de tu hermosura el raro asombro;  
Y tú, cuál era tu hija preguntabas  
Con maternal anhelo y labio ansioso.

Uníendome contigo ¡Oh dulce Orestes!  
Pude en fin ser feliz en esto solo;  
Mas en esto tambien seré infelice  
Si á librarme no vuelas de este monstruo.

Pues vuelto ya triunfante Menelao  
Aun me aprisiona el insolente mozo,  
Y mi cautividad es solamente  
De la vencida Troya el bien que logro.

Con todo, mientras Febo alumbra el dia,  
Llevado en sus caballos luminosos,  
No tan agudos son mis fieros males,  
Ni con tanta viveza me acongojo.

Mas despues que la noche me conduce  
Al triste lecho, para mí de abrojos,  
Sumida en un abismo de amargura  
Y levantando al cielo mis sollozos;

En lugar del tranquilo y dulce sueño  
Lágrimas solamente hay en mis ojos,  
Y del odioso Pirro cuanto puedo,  
Como de un enemigo huyo y me escondo.

Con la agudeza de mi mal, á veces  
Insensata y estúpida me pongo,  
Y olvidada del sitio y de las cosas,  
A mi enemigo sin saberlo toco.

Mas conocido el yerro, horrorizada  
Las manos luego pávida recojo,  
Creyéndolas manchadas al contacto  
Del hombre cuyo amor detesto y odio.

Mil veces al decir el labio *Pirro*,  
*Orestes* dijo, equivocando el tono;  
Y este error de la lengua lisongero  
Es un agüero para mí dichoso.

Y así por mi familia desdichada  
 Y por su padre Jove, que en contorno  
 Del ancho mundo su dominio estiende  
 Gobernando el olimpo, y todo el globo,

Y en fin, por las cenizas de tu padre,  
 Mi amado tío, que en feliz reposo  
 Te deben descansar, despues que fuerte  
 A su vil matador lanzaste al Orco;

Juro, que he de morir en mi edad jóven  
 Con muerte prematura (oye mis votos),  
 O no he de ser esposa de otro alguno  
 Que de mi Orestes, á quien firme adoro.




---

## HEROIDA NONA.

---

### ARGUMENTO.

*Hércules, ó Alcides, hijo de Júpiter y Alcmena muger de Anfitrión, perseguido por la diosa Juno y el rey Euristeo, despues de haberse casado con Deyanira, hija de Oeneo, rey de Calidon, y de haber limpiado la tierra de monstruos y tiranos, se rindió al amor de Yole, princesa de Ecalia, degradándose como lo habia hecho antes amando á Onfale. Deyanira sabiendo sus amores le envió una túnica tinta en sangre del centauro Neso, creyéndola propia para recobrar su cariño, y despues le escribia esta carta afeándole su degradacion sin disimular sus celos: al estarla escribiendo tuvo la nueva de que la túnica habia causado la muerte á su esposo, y desesperada de lo que habia hecho, se quita la vida.*

Y así por mi familia desdichada  
 Y por su padre Jove, que en contorno  
 Del ancho mundo su dominio estiende  
 Gobernando el olimpo, y todo el globo,

Y en fin, por las cenizas de tu padre,  
 Mi amado tío, que en feliz reposo  
 Te deben descansar, despues que fuerte  
 A su vil matador lanzaste al Orco;

Juro, que he de morir en mi edad jóven  
 Con muerte prematura (oye mis votos),  
 O no he de ser esposa de otro alguno  
 Que de mi Orestes, á quien firme adoro.




---

## HEROIDA NONA.

---

### ARGUMENTO.

*Hércules, ó Alcides, hijo de Júpiter y Alcmena muger de Anfitrión, perseguido por la diosa Juno y el rey Euristeo, despues de haberse casado con Deyanira, hija de Oeneo, rey de Calidon, y de haber limpiado la tierra de monstruos y tiranos, se rindió al amor de Yole, princesa de Ecalia, degradándose como lo habia hecho antes amando á Onfale. Deyanira sabiendo sus amores le envió una túnica tinta en sangre del centauro Neso, creyéndola propia para recobrar su cariño, y despues le escribia esta carta afeándole su degradacion sin disimular sus celos: al estarla escribiendo tuvo la nueva de que la túnica habia causado la muerte á su esposo, y desesperada de lo que habia hecho, se quita la vida.*

## DEYANIRA

## HERCULES.

Me complazco en que añadas á tus gloria:  
Que la ciudad de Ecalia á tí se rinda;  
Pero de que se rinda me lamento  
El bravo vencedor á una vencida.

De Grecia á las ciudades ha llegado  
La voladora fama muy aprisa,  
Mas tan desfigurada, que la dejan  
Tus conocidos hechos desmentida.

Al que la misma Juno no venciera,  
Ni una crecida serie de fatigas,  
Cuenta la fama, que la débil Yole  
Ha subyugado ya con ignominia.

Esto quisiera el rígido Euristeo,  
Y esto quisiera Juno tu enemiga,  
Que como tu madrastra, de que **hubieras**  
Mancillado tu honor se alegraría.

Mas no así lo quisiera el alto Jove  
A quien sola una noche, reducida  
Pareció (si á esto crédito ha de darse)  
Para formar tus prendas peregrinas.

La no temida Venus te ha dañado  
Mas que la misma Juno vengativa;  
Pues esta persiguiéndote te exalta,  
Y aquella con vil pie tu cuello pisa.

Limpio de monstruos, de tiranos libre  
Por tu invicto valor, ó Alcides, mira  
El orbe, por do quier que el ancha tierra  
Es del glauco Nereo circunscrita.

La tierra y vastos mares por do quiera  
Que á tí te deben su quietud publican,  
Y las plagas de oriente y occidente  
De tu beneficencia están henchidas.

Al alto cielo que ha de sostenerte  
 Primero sustentó tu valentía,  
 y Atlas sostiene la estrellada esfera  
 Porque en los hombros de Hércules estriva.

Mas si un negro borron á manchar llega  
 El lustre de tus glorias primitivas,  
 ¿Qué has logrado con ellas? deshonrarlas,  
 Y tu vergüenza hacer mas conocida.

¿No cuentan que á dos hórridas culebras  
 Oprimiste con tiernas manecitas,  
 Cuando, ya digno del escelso Jove,  
 Aun en la cuna estabas todavia?

(ria?

¿Pues por qué has de acabar con menos glo-  
 ¿Tus hechos varoniles cederian  
 A los de tu niñez? ¿Qué diferencia  
 Entre el niño y varon tan inaudita!

Al que vencer mil fieras no pudieron  
 Ni del duro Euristeo las intrigas,  
 Al que no pudo Juno poderosa,  
 Ha vencido el amor jó cobardía!

Con todo, por ser de Hércules la esposa  
 Muger afortunada me apellidan,  
 Y porque nuera soy del dios terrible  
 Que ardientes rayos del olimpo vibra.

Cuanto mal, bajo un yugo, en el arado  
 Novillos desiguales se combinan,  
 Tanto en el himeneo, humilde esposa  
 De esposo superior es oprimida.

No es honor, sino carga, tal consorcio;  
 Apariencia es que oprime á la que liga:  
 Y si alguna aspirare al himeneo,  
 Unase con su igual y tendrá dicha.

Mas conocido me es cualquiera huesped,  
 Que no mi esposo; pues la suerte mia  
 Quiere que ausente siempre fieros monstruos  
 Y horribles fieras sin cesar persiga,

Yo en la viuda mansion siempre ocupada  
 En sacrificios y plegarias pias,  
 Sin cesar sufro, y temo que mi esposo  
 Perezca al golpe de una mano inicua.

\*

Ya me figuro que las bravas sierpes,  
 Los ávidos leones que acuchilla,  
 Los javalís, ó canes de tres bocas  
 Lo devoran enmedio á la campiña.

Las fibras de las víctimas que inmoló,  
 Del sueño las imágenes ambiguas,  
 Y todos los presagios, que la noche  
 Hace nacer en mí, me aterrorizan.

Escudriño infeliz cuantos rumores  
 La vagarosa fama preconiza;  
 Y ora al temor supera la esperanza,  
 Y ora sobre ella el susto predomina.

Tu madre Alcmena ausente está, llorando  
 Haber sido de Jove tan querida,  
 Ni Anfitrión, tu padre, está conmigo,  
 Ni el hijo nuestro me hace compañía.

El rígido Eurísteo, árbitro duro  
 Del encono de Juno y de las iras,  
 Me oprime rencoroso, y en mí pesa  
 El largo enojo de la injusta diva.

Mas tanto padecer aun no bastaba,  
 Tú también con rigor me martirizas,  
 Amando á mil estrañas, pues cualquiera  
 A tu infeliz esposa es preferida.

No las violencias que en Arcadia usára  
 Con Auge hija de Aleo, tu injusticia,  
 Diré, ni la que hicieras á Astidamia  
 Hija de Ormeno, desdichada niña.

Ni te acriminaré, porque de Tespis  
 Violó tu amor las numerosas hijas,  
 Sin que á ninguna de ellas, siendo tantas,  
 De atropellar dejára tu osadía.

Onfale, otra rival, con nuevo crimen  
 A tu esposa infeliz fue preferida  
 Por donde me forzaste á ser madrastra  
 Del fruto de ese amor, Lamo el de Lidia.

El Meandro que en lúbricos rodeos  
 Tan tortuoso se revuelve y gira  
 En unas mismas tierras, que parece  
 Que sus aguas se tornan á sí mismas;

Pender ha visto de Hércules al cuello  
La femenil infame gargantilla;  
Al cuello para el cual en otro tiempo  
Pequeña carga el cielo parecía.

Ni se avergüenza los membrudos brazos  
Adornar con inútiles manillas,  
Ni los robustos y esforzados miembros  
Engalanar con oro y pedrerías.

¿Y son estos los brazos que el aliento  
Hicieron exhalar en cruda liza  
Al nemeo leon, cuya piel bruta  
Al hombro izquierdo bravo suspendías?

¿Y osaste aderezar tu áspero pelo  
Con galas de mi sexo privativas,  
Cuando á la sien de Alcides solamente  
Del álamo las hojas convenían?

¿No juzgas cosa torpe acomodarte  
Esa cintura, mugeril insignia,  
A manera de jóven cortesana  
Que aplausos desenvuelta solicita?

Cuando así te degradas ¿no te ocurre  
De Diomedes la imagen asesina,  
Que alimentaba bárbaro sus yeguas  
Dándolas carne humana por comida?

Si Busiris llevar te hubiese visto  
Ese trage de frágil mugercilla,  
¿O cuánta el vencedor afeminado  
Confusion al vencido causaríal

Del duro cuello te arrancára Anteo  
Ese collar tan propio de una niña,  
Porque se avergonzára en ser vencido  
De hombre que en tanto extremo se afemina.

Entre las camareras de tu Onfale  
Se cuenta que también dócil te alistas,  
Llevando el canastillo de la rueca,  
Temeroso tal vez de que te riña.

¿No rehusa tu mano vencedora,  
En mil y mil trabajos aguerrida,  
Llevar ese cestillo delicado  
En lugar de la clava que solías?

¿Tu tosca mano á manejar se aviene,  
La ruda lana que tus dedos hilan?  
¿Y lo hilado, por peso á tu señora  
Entregas, cual las otras lo practican?

¡Ah! cuantas veces al hilar tus manos,  
En mas noble ejercicio endurecidas  
El huso que manejan vigorosas  
Habrán entre los dedos hecho astillas.

Se dice ¡o infeliz! que tembloroso  
Por el flexible azote que á la cinta  
Lleva pendiente tu ama, á sus pies puesto  
Temes sus amenazas, si se irrita.

Y que en postura tan humilde y baja,  
Con todo el aparato que se estila  
En los triunfos, refieres tus proezas,  
Que en traje tal mejor callar debias.

Cuentas como en la cuna, aun siendo niño  
Con mano desarmada y pequeñita,  
Oprimidas las fauces, sufocáras  
Dos culebras enormes y rollizas.

Cómo en el cipresífero Erimanto  
Yaciera al golpe de tu mano invicta  
El javalí de Arcadia, cuya mole  
La tierra en ancho trámite oprimia.

Ni callas el castigo de Diomedes  
Que á sus puertas fijaba, en larga fila,  
Los cráneos de los hombres que matára,  
Cuya sangre las aguas acrecia.

Ni al gaditano Gerion vencido,  
Rico en ganados, dueño de tres islas,  
Y triplicado monstruo, pues siendo uno,  
Tres cuerpos á la vez lo componian.

Cuentas tambien que impávido al Cerbero,  
Que tres cabezas en un cuerpo anima,  
Encadenaste sin que estorbo fuesen  
Las mil culebras que su piel erizan.

Y la Hidra Iernea, á quien fecundas  
Las heridas mas fuerzas infundian,  
Brotando á cada golpe mas cabezas,  
Que al fin ante tus pies quedó rendida.

Al invencible Anteo, cuyas fuerzas  
Del terrestre contacto dependian,  
Que elevado del suelo en la siniestra  
Sufocó de tu diestra la energia.

En fin la turba ecuestre de Centauros,  
Monstruos de forma humana y cabalina,  
De quien parte mataste, y de Tesalia  
Otra parte pusistes en huida.

¿Y vestido de púrpura sidonia  
Tantas hazañas, que valor respiran,  
Has podido contar, sin que tu lengua  
Al verte en ese traje se reprima?

Tambien la ninfa dicen que se adorna  
Con tus armas, y de ellas revestida  
Los trofeos ostenta, antes ilustres,  
Del que ya su cautivo denomina.

Ves ahora á contar tus fuertes hechos  
Con enfática y fiera altanería, (bre,  
Despues que Onfale se transforma en hom-  
Porque tú de muger ya te acreditas.

Tanto mas inferior eres á Onfale  
Cuanto fue mas valiente bizarria  
Vencerte que el vencer ¡ó fuerte Alcides!  
A los hombres y fieras que vencias.

De Onfale son tus hazañosos hechos,  
De Onfale son tus glorias adquiridas;  
Ya no te alabes mas, pues de tus glorias  
Es heredera universal tu amiga.

¡O vergüenza! ¡O pudor! ¿la piel velluda,  
Que al leon arrancára tu osadia,  
A cubrir con su rígida aspereza  
Tan delicados hombros se destina?

Tú te engañas, Alcides, y lo ignoras:  
Esos despojos, no de la vencida  
Fiera son, sino tuyos, tú venciste  
Al leon, y á tí Onfale te domina.

Una débil muger, que apenas puede  
La rueca manejar de lana enchida,  
Maneja ya las matadoras flechas,  
De la fiera lerneá en sangre tintas.

Al invencible Anteo, cuyas fuerzas  
Del terrestre contacto dependian,  
Que elevado del suelo en la siniestra  
Sufocó de tu diestra la energia.

En fin la turma ecuestre de Centauros,  
Monstruos de forma humana y cabalina,  
De quien parte mataste, y de Tesalia  
Otra parte pusistes en huida.

¿Y vestido de púrpura sidonia  
Tantas hazañas, que valor respiran,  
Has podido contar, sin que tu lengua  
Al verte en ese trage se reprima?

Tambien la ninfa dicen que se adorna  
Con tus armas, y de ellas revestida  
Los trofeos ostenta, antes ilustres,  
Del que ya su cautivo denomina.

Ves ahora á contar tus fuertes hechos  
Con enfática y fiera altanería, (bre,  
Despues que Onfale se transforma en hom-  
Porque tú de muger ya te acreditas.

Tanto mas inferior eres á Onfale  
Cuanto fue mas valiente bizzarria  
Vencerte que el vencer ¡o fuerte Alcides!  
A los hombres y fieras que vencias.

De Onfale son tus hazañosos hechos,  
De Onfale son tus glorias adquiridas;  
Ya no te alabes mas, pues de tus glorias  
Es heredera universal tu amiga.

¡O vergüenza! ¡O pudor! ¿la piel velluda,  
Que al leon arrancára tu osadia,  
A cubrir con su rígida aspereza  
Tan delicados hombros se destina?

Tú te engañas, Alcides, y lo ignoras:  
Esos despojos, no de la vencida  
Fiera son, sino tuyos, tú venciste  
Al leon, y á tí Onfale te domina.

Una débil muger, que apenas puede  
La rueca manejar de lana enchida,  
Maneja ya las matadoras flechas,  
De la fiera lerneá en sangre tintas.

Y la clava de fieras domadora  
 Con blanda mano fatigosa enristra;  
 Y en vez de sus adornos, al espejo  
 Las toscas armas de su amante mira.

Por la fama estas cosas he sabido,  
 De la cual no fiarme bien podia;  
 Que ofende menos el dolor que al alma  
 Solo por los oídos se encamina.

Mas ¡ay! que ante mis ojos otra nueva  
 Y estrangera rival es conducida,  
 Ni ya disimular me es permitido  
 Lo que sufro y mis ojos averiguan.

Ni aun siquiera permites que se aleje  
 De la ciudad do estoy tu Yole altiva,  
 Porque sin duda quieres que mis ojos  
 La hayan de ver, por mas que lo resistan.

Ni viene, ya que viene la orgullosa,  
 Cual era conveniente á una cautiva,  
 Suelto el cabello y encubierto el rostro,  
 Publicando en su pena sus desdichas.

Entra al contrario tan de oro ornada,  
 Que aun desde lejos á mirarla incita,  
 Y engalanada con igual adorno  
 Al que te degradaba allá en la Frigia.

Se ofrece en espectáeulo al concurso,  
 Fiera de que al grande Hércules humilla:  
 Diráse al verla que, su padre vivo,  
 Del triunfo de su pátria se gloria.

Y tal vez, espulsada de la Etolia  
 Tu miserable esposa Deyanira,  
 De adúltera dejando el nombre odioso  
 El de tu esposa tomará la inicua.

Un famoso himeneo dos personas  
 Entonces unirá con torpe liga,  
 La del raptor, demente afeminado,  
 Y la de Yole, infame concubina.

Hiélanseme los miembros al pensarlo,  
 Y ofuscada la mente se horroriza;  
 La pluma se me escapa, y ambas manos  
 Lánguidas al regazo se deslizan.

Tambien á mí me amaste entre otras muchas,  
 Mas fue puro el amor que me tenias;  
 Y dos veces por mí (no te avergüences)  
 Las armas empuñó tu gallardia.

En su orilla Aqueloo, turbio rio  
 Truncadas vió sus armas retorcidas,  
 Y lloroso escondió su rota frente  
 En sus limosas y turbadas linfas.

Y Neso, mi raptor, fiero Centauro,  
 Cayó del rio Eveno en las orillas,  
 De tus flechas herido, enrojeciendo  
 Con su sangre las aguas cristalinas....

¿Mas, qué recuerdo ya? ¡golpe terrible!  
 Al escribir ¡ó dioses! la noticia  
 Me llega de su muerte...¿y quién la causa?  
 ¡O túnica fatal! su esposa misma....

¡Miser! qué es lo que hice? ¿á do insensata  
 Me arrebató de amor la llama activa?  
 ¡Bárbara Deyanira! ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¿Por ventura tu esposo en el Oeta  
 Yacerá consumido en la alta pira,  
 Y tú de tanto luto causadora  
 Querrás sobrevivir á sus cenizas?

Si aun algo puedo hacer que me acredite  
 Consorte que de Alcides no desdiga,  
 Es morir valerosa, y con mi muerte  
 Probar que soy su esposa amante y fina.

Así verás tambien, ó Meleagro, (na.  
 Que no es tu hermana de su hermano indig-  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Un invasor tirano ocupa el solio  
 De mis padres ¡ó mísera familia!  
 Y á mi infelice padre despojado  
 Ya la cansada senectud fatiga.

Desterrado Tideo, hermano mio,  
 Vaga en ignotos y estrangeros climas:  
 Meleagro ardió vivo, cuando ardiera  
 El tronco en que su vida consistia.

Mi madre Altea con sus propias manos  
 Hundió en su seno la mortal cuchilla.  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

¡O idolatrado Alcides! solamente  
 Una cosa mis ruegos te suplican,  
 Por nuestra santa union, jamás se crea  
 Que yo pude atentar contra tus días.

Neso al mirar en su amoroso pecho  
 Tu saeta mortal clavada y fija:  
*Esta sangre, me dijo, hará que Alcides  
 Te torne á amar, si alguna vez te olvida.*

Con este solo fin, tinta en su sangre  
 La túnica mi amor te dirigia.  
 Bárbara Deyanira ¿por qué dudas  
 Arrancarte ¡ó dolor! la triste vida?

Sí; vamos á morir. Padre querido,  
 ¡A dios por siempre! á dios, hermana mia;  
 A dios, amada pátria; á dios, Tideo,  
 Do quier que fugitivo errante vivas.

A dios, luz, que á mis ojos desdichados  
 Por la postrera vez alumbra y brilla:  
 ¡Hijo! á dios: dulce esposo... ¡ya no existe!  
 Pues su esposa infeliz tampoco exista...



## HEROIDA DECIMA.

## ARGUMENTO.

*Vencidos los atenienses por Minos rey de Creta, quedaron obligados al tributo anual de siete jóvenes y siete doncellas, destinados á alimentar al monstruo llamado Minotauro, encerrado en un intrincadísimo laberinto. Entre los jóvenes tocó la suerte á Teseo, quien auxiliado de Ariadna, hija del rey, logró matar al Minotauro y poder salir del laberinto libre y victorioso. Al volverse á su patria se fugó con él Ariadna que lo amaba; pero Teseo aprovechándose del profundo sueño de la joven continuó su navegacion, dejándola abandonada en una isla desierta, desde la cual escribe ella pintando su sorpresa, desolacion, temores y toda su deplorable situacion, suplicándole que vuelva á llevarla, ó al menos á llevar sus huesos si hubiere muerto.*

## ARIADNA

A

## TESEO.

Hallé las fieras todas en esta isla  
Menos que tú, crueles y tiranas;  
Ni entregada al mas bárbaro pudiera  
Mas infelice ser, que á tí entregada.

Esta carta que ves ¡ó vil Teseo!  
Te la dirijo desde aquella playa,  
De do con todos y sin mí, los vientos  
Tu velero bajel arrebatarán.

De la desierta playa, do mi sueño  
Y tú con las traidoras asechanzas  
Que á mi dormir pusieras, me vendisteis,  
Dejándome á morir abandonada.

Era el tiempo otoñal en que la tierra  
Comenzaba á cubrir la vítrea escarcha  
Cuando las avejillas, escondidas  
Entre las hojas, querellosas cantan.

Lánguida con el sueño y perezosa,  
Incierta si dormia, ó si velaba,  
Tiendo las manos, que con fiel cariño  
Hácia tí se dirigen espontáneas,

Nada encuentro, y de nuevo cuidadosa  
Una vez y otra vez toco la cama,  
Solicita recorro todo el lecho;  
Pero ¡ay! en vano mi inquietud se afana,

Con la mortal sorpresa, huyóse el sueño,  
Y temblorosa, atónita y turbada  
Me incorporo, y del lecho solitario  
Me arrojo, sin saber lo que me pasa.

En mi pecho al instante resonaron  
Los repetidos golpes que inhumanas  
Descargáran mis manos, ni el cabello  
Perdonaron inculto cual estaba.

Alumbraba la luna, y con la vista  
Registro la ribera solitaria  
Por si algo en ella veo, mas en vano  
De la vista apuré la perspicacia.

Acá y allá sin orden y sin fruto,  
Casi fuera de mí, corro insensata,  
Aunque la arena móvil impedía  
Mis inespertas juveniles plantas.

Entre tanto, ¡Teseo! ¡mi Teseo!  
En alta voz, llamándote, clamaba,  
Y Teseo tan solo respondian  
Las rocas de la cóncava montaña.

Y cuantas veces mi amoroso labio  
Tu nombre pronunció, por otras tantas  
Lo repitió la roca compasiva,  
Queriendo así aliviar mi pena amarga. ®

Hay un áspero monte, en cuya cumbre,  
Aunque raras, se ven algunas plantas,  
Altísimo peñasco, que parece  
Que á desplomarse va sobre las aguas.

A su escarpada cima me encamino  
 Mis fuerzas animando casi exhaustas,  
 Y deste modo los tendidos mares  
 Recorro con la vista á gran distancia.

Desde allí pude ver (pues que los vientos  
 Tambien mis enemigos se declaran)  
 Que volaba tu nave, cuyas velas  
 Con el rápido noto iban infladas.

O ya fue que la vieses, ó ya mis ojos  
 Se persuadieron crédulos mirarla,  
 Helóseme la sangre, y de sentido  
 En desmayo mortal quedé privada.

Mas el mismo dolor, no permitiendo  
 Que así permaneciese, me restaura,  
 Y apenas vuelvo en mí, llamo á Teseo  
 Con voz, en cuanto pude, la mas alta.

„A dónde vas, esclamo, atroz Teseo?  
 „Vuelve, maldado, vuélvete ¿qué tardas?  
 „Torna, torna tu nave: ¿de su gente  
 „El número incompleto no reparas?”

Así clamo, supliendo mis gemidos  
 Lo que la voz solícita no alcanza,  
 Y golpes repetidos en mi pecho  
 Tambien á mis gemidos acompañan.

Y por si no me oyeras, y á lo menos  
 Pudieras descubrirme, aunque lejaua,  
 Mil señas con las manos repetia  
 Que tu atencion enérgicas llamáran.

Un blanco lienzo tremolé, fijado  
 En una larga y oportuna vara,  
 Para que á tí y los tuyos advirtiera  
 Que en la playa desierta me olvidaban.

Ya que verte no pude, de mis ojos  
 Pudo el llanto correr con abundancia,  
 Que entorpecidos antes con el susto,  
 Aun de tan triste alivio no gozaba.

¿Y qué cosa mejor hacer podian  
 Mis tristes ojos que llorar mis ansias,  
 Despues que para siempre mi desdicha  
 Los privó de mirar tu nave ingrata?

Ora, desesperada y sin consuelo,  
Errante vago do el furor me llama,  
Esparcido el cabello, como suele,  
Agitada del dios Bacante insana.

Ora contemplo los inmensos mares,  
Sobre una dura roca reclinada;  
Y tan yerta y estúpida me siento,  
Como la dura roca que me carga.

Mil veces voy al lecho que en la noche,  
Víspera de tu fuga y mis desgracias,  
Juntos nos llegó á ver, mas que ya juntos  
No nos veria mas á la mañana:

Y, ya que á tí no puedo, tus vestigios  
Miro á lo menos, comprimida el alma,  
Y el lecho á quien tu cuerpo fatigado,  
Dormido, su calor comunicaba.

Al ver el lecho tiemblo conmovida,  
Y mis ojos en llantó se desatan;  
Mójolo con mis lágrimas, y esclamo:  
„Pues te ocupamos dos, dame al que falta.“

„Si dos á tu quietud nos acogimos  
„Díme, pérfido lecho, ¿por qué causa  
„No salimos los dos? ¿mi mejor parte,  
„Mi adorada mitad, adonde se halla?

¡Ah! ¿qué tengo de hacer? ¿adonde sola  
Me podré dirigir? inhabitada,  
No presenta á mis ojos esta isla  
Vestigio alguno de persona humana.

Rodeada de mares por do quiera  
Nadie las ondas navegando pasa,  
Ni se descubre navecilla alguna  
Que atraviese sus sendas ignoradas.

Mas quiero suponerme compañeros,  
Nave dispuesta y favorables auras;  
¿Adonde iria, si tornar no puedo  
Al ofendido suelo de mi patria?

Aunque dichosamente navegase  
En mar serena, libre de borrascas;  
Aunque los vientos aplacase Eolo,  
Do quier seré infeliz y desterrada.

¡Ah! jamás otra vez mis tristes ojos  
Te volverán á ver, ó Creta cara,  
En cien bellas ciudades dividida,  
Y á quien de Jove decoró la infancia.

Pues á mi padre Minos, y aquel suelo  
Do justo impera próbido monarca,  
(¡O amados nombres de mi patria y padre!)  
Ofendió mi conducta poco sábia;

Cuando, para que tú no perecieses  
Perdido en las incógnitas murallas  
Del corvo laberinto, te dí el hilo  
Que al salir dirigiera tus pisadas.

Cuando infiel me decias: „yo te juro  
„Por los mismos peligros que me aguardan,  
„Que has de ser mia, sí, mientras vivamos,  
„¡O dueño de mi vida! ¡ó Ariadna!

Vivimos, sí, vivimos ¡ó Teseo!  
Y yo tuya no soy.... (¡Promesas falsas!)  
Si aun viva puedo estar cuando al sepulcro  
Traiciones de un perjuro ya me arrastran.

¡Oh si tambien á mí tu ímproba diestra  
Arrancára la vida con la clava  
Que la arrancó á mi hermano! con mi muerte  
Soltárase la fe de tus palabras.

Mas ahora ¡ay de mí! no solo pienso  
En los forzosos males que me amagan,  
Mas temo cuantos males sufrir puede  
Cualquiera que se ve en mis circunstancias.

Mil géneros de muerte á cada instante  
A la imaginacion fieros asaltan;  
Y es menos duro recibir la muerte,  
Que en tan horribles dudas esperarla.

Ya por aquella parte, ó ya por esta  
Pienso que con furor se me abalanzan  
Devoradores lobos, que mis miembros  
Con insaciable diente despedazan.

Tal vez en este suelo solitario  
Erizados leones se propagan;  
O quien sabe tambien si aquí se crian  
Hambrientas tigres de sañuda garra.

También se dice que los anchos mares  
 Monstruos marinos de su seno lanzan (me  
 ¿Ni quién podrá impedir que el pecho iner-  
 Me traspase cuchilla sanguinaria?

¡Mas en tantos peligros, á lo menos  
 Entre duras cadenas cual esclava  
 No me llegue á mirar, envilecida  
 Y en serviles labores ocupada!

¡Yo, que por padre tengo al sábio Minos  
 Y que tengo por madre á la preclara  
 Hija del sol, y lo que es mas; que estuve  
 Ya para esposa tuya destinada!

Si ven mis ojos la anchurosa tierra,  
 O del undoso mar la estension vasta,  
 El ancha tierra y estendidos mares,  
 Con mil y mil peligros me amenazan.

Faltábanme los cielos, mas en ellos  
 Temo ofendidas las deidades sacras:  
 ¡Infeliz! no me queda otro recurso,  
 que servir de alimento á fieras bravas.

Aunque habitáran hombres estos climas  
 ¿Tendré ya de los hombres confianza?  
 ¡Ay! ¡cuán á costa mia he aprendido  
 De los estraños á temer las tramas!

¡O si mi hermano Andrógeo no muriera,  
 Y tú, malvada Atenas, no pagáras  
 Su muerte con la muerte de los tuyos  
 Quedando al Minotauro tributaria!

¡Ni al fiero monstruo, pérfido Teseo,  
 Postrado hubiera tu nodosa masa;  
 Al fiero monstruo que de toro y hombre  
 Compuesta tuvo su figura rara!

¡Ni yo te diera el hilo que del hondo  
 Laberinto te dió salida franca;  
 El hilo que al librarte de la muerte  
 Mis afanosas manos preparaban!

Ya no me admira, nó, que por do quiera  
 Junta contigo la victoria vaya,  
 Ni de que el suelo de la Creta el monstruo  
 tiñera con su sangre derramada.

Pues mal pudiera tus entrañas férreas  
Herir el Minotauro con sus astas,  
Que aun sin cubrirte el pecho ibas seguro  
Si su misma dureza lo resguarda.

Rocas en él al hierro impenetrables  
Y diamantes durísimos llevabas,  
Y aun á tí mismo, ingrato, que en dureza  
Al diamante y las rocas aventajas.

¡Sueño cruel! ¿por qué me hundió importuna  
En tan hondo letargo tu eficacia?  
Mas ya que así lo hiciste en noche eterna  
Dejárame dormir tu fuerza aciaga!

Y vosotros también, vientos crueles,  
Sobrado prevenidos á su marcha,  
Cuya aura, para todos favorable  
Solo á mí, y á mis ojos fue contraria.

Y tú, diestra cruel, que ya en la muerte  
De mi hermano la mia preparabas;  
Y en fin traidora fe, que tan en vano  
Me juró de tus labios la falacia.

Conjuráronse en fin en daño mio  
Juntos el sueño, el viento y la fe vana;  
Y siendo yo una sola y débil jóven,  
Para perderme unióronse tres causas.

¿Luego habré de morir sin ver siquiera  
Correr el llanto de una madre amada?  
¿Luego habré de morir sin que mis ojos  
Llegue alguno á cerrar con mano grata?

¿Mi espíritu infeliz vagará errante  
De aura estrangera en las regiones vacuas?  
¿Ni habrá una mano amiga, que piadosa  
Unja mis miembros compasiva y blanda?

¿Posarán en mis huesos insepultos  
Aves marinas de mis miembros hartas?  
¿Y estos sepulcros son el digno premio  
Que á mi amor y servicios se preparan?

Tú entre tanto á los puertos ¡ó Tesco!  
De Atenas llegarás, y á tu llegada,  
Cuando en tu pátria recibido seas  
Y conducido de ella al alto alcazar;

Al referir del fiero Minotauro  
 La muerte entre tus ínclitas hazañas;  
 Cuando del intrincado laberinto  
 Y sus enredos vencedor te aplaudas:

Refiéreme también en un desierto  
 Abandonada con silencio y maña;  
 Que no debo en verdad ser omitida  
 Al numerar tus glorias y alabanzas.

¡Engañador...! Ni Egeo fue tu padre,  
 Ni tú eres hijo de Etra, cual te jactas:  
 Los implacables mares y las rocas  
 Tus genitores son y tu prosapia.

¡O si los dioses próbidos hicieran  
 Que desde tu alta popa me miráras!  
 El estado infeliz en que me has puesto  
 A compasión moviera tus entrañas.

Mas si no con los ojos, con la mente  
 Mírame al menos: tu traición nefanda  
 Mira cual me pusiera. En una roca  
 Do baten sin cesar las ondas vagas:

Esparcido en los hombros el cabello,  
 Cubriendo en parte la llorosa cara:  
 Ponderoso el vestido, que cual lluvia  
 Mis perennales lágrimas empapan:

El cuerpo tembloroso, como suelen  
 Las espigas del Bóreas agitadas,  
 Y escribiendo con pulso vacilante  
 Las mal formadas letras de esta carta.

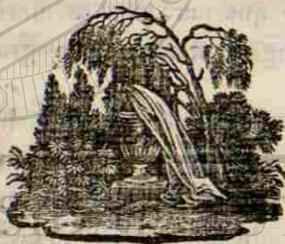
Tal es mi situación; mas no te ruego  
 Por mis servicios, pues tan mal se pagan,  
 Ni quiero que por ellos te merezca  
 Mi mal pagado amor alguna gracia;

Mas castigo tampoco y si no he sido,  
 Cual tal vez piensas, la ocasion que salva  
 Tu vida conservó, no hay por que seas  
 La ocasion de mi muerte desastrada.

Y así desde este lado de los mares,  
 Que por mi mal inmensos nos separan,  
 Tendiéndote infeliz las manos puestas,  
 De tanto herirme el pecho fatigadas:

Te ruego, aquí postrada, por los pocos  
Cabellos que escaparon de mi saña,  
Y por el tierno y abundoso llanto  
Que arranca de mis ojos tu inconstancia:

Que te vuelvas, Teseo idolatrado;  
Que otra vez ácia aquí tu nave traigas;  
Y si muerta me hallares, á lo menos  
Los huesos llevarás de la que amabas.




---



---

## HEROIDA UNDECIMA

---

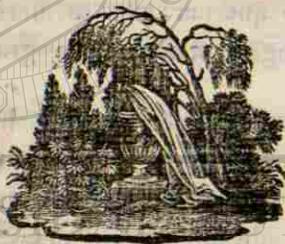
### ARGUMENTO.

*Canace y Macareo, hijos de Eolo, dios de los vientos, se amaron criminalmente, y descubierto por su padre su incestuoso amor á los sollozos del inocente fruto de sus torpezas, mandó que éste se echase á las fieras para que lo devorasen, y envió á su criminal hija un puñal para que usá-  
ra de él segun sus méritos. Canace antes de darse la muerte da parte á Macareo, que se habia escapado, de lo sucedido, encargándole reuna sus cenizas con las de su hijo.*

\*

Te ruego, aquí postrada, por los pocos  
Cabellos que escaparon de mi saña,  
Y por el tierno y abundoso llanto  
Que arranca de mis ojos tu inconstancia:

Que te vuelvas, Teseo idolatrado;  
Que otra vez ácia aquí tu nave traigas;  
Y si muerta me hallares, á lo menos  
Los huesos llevarás de la que amabas.




---



---

## HEROIDA UNDECIMA

---

### ARGUMENTO.

*Canace y Macareo, hijos de Eolo, dios de los vientos, se amaron criminalmente, y descubierto por su padre su incestuoso amor á los sollozos del inocente fruto de sus torpezas, mandó que éste se echase á las fieras para que lo devorasen, y envió á su criminal hija un puñal para que usá-  
ra de él segun sus méritos. Canace antes de darse la muerte da parte á Macareo, que se habia escapado, de lo sucedido, encargándole reuna sus cenizas con las de su hijo.*

\*

## CANACE

A

MACAREO.

Si mal formadas á tus manos llegan  
Estas letras tal vez, ó estos borrones,  
¿Qué mucho que tan próxima á la muerte  
Quien las escribe las confunda y borre?

Tengo en la diestra la turbada pluma,  
En la izquierda el puñal de agudo corte,  
Y en mi regazo abierta está la carta,  
En que al morir te escribo estos renglones.

Tal es, al escribirte, de tu hermana,  
Hija de Eolo, la aptitud y porte,  
Pues solo así aplacar juzgo que puede  
De mi tirano padre los furores.

Quisiera yo que él mismo de mi muerte  
Fuese el espectador, pues él entonces,  
Ya que es de ella el autor, fuera el testigo,  
Y viérame espirar al fatal golpe.

Que siendo sus entrañas implacables,  
Mas que los vientos que gobierna, atroces,  
Viera sin duda mi morir sangriento  
Con secos ojos y semblante inmoble.

No es mucho que quien vive con los vientos,  
Si ellos feroces son, feroz se torne,  
Ni que su condicion áspera y dura  
Con la de sus vasallos se conforme.

El impera los zéfiros y notos,  
Los tracios, vendavales y aquilones  
Y al Euro alado, gobernando fiero  
Sus giros, sus impulsos y sus choques.

Manda en los vientos ¡ay! pero no manda  
En sus hinchadas iras y pasiones:  
A los vientos sujeta y no sujeta  
Sus iras, que los vientos mas feroces.

¿Qué me aprovecha hasta el olimpo alzada  
 Por una estirpe sobre todas noble,  
 Descender de los dioses inmortales  
 Y tener por abuelo al mismo Jove?

¿Dejo por eso de empuñar sangrienta  
 El funesto puñal, nada conforme  
 A mi tímido sexo? ¡ó duras armas,  
 De mi padre cruel fúnebres dones!

¡Ojalá, Macareo, que la hora  
 Que enlazó nuestros tiernos corazones,  
 Llegára, cuando heladas mis cenizas  
 En el hondo sepulcro se coloquen!

¡Ojalá, hermano, que jamás pasáran  
 Del fraterno cariño tus amores,  
 Ni yo los sacros límites rompiera (¡nef!  
 Que entre hermano y hermana el deudo po-

Mas tambien me abrasé, y allá en el pecho  
 Tambien llegué á sentir no sé que ardores,  
 Que una alada deidad, segun oía,  
 Sabe ciega encender con sus arpones.

Su púrpura perdieron mis megillas,  
 Y en palidez trocados mis colores,  
 Perdí tambien el gusto á los manjares  
 Y el forzado comer debilitóme.

De mis ojos el sueño se alejaba  
 Y eran eternas para mí las noches,  
 Arrojando del pecho hondos suspiros.  
 Sin que ningun dolor los ocasionese.

Ni para obrar de un modo tan extraño  
 Hallaba yo motivos ó razones;  
 Ni supe qué era amor, mas sin saberlo  
 Probaba ya mi pecho sus rigores.

Antes que yo, mi práctica nodriza  
 Conoció mis amantes aficiones,  
 Y ella fue la primera que me dijo:  
*Amas, y tú tal vez no lo conoces.*

Avergoncáme, y retirando al seno  
 La vista, el rostro de rubor cubrióse:  
 Indicios claros del amor que en vano  
 Quisieran ocultarla mis temores.

Pues ya turgente el seno, descubria  
 El fruto indigno de un cariño torpe,  
 Y ya me fatigaba el peso extraño  
 De la escondida, mas creciente mole.

¿Qué yerbas repetidas, qué remedios,  
 Qué inútiles y amargas confecciones,  
 No me dió la nodriza? ¿y qué no hizo,  
 Para ocultar al mundo mi desórden?

Mas á pesar de todos sus arbitrios  
 Nunca pude arrojar la tierna prole;  
 (Y este solo delito te ocultamos,  
 Temiendo con razon tus reprensiones):

Pues el vivaz infante se mantuvo  
 En el materno seno, desde donde  
 Burlándose de todas nuestras artes  
 Contra sus enemigos fue de bronce.

Ya nueve veces la brillante luna,  
 Bella hermana del sol, sus esplendores  
 Mudado habia, y en su hermoso carro  
 Otra vez la llevaban sus bridones.

Cuando, sin poder yo saber la causa,  
 Me acometieron súbitos dolores  
 Hallóndome, por falta de experiencia,  
 Novicia en semejantes ocasiones.

Sin poder contenerme di mil gritos:  
 ¿Qué haces? me dijo la nodriza *¿al orbe*  
*Quieres mostrar tu crimen?* y dicho esto  
 Con ambas manos sufocó mis voces.

¿Qué pude hacer? ¡ó triste! me iacitaban  
 A gemir mis agudas aflicciones;  
 Mas la vergüenza, el miedo, y la nodriza,  
 Todos á mi gemir juntos se oponen.

Al instante mis voces y gemidos  
 Contengo á mi pesar, y ni aun que asomea  
 Consiento ya mis lágrimas, que ansiosas  
 Anhelaban salir á borbotones.

La muerte en tanto ante mis ojos veo  
 Pues Lucina en mi afan no me socorre;  
 Mas ¡ay! que aun el morir era delito,  
 Si un delito á morir me predispone.

Rasgábame la túnica y cabello  
 Cuando llegaste tú, y en mis transportes,  
 Al oprimido pecho alivio diste  
 Con tu amorosa voz y exhortaciones.

„Vive, dijiste, vive, cara hermana,  
 „Vive, querido amor; no te acongojes:  
 „No en una sola muerte, de dos vidas,  
 „A cual mas cara, los alientos cortes.  
 „Anima tu vigor con la esperanza,  
 „Pues serás de tu hermano la consorte;  
 „De aquel que, como hermano y como esposo,  
 „Doble culpa tendrá si no te acorre.”

Tus palabras, creeme, aun casi muerta,  
 Dándome nueva vida, me reponen,  
 Y doy á luz en fin, con mi deshonra  
 El fruto criminal que la supone.

Al ver que te alegrabas del suceso:  
 „Téme, exclamé, de un padre los rigores;  
 „Que ambos pereceremos con el niño,  
 „Si de su vigilancia no se esconde.”

Luego que en salvamento te pusiste,  
 Entre ramos de oliva y entre flores  
 La diligente anciana oculta al niño,  
 Y un sacrificio finge que dispone.

Sale con el infante, y mil plegarias  
 Haciendo al cielo va por los salones  
 En alta voz, y así la dejan todos,  
 Y aua mi padre, salir, sin que la estorben.

Ya estaba en los umbrales del palacio  
 Cuando mi padre los gemidos oye  
 Del niño, que inocente se descubre,  
 Dando indicios de sí con sus clamores.

Arrebató al infante el fiero Eolo,  
 Descubriendo las falsas devociones  
 De la nodriza fiel, y siendo causa  
 De que todo el palacio se alborote. ®

Cual suele de aura leve sacudido  
 Agitado temblar el mar salobre,  
 O cual suele agitarse tembloroso  
 De ardiente noto sacudido el roble:

Así mi cuerpo pálido miráras  
 Sacudido vibrarse en mil temblores,  
 Con tal violencia que aun el lecho mismo  
 Do estaba, á par conmigo conmovióse.

Precipítase Eolo á mi aposento  
 Furioso, y sin que nada lo reporte,  
 Mi vergüenza publica, y puede apenas  
 Las manos contener sin darme golpes.

Yo en tanto avergonzada, nada digo,  
 Solo mi llanto en abundancia corre,  
 Que la tímida lengua, con el susto  
 Helada de temor se quedó inmóvil.

Y ya mandado el tierno nieto habia  
 A Canes entregar devoradores  
 Y á destructoras aves, arrojado  
 En solitarios y desiertos bosques.

El mísero inocente sollozaba  
 Cual si entendido hubiera la atroz órden,  
 Y con llorar parece que pedia  
 A su implacable abuelo la revoque.

¿Cuáles mis penas ¡ay hermano mio!  
 Cual mi fiera amargura, te supones,  
 (Bien puedes por las tuyas en tal lance  
 Adivinar mis penas interiores)

Al ver sacar... ¡O pena inexplicable!  
 Al ver sacar á los desiertos montes  
 Al hijo de mi amor, á mis entrañas,  
 Para que hambrientos lobos lo destrocen?

Salió mi padre en fin, y devorada  
 Mi alma de los tormentos mas enormes,  
 Con ambas manos desgarréme el seno  
 Y el rostro todo hasta quedar deforme.

Entre tanto un ministro de mi padre  
 Ante mis tristes ojos presentóse,  
 Y con voz dolorida y balbuciente  
 Sus indignos decretos anuncióme.

„Tu padre Eolo, dijo (entre mis manos  
 „Poniendo la cuchilla) en ese estoque  
 „Ordena que tú misma sus preceptos  
 „Entiendas, y á tus méritos lo adoptes.”

„Los entiendo, le dije, y sin tardanza  
 „De este fiero puñal usaré dócil,  
 „En el pecho ocultando de mi padre  
 „El postrimero don. Esto responde.”

¡Padre cruel! ¿tan fúnebres regalos  
 Al tálamo de una hija corresponden?  
 ¿Un asesino matador acero  
 Será de esta infeliz la nupcial dote?

Engañado himeneo, tus alegres  
 Antorchas á otra parte se trasporten:  
 Huye ya de este sitio abominable,  
 Huye con plantas prestas y veloces.

Y vosotras ¡ó furias del averno  
 Crinadas de silvantes vivorones!  
 Vuestras hachas traed, que es justo que ellas,  
 Si no el lecho nupcial, mi pira adornen.

¡Venturosas hermanas! ¡ah! casaos  
 Con auspicios mas gratos y mejores  
 Que lo fueron los míos; y mi crimen  
 A vuestro incauto amor sirva de norte.

¿Cuál fue empero la culpa de ese niño,  
 Que pocas horas antes entró al goce  
 De su infausto vivir? ¿con qué delito  
 Mereció de su abuelo los rencores?

Si pudo merecer muerte tan dura  
 Está bien que las fieras lo devoren;  
 Mas ¡ay! que solo por mi culpa muere,  
 Sin que aun sombra de crimen se le note.

¡Hijo infeliz! martirio de tu madre,  
 Presa inocente de ávidos leones,  
 Devorado ¡ay de mí! de crudas fieras  
 En tu luz natalicia ¡ó santos dioses!

¡Hijo! prenda infeliz de unos afectos  
 Tan desdichados cuanto mal acordes,  
 Hoy viste tu nacer, y hoy mismo viste  
 Tu morir entre bárbaros horrores.

¡Ni siquiera me fue dado el inundarte  
 De mi llanto en las tiernas efusiones!  
 ¡Ni arrojando en tu pira mis cabellos,  
 Hacer á tus cenizas los honores!

¡Ni te abracé cadáver, ni en tu rostro  
De mi labio estampé las impresiones!  
Fieras te devoraron en vez de esto  
Do te arrojáran bárbaros traidores.

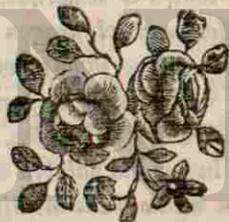
Mas ya tu madre ¡ay hijo! va á seguirte  
De la muerte á las lóbregas mansiones:  
Si poco tiempo me nombraron madre,  
Poco quiero que huérfana me nombren.

Y tú, de quien en vano en el de esposo  
Esperaba cambiar de hermano el nombre,  
De esa inocente víctima los restos  
Esparcidos, solicito recoge.

Y unidos á los míos infelices  
Juntos en un sepulcro haz que reposen,  
Y en la muerte por fin, ya que no en vida,  
Estar unidos hijo y madre logren.

No me olvides jamás; antes te pido  
Que sobre mis heridas tierno llores,  
Ni amante temeroso, de tu amante  
Te horrorice el cadáver, ó te asombre.

Ruégote que ejecutes de una hermana  
Los últimos preceptos que te impone,  
Cual yo ejecuto ahora de mi padre,  
Huendiéndome el puñal, las intenciones....



## HEROIDA DUODECIMA.

## ARGUMENTO.

Jason para conquistar el Vellocino de oro (que era una piel de carnero con sus lanas de aquel metal) tenia que subyugar dos toros que arrojaban llamas, uncirlos y sembrar los dientes de una vívora, de que nacerian luego hombres armados contra el sembrador: vencidos estos, debia adormecer al dragon que custodiaba al Vellocino, y que jamás dormia. No hubiera podido vencer estos imposibles, sin valerse de los encantos de Medea, hija del rey de Colcos, á la que dió palabra de esposo, venciendo por su medio todas las dificultades; con lo cual conquistado el Vellocino, volvió con ella á Tesalia, en donde hizo otros servicios á Jason. Este sin embargo la repudió para casarse con Creusa hija de Creon, rey de Corinto. Despechada Medea escribe al ingrato, recordándole lo que ha hecho por él, y amenazándolo, si no la aplaca, con su venganza. Asi lo verificó matando á sus hijos é incendiando el palacio de Creon.

## MEDEA

A

## JASON.

Desterrada, indigente y despreciada  
Al esposo reciente así me quejo:  
Ni un instante, Jason, para escucharme  
Te dejan los asuntos del gobierno?

Pues en verdad que yo de la gran Colcos  
Siendo la soberana (bien me acuerdo)  
Cuando pediste auxilios á mi magia,  
Para escucharte tuve espacio y tiempo. ®

Entonces ¡ay! entonces las hermanas  
Que el hilo de la vida van torciendo,  
Debieran en el hilo de la mia  
Cortar el curso á mi vital aliento.

\*

Entonces pude venturosa y casta  
 Exhalar el suspiro postrimero,  
 Pues desde entonces mi vivir ha sido  
 Un cúmulo fatal de contratiempos.

¡Infelice de mí! ¿por qué impelida  
 De juveniles brazos, á mis puertos  
 Nave pélia llegó, la piel buscando,  
 Que consagrara Frixo al Dios guerrero?

¡Oh nunca visto hubiésemos en Colcos  
 De esa nave tesálica los remos!

¡Nunca del Fasis las corrientes aguas  
 Gustado hubiesen atrevidos Griegos!

¡Nunca incautos mis ojos se prendáran,  
 Mas que debieran, de tu rubio pelo,  
 Ni yo de la elegancia engañadora  
 De tus hermosos labios lisongeros!

O (ya que á nuestras playas arribara  
 Ese incógnito barco aventurero,  
 Y en ellas esos hombres temerarios  
 Peligros arrostrando el pie pusieron)

El ingrato Jason, sin los ausilios  
 Que le dieran mis mágicos remedios,  
 Lidiado hubiera con los bravos toros  
 De armada frente y anhelando fuego.

Y sembrando despues, cuantas semillas  
 Arrojase, otros tantos corpulentos  
 Enemigos nacieran, que á su mismo  
 Mísero agricultor hubieran muerto.

¡O cuántas falsedades y perfidias  
 Perecieran contigo, hombre protervo!  
 ¡Y oh! de cuantas desdichas y amarguras  
 Mi afanoso vivir quedara exento!

Mas pues echar en cara los servicios  
 A los ingratos es algun consuelo,  
 Quiero, ingrato, gozar este deleite  
 Único que de tí tener ya pienso.

En nunca vista nave yendo á Colcos,  
 De tu rey el mandato obedeciendo,  
 Entraste ¡nunca entrarás! de mi patria  
 Al bien regido y venturoso reino.

Lo que tu nueva esposa es en Corinto  
Era en Coleos Medea; ni exagero  
Si afirmo que tan rico como el suyo  
Es mi padre, y tú sabes que no miento.

Pues si de Efra, puesta entre dos mares  
Hoy empuña Creon el rico cetro,  
De la nivosa Scitia impera Minos  
Cuanto el Ponto á su izquierda baña inmenso.

A la pelarga juventud mi padre  
Hospedó en sus alcázares soberbios,  
Y vosotros los griegos oprimisteis  
Ricos estrados y pintados lechos.

Entonces te miré, y empecé entonces  
A tener de Jason conocimiento;  
Y éste conocimiento y esta vista  
Primer origen de mi ruina fueron.

Pues verte y perecer, uno fue todo,  
Sintiéndome abrasar de un nuevo incendio,  
Cual en las aras de los sacros dioses  
Suele encenderse resinoso leño.

Tu hermosa gentileza, y el destino  
Que me arrastraba, juntos me perdieron,  
Y tus vivaces ojos á los míos,  
Robándoles la luz, dejaron ciegos.

Bien, pérfido Jason, lo conociste,  
Porque ¿quién al amor tendrá secreto,  
Cuando es su llama tal que do se enciende  
Da de sí misma indicios manifiestos?

Entre tanto las leyes se te intiman  
De que los toros de Mavorte fieros  
Al insólito arado sujetáras,  
Domando con valor sus duros cuellos,

Fieras aun mas por su hálito temibles  
Que por sus duros y torcidos cuernos,  
Pues llamas encendidas respiraban  
De la tosca nariz por ambos huecos,

De sólido metal los pies tenían,  
De sólido metal el ancho cerco  
De una y otra nariz, ennegrecido  
Con su mismo volcánico resuello.

Se te ordena además que la semilla,  
Germinadora de enemigos pueblos,  
Con mano decidida y afanosa  
Sembrando esparzas en el campo estenso.

Para que los ejércitos nacidos  
Las congénitas armas esgrimiendo  
Tu persona invadiesen. ¡Mies ingrata  
Al mismo que procura sus aumentos!

Con arte adormecer los fieros ojos,  
Que al sueño sucumbir jamás supieron,  
Del Dragon que guardaba el Vellocino,  
Se te impone por último precepto.

Mi padre apenas intimó estas leyes  
Cuando en triste y atónito silencio  
Os levantasteis de la mesa todos,  
De púrpura dejando los asientos.

¡O cuán distante de tu mente entonces  
Estaba de Creusa el opulento  
Reino, su rica dote, y cuan distantes  
La hija del gran Creon y el rico suegro!

Triste saliste, y húmedos mis ojos,  
Cual queriendo llorar, te iban siguiendo,  
Y aun mis tímidos labios en voz tenue  
Un *á dios* espresivo te dijeron.

Después que del amor tan mal herida  
Me recogí á la cama en mi aposento,  
Cuan larga fue la noche, la pasaron  
En lágrimas mis ojos y en desvelo.

Figurábame ver los igneos toros;  
La semilla nefanda, produciendo  
Armadas huestes; al dragon insomne,  
Y á tí á la muerte inevitable espuesto.

De una parte el amor y el miedo de otra,  
Aumentando al amor el mismo miedo,  
Me combatian, cuando entró mi hermana  
Del aurora al crepúsculo primero.

Hallóme sobre el rostro recostada,  
El cabello en desórden y revuelto,  
Inundada en el llanto, que mis ojos  
Por la primera vez al amor dieron.

Para los Minios mi favor implora,  
 (Favor que á mi rival dará el provecho)  
 Y cuanto ella me pide, fácilmente  
 A Jason voluntaria lo concedo.

Yace un bosque de pinos y de encinas  
 Con las hojas y ramas tan espeso,  
 Que aun del sol á los rayos, puede apenas  
 Humana planta penetrar su centro.

Hay en él, y hubo siempre, de Diana  
 Fabricado de mármoles un templo,  
 Do está de oro la estatua de la Diva,  
 Labrada por artífice extranjero.

No sé si, como á mí, dado al olvido  
 Estos sitios habrás; sé que asistiendo  
 En el templo los dos, tu astuto labio  
 Me tuvo este falaz razonamiento:

„La fortuna en tus manos ¡ó Medea!  
 „La decision de mi salud ha puesto;  
 „O la vida, ó la muerte está en tu arbitrio,  
 „O la vida, ó la muerte de tí espero.

„El poder dar la muerte es harta gloria  
 „A quien poder agrada tan funesto;  
 „Mas ¡ah! ¡cuánto mayor será la tuya  
 „Si vida en vez de muerte te merezco!

„Por los males y riesgos que me cercan  
 „(De que puedes librarme con quererlo)  
 „Por tu ilustre nobleza, y por el numen  
 „De quien todo lo ve, tu sacro abuelo;

„Por el triforme rostro de Diana,  
 „Por sus celebridades y misterios,  
 „Y por los otros dioses, si á otros rinde  
 „Esta nacion los cultos de su celo;

„Apiádate de mí, doncella hermosa,  
 „Apiádate benigna de mis deudos;  
 „Y hazme, con el favor que de tí imploro,  
 „Tu fiel admirador, tu esclavo eterno.

„Y si no se desdeña tu hermosura  
 „De tener por esposo á un forastero;  
 „(¿Mas cómo tan piadosos y tan mios  
 „A los dioses osado me prometo?)

„Antes verás en las sutiles auras  
 „Mi espíritu vital quedar disuelto,  
 „Que yo, si á tí no fuere ¡o dueño mio!  
 „Mi mano y corazon ceda á otro dueño.

„De mi promesa fiel, testigo sea  
 „Juno, deidad propicia á los conciertos,  
 „Y esta diosa tambien á cuya vista  
 „Y en cuyo templo estamos y venero.”

Estas promesas, y otras mil que callo,  
 Y el juntar á la mia, amante y tierno,  
 Tu diestra mano, el corazon sencillo  
 De una simple doncella sedujeron.

Y aun vi correr tus lágrimas: ¿en ellas  
 Tambien pudo caber el fingimiento?  
 Así yo, incauta jóven, muy en breve  
 Triste víctima fuí de tus enredos.

Unces en fin los toros, de sus llamas,  
 Merced á mi favor, quedando ileso;  
 Y cumples con la ley que se te impone  
 Arando firme el sólido terreno.

Los serpentinos venenosos dientes  
 En lugar de semilla siembras luego,  
 Y armada de cuchillas y de escudos,  
 Nace súbita hueste de guerreros.

Yo misma que el remedio dado habia  
 Helada de temor quedé en mi puesto,  
 Al ver á los guerreros furibundos,  
 Que empuñaban feroces los aceros.

Mas por fin los terrígenas hermanos  
 (¡Suceso lamentable y estupendo!)  
 En recíproca lid contra sí mismos  
 Las enojadas diestras convirtieron.

He aquí luego el dragon, todo erizado  
 De sonantes escamas, que tremendo  
 Silvando viene y con el pecho barre  
 La tierra en ancho y lúbrico sendero.

¿Do estaba entonces la opulenta dote?  
 ¿Do estaba entonces el consorcio regio?  
 ¿Do el Itsmo de Corinto, que divide  
 Dos mares en las aguas interpuesto?

Yo, á quien pasados ya los beneficios  
 Bárbara denomina tu despego;  
 Yo que ahora á tus ojos solamente  
 Pobre y nociva mágica aparezco,

Aquella soy, que adormeció con maña  
 Los encendidos ojos del despierto  
 Y espantoso dragon, y la que amante  
 Te entregó el Vellocino sin tropiezo.

Por tí vendí á mi padre: por tí solo  
 Mi reino y pátria abandoné, creyendo  
 Que todo esto era nada, comparado  
 Al placer de seguirte en un destierro.

Mi pudor virginal fue triste presa  
 De un robador extraño y embustero,  
 Y abandonadas mi querida madre,  
 Y la mejor de las hermanas, fueron.

Mas no así, por mi mal y tu desdicha,  
 Sin tí me vine de mi pátria huyendo,  
 ¡Oh mi hermano infeliz...! Aquí la diestra  
 Se resiste á escribir, y el tino pierdo.

Lo que sangrienta ejecutó mi mano  
 No se atreve á escribir. ¡O justo cielo!  
 Así debieran ser, mas con los tuyos  
 Despedazados ¡ó Jason! mis miembros.

Tímida ahora, entonces no temia  
 (¿Mas qué temer, despues de tanto exceso?)  
 Aventurarme al mar, muger y jóven,  
 Manchada ya con crímenes tan feos.

¿Cómo allí hundidos no pagamos ambos,  
 ¡O númenes, ó dioses justicieros!  
 Tú, Jason, tus perfidias y falacias,  
 Yo la facilidad en darte asenso?

¡Oh! ¡si al cruzar del Bósforo las sirtes  
 Se unieran, y cojiéndonos en medio  
 Con súbita opresion nos demolieran  
 Juntándose mis huesos á tus huesos!

¡Oh! si en Scila arrojados, por sus canes  
 Fuéramos devorados y deshechos  
 Que bien pudiera Scila, pues fue amante,  
 Perfidias castigar de hombres perversos!

¡O bien, dando en Caribdis, que vomita  
 Cuantas aguas absorbe en su hondo seno,  
 Para siempre en las hondas de Trinacria  
 Sumergiera tragados nuestros cuerpos!

Mas no fue así, pues vencedor y vivo  
 A las ciudades de Tesalia vuelto,  
 Consagras á los dioses de tu patria  
 El dorado Vellon, rico trofeo.

¿Para qué referirte el beneficio  
 Que debes á mi industria, consiguiendo  
 Que las hijas de Pelias á su padre  
 Despedazasen con piadoso anhelo?

Pues aunque otros la culpen, tú debieras  
 Tan dura accion agradecerme al menos;  
 Tú, por quien tantas veces precisada  
 A ser atroz y criminal me veo.

En vez de esto te atreves (las palabras  
 No alcanzan á explicar cuanto padezco)  
 Te atreves; ¡ay! te atreves á decirme:  
*Del palacio de Eson sal al momento.*

De tu casa salí, pues lo mandaste,  
 Con solo mis dos hijos pequeñuelos,  
 Y el mal pagado amor con que te adoro,  
 Que do quiera que voy me va siguiendo,

Y he aquí que de repente en mis oídos  
 Sonó el epitalámico concento,  
 Que tus bodas celebra, é hirió mis ojos  
 De las nupciales hachas el reflejo.

La sonadora flauta acompañaba,  
 Cuando os cantaban los nupciales versos;  
 Dulce á vosotros, para mí mas triste  
 Que de la trompa fúnebre los ecos.

Estremecíme; mas aun no creía  
 Que en tí cupieran crímenes tan negros;  
 Sin embargo ocepóme el pecho todo  
 No sé qué susto, que lo puso inquieto.

Se acerca en tanto clamorosa turba  
 ¡*Himeneo!* esclamando, é ¡*Himeneo!*  
 Repite sin cesar; y mas crecia,  
 Cuanto mas se acercaba, mi tormento.

Ocultando su llanto, en otra parte  
 Me lloraban algunos de tus siervos,  
 Y lejos del bullicio no querían  
 Con aplauso anunciar tus desaciertos.

También hubiera yo querido entonces  
 Para ignorarlo todo, hallarme lejos,  
 Bien que tan triste y abatida estaba  
 Cual si supiera ya todo el suceso.

Mandado por mí en esto, y conducido  
 De la curiosidad, el mas pequeño  
 De tus dos hijos, por saber la causa,  
 De la puerta al umbral se asomó luego.

„Huye, madre, exclamó: Jason, mi padre,  
 „La nupcial pompa viene presidiendo,  
 „Y desde el carro los caballos rige,  
 „Brillando el oro de que va cubierto.”

Desgarréme la túnica y heríme  
 El pecho de mi rabia en el acceso,  
 Y ni el rostro indultaron de su furia  
 De entre ambas manos los sañudos dedos.

Impetus tuve de lanzarme fiera  
 De la festiva multitud en medio  
 Y arrancar á tu esposa la guirnalda  
 Que llevaba en la sien por aderezo.

Apenas pude, sin salir furiosa,  
 Contenerme, mezados los cabellos  
 Cual estaba, y gritando *¡Este es mi esposo!*  
 Arrebatarte en fe de mi derecho.

¡Padre ofendido! ¡pátria abandonada!  
 ¡Alegraos en fin, que ya mis yerros  
 Espiando estoy! ¡O manes de mi hermano!  
 ¡Apláque mi penar el furor vuestro!

Perdidos para siempre por seguirlo  
 El reino, el domicilio, el patrio suelo,  
 ¡Me abandona mi esposo! ¡aquel esposo,  
 Que ya era solo todo mi universo.

¡Luego pude vencer feroces toros;  
 Pude vencer impávidos guerreros;  
 Pude vencer mortíferos dragones;  
 Y tan solo á Jason vencer no puedo!

Yo, que pude con arte, de los toros  
 Estinguir los volcanes en tu obsequio,  
 ¿No puedo libertarme de las llamas  
 Del ardoroso amor en que me quemó?

¿Ya mi mágia, mis yerbas y mis artes  
 Todas ¡ay! me abandonan de concierto?  
 ¿Ya ni á Diana, ya ni á Proserpina  
 En ayudarme fáciles encuentro?

Fastídiame la luz del claro día,  
 Desvelada en las noches me lamento,  
 Ni el blando sueño á mis cansados ojos  
 Da siquiera el alivio mas ligero.

En favor de Jason sueño profundo  
 Al dragon infundir pudo mi empeño,  
 Y no puedo á mí misma: así á cualquiera  
 Mas útiles que á mí son mis esfuerzos.

Yo conservé á Jason, y á Jason solo  
 Abraza mi ribal sin merecerlo,  
 Gozando el fruto que esclusivamente  
 Se debe á mis afanes y desvelos.

¿Y quien sabe, Jason, si ante la injusta,  
 Por hacerte valer en su concepto,  
 Buscando con palabras lisongeras  
 Ser agradable á sus oidos necios,

Fingirás en mi cara y mis costumbres  
 Nuevas imperfecciones y defectos,  
 Y alegre se reirá la impertinente  
 De los vicios, que finges y no tengo?

Ríase cuanto quiera, y orgullosa  
 De tiria grana pise el solio excelso,  
 Que pronto llorará, cuando arda en llamas  
 Mas voraces aun, que las que pruebo.

Mientras haya puñales y haya hogueras,  
 Mientras haya mortíferos venenos,  
 Enemigo ninguno de Medea  
 De mi furor se quedará riyendo.

Mas si súplicas pueden por ventura  
 Enternecer un corazon de hierro,  
 Mis palabras ya humildes y rendidas  
 Suplícote, Jason, que oigas atento.

Yo tan rendida te suplico ahora  
 Cuando tú lo estuviste á mis pies puesto;  
 Ni en postrarme sumisa ante los tuyos  
 Tarda ó avergonzada me detengo.

Si te soy despreciable, en estos niños  
 Los ojos pon, que de los dos nacieron,  
 Que siendo parto mio, la madrastra  
 Los odiará cruel hasta perderlos.

Mucho se te parecen, y al mirarlos,  
 Contemplando tu imágen, me deleito,  
 Tan movida, que en lágrimas mis ojos  
 Se inundan cada vez que los contemplo.

Ruégote por los dioses, Jason mio,  
 Por mi potente abuelo, el sacro Febo,  
 Por los servicios que á mi amor le debes,  
 Y por estas dos prendas hijos nuestros:

Que me vuelvas tu mano; si tu mano  
 Por la cual todo lo dejó mi afecto:  
 Cúmpleme tu palabra, y tus ausilios  
 Sirvanme, cual los míos te sirvieron.

Mira que no te pido me libertes  
 De armada tropa, ó toros carniceros;  
 Ni que por tí vencido, se adormezca  
 Algun fiero dragon, tampoco intento.

A quien he merecido; á tí que libre  
 Mi esposo te juraste, es á quien quiero;  
 A tí en cuyo consorcio, ya dos veces  
 He sido madre, es solo á quien pretendo.

Y si, cuál es mi dote preguntares,  
 Mi dote, te diré, pues quieres verlo,  
 Es el campo en que araste, de dos fieras  
 Las cervices indómitas unciendo.

Es el aureo Vellon, ese prodigio  
 Tanpreciado por su oro cuanto bello;  
 El cual si reclamára como propio  
 Acaso te negaras á volverlo.

Eres tú mismo, y eslo finalmente  
 La griega juventud, que á mis portentos  
 Debe con vida estar. Compara ahora  
 Los bienes de Creon con todos estos.

La vida que disfrutas, esa esposa,  
 Tu suegro mismo de riquezas lleno,  
 Y aun poder serme ingrato, todo es mio,  
 Todo, pues todo se debió á mi esfuerzo.

Todo lo cual al punto.... Mas ahora  
 Declarar no conviene mis secretos,  
 Que ya minaz mi cólera previene  
 A los malvados grandes escarmientos.

Sí, solo mi furor será mi guía:  
 Tal vez me pesará lo que preveo:  
 Que me pese ¿y qué á mí? tambien me pesa  
 Haber favorecido á un traicionero.

Hagan de mí los dioses lo que quieran,  
 Los dioses que me agitan acá dentro,  
 Pues qué sé yo que cosas aun mayores  
 Allá en la mente impávida revuelvo.

---



---

## HEROIDA DECIMATERCIA

---

### ARGUMENTO.

*Laodamia, esposa de Protesilao príncipe de Filo en Tesalia, que habia partido á la guerra de Troya, llena de temores le escribe á Aulide, en cuyo puerto estaba detenida la flota griega á causa de las tempestades; y noticiosa de que, segun un oráculo, pereceria en la guerra el primero que pisára el pais enemigo, lo exhorta á que sea el último que desembarque, y á que se guarde cuidadosamente de Hector y de los demas troyanos. Sin embargo, estas exhortaciones nada aprovecharon, pues el magnánimo Protesilao fue el primero que puso el pie en tierra, y murió á manos de Hector.*

La vida que disfrutas, esa esposa,  
 Tu suegro mismo de riquezas lleno,  
 Y aun poder serme ingrato, todo es mio,  
 Todo, pues todo se debió á mi esfuerzo.

Todo lo cual al punto.... Mas ahora  
 Declarar no conviene mis secretos,  
 Que ya minaz mi cólera previene  
 A los malvados grandes escarmientos.

Sí, solo mi furor será mi guía:  
 Tal vez me pesará lo que preveo:  
 Que me pese ¿y qué á mí? tambien me pesa  
 Haber favorecido á un traicionero.

Hagan de mí los dioses lo que quieran,  
 Los dioses que me agitan acá dentro,  
 Pues qué sé yo que cosas aun mayores  
 Allá en la mente impávida revuelvo.

---



---

## HEROIDA DECIMATERCIA

---

### ARGUMENTO.

*Laodamia, esposa de Protesilao príncipe de Filo en Tesalia, que habia partido á la guerra de Troya, llena de temores le escribe á Aulide, en cuyo puerto estaba detenida la flota griega á causa de las tempestades; y noticiosa de que, segun un oráculo, pereceria en la guerra el primero que pisára el pais enemigo, lo exhorta á que sea el último que desembarque, y á que se guarde cuidadosamente de Hector y de los demas troyanos. Sin embargo, estas exhortaciones nada aprovecharon, pues el magnánimo Protesilao fue el primero que puso el pie en tierra, y murió á manos de Hector.*

## LAODAMIA

A  
PROTESILAO.

A su esposa Laodamia, esposa amante  
Con todo el corazón salud envía,  
Y ansiosa pide al cielo que la lleve  
Adonde suspirando la encamina.

Cuentan que tienen los contrarios vientos  
En Aulide las naves detenidas:  
¿Adónde estaban ¡ay! las tempestades  
Cuando de aquí dejándome partías?

La mar debiera entonces enojada  
Obstáculos poner á vuestras quillas:  
Para turbar las ondas aquel tiempo  
¿Cuánto mas á propósito sería!

¡Cuántas cosas entonces te dijera!  
¡Cuántas te hiciera mi amistad caricias!  
Pues mil y mil encargos me quedaron,  
Que decirte no pude con la prisa.

Arrebatado fuiste con violencia,  
Y el viento que avivaba la partida  
Favorable sopló cual anhelaban  
Los marineros, no cual yo quería.

Viento á los navegantes oportuno,  
Mas no á quien ama y de su amor se priva:  
¡Ah! yo me ví arrancada de los brazos  
En que tú, dulce esposo, me tenías.

A medio pronunciar dejó mi lengua  
Las palabras que amante profería,  
Y pude apenas en tan duro trance  
Un triste á dios decirte enternecida.

Soplá tenaz el bóreas, y tus velas  
Al punto mismo arrebatadas infla,  
Y ya mi amante y fiel Protesilao  
Estaba ¡ó cielos! lejos de la orilla.

Mientras que pude verte de la playa,  
 En verte desde allí me complacia,  
 Y á tus amantes y espresivos ojos  
 Siguiéron fijamente mis pupilas.

Cuando á tí ya no pude, de tu barco  
 Las velas á lo menos ver podía,  
 Y por un largo espacio de tu nave  
 Las velas mi atencion tuvieron fija.

Mas despues que ni á tí, ni de tu nao  
 Las velas pude ver que hinchadas iban,  
 Y ninguna otra cosa ante mis ojos  
 Sino el hundoso mar se descubria,

De mis ojos tambien huyó contigo  
 La luz, y entre tinieblas sumergida  
 Dicen que desmayada dí en el suelo  
 Doblando temblorosa las rodillas.

Tu padre Ificlo apenas con el mio  
 Y mi madre, que al verme se dolia,  
 Rociándome con agua consiguieron  
 Mirarme de aquel mal restablecida.

Un servicio piadoso me prestaron,  
 Mas fuéme inútil su piedad benigna;  
 Pues sentí que á una esposa desdichada  
 No le fuese la muerte concedida.

Luego que revivieron mis sentidos  
 Tambien resucitaron mis desdichas,  
 Y de nuevo en el pecho lastimado  
 Se encendió del amor la llama activa.

No ya que peinen y ornen mis cabellos  
 Permito á mis doncellas cual solian,  
 Ni quiero que vestidos me prevengan  
 En que el oro y la púrpura compitan.

Cual suelen las bacantes, segun cuentan,  
 Que con el tirso pampanoso agita  
 La bicorne deidad, así yo vago  
 Aquí y allí donde el furor me guia.

Suelen juntarse á veces cariñosas  
 Las jóvenes de Filo, mis amigas,  
 Y „por qué, dicen, ó Laodamia, dejas  
 El regio traje que llevar debias?”

„¿Quereis, las digo, que me vista y lleve  
 „Ropas que coloró púrpura tía,  
 „Mientras en torno del troyano muro  
 „Lidia mi esposo, y su vivir peligra?

„He de adornar con rosas mi cabeza  
 „Mientras él á la suya el casco ciña?  
 „O he de cubrirme yo con nuevos trages  
 „Mientras el peso del arnés lo oprima?

No, amado esposo, no; que en cuanto pueda  
 Quiero imitar tus bélicas fatigas,  
 Y todo el tiempo que la guerra dure  
 Triste me habrá de ver la patria mia.

Y tú, troyano Páris, tan hermoso  
 Por desgracia de Troya y tu familia,  
 ¡Oh si enemigo tan inerte fueras  
 Cuanto pérfido huesped algun dia!

¡Ah! ¡cómo hubiera yo querido entonces  
 Que la beldad de Grecia menos linda  
 Te hubiera parecido, ó que ella hallase  
 Defectos en tu cara peregrina!

¡Ay! bravo Menelao, que te afanas  
 Por tu robada esposa en demasia,  
 ¡Infelice de mí! ¡cuántos y cuántas  
 Llorarán la venganza que meditas!

!Alejen las deidades de nosotros  
 Los males que mi labio vaticina,  
 Y tornando á mis brazos mi marido  
 A Jove dé sus armas no vencidas!

Yo tiemblo, y cuantas veces mis temores  
 La desastrosa guerra se imaginan,  
 Se precipita el llanto de mis ojos,  
 Cual suele al sol la nieve derretida.

Ténedos, Ilion, Símois, y Xanto  
 Y el Ida, nombres son que me intimidan  
 Cuyo solo sonido, si lo escucho  
 Mi amante corazón atemoriza.

Ni se atreviera el peregrino huesped  
 Con tan resuelta y pérfida osadia  
 El robo á ejecutar, si ya sus fuerzas  
 No tuviera sobrado conocidas.

Vino, según es fama, tan brillante  
 Con el oro, que al verlo se diría,  
 Que en solo su vestido y su persona  
 Llevaba las riquezas de la Frigia.

Era en hombres y naves poderoso,  
 Fuerzas con que la guerra se practica;  
 Y aun ésta de su reino solamente  
 Una pequeña parte se creía.

Al seductor halago de estas cosas  
 Sospecho, Helena, que quedó vencida  
 Tu amante resistencia, y mucho temo  
 Que á los griegos también serán nocivas.

Me llena de temor no sé cual Hector,  
 Guerrero, que, cual París repetía,  
 Empuñando las armas en su diestra,  
 Guerras atroces sanguinario excita.

(Iles

A ese Hector fiero pues, do quier que lo ha,  
 Guárdate de esperar, y si me estimas,  
 Allá en tu corazón graba su nombre,  
 Y sus encuentros cuidadoso evita.

Empero al evitarlo no te olvides  
 De evitar á los otros en la riña,  
 Persuadido á que son en ese campo  
 Muchos los fieros Héctores que lidian.

Y en fin, cuando á la lid te preparares  
 Dentro tu corazón quiero que digas:  
 „Mi Laodamia me manda que por ella  
 „A toda costa guarde yo mis días.”

Y si que caiga Troya al valor griego  
 Favorables los hados determinan,  
 Que caiga Troya, sí, pero que caiga  
 Sin que el daño mas mínimo recibas.

Que lidie el ofendido Menelao  
 Y á los troyanos valeroso embista,  
 Para que logre así quitar á París,  
 La que París á él quitado había.

Arrójese; y si en causa lo supera,  
 En las armas y bélica pericia  
 Supérelo también, pues con las armas  
 Debe arrancar á París su querida.

Tu causa es diferente; y así pugna  
Solo para vivir, y que consigas  
Vivo tornar á los amantes brazos  
De la esposa infeliz que te suspira.

De tantos enemigos, uno solo  
Que perdoneis ¡troyanos! os suplica  
La misera Laodamia....¡ah! ¡que no corra  
De su cuerpo mi sangre en sus heridas!

No está bien á mi esposo en las batallas  
Arrojarse empuñando la cuchilla,  
Ni oponerse con pecho endurecido  
De los fieros troyanos á las iras:

Menelao que lidia por su esposa  
Puede ejercer su fuerza y valentia:  
Otros sigan de Marte las banderas,  
Las banderas de amor mi esposo siga.

Te lo confieso ahora; quise al irte  
Estorbar animosa tu partida;  
Mas temiendo que fuese un mal presagio  
El detenerte, me quedé indecisa.

Entonces al partirte para Troya,  
Cuando el paterno hogar á dejar ibas,  
En el umbral tu planta tropezando  
Indicó que partirte no debias.

Al ver este presagio estremeécime,  
Y entre mí dije, toda conmovida:  
„¡Hagan los dioses que este agujero, solo  
„La vuelta de mi esposo me prediga!”

Refiérote estas cosas porque cauto  
Refrenes en la lid tu bizzarria,  
Y haga tu precaucion que al aire vayan  
Los males que mi miedo se fabrica.

Dicen tambien que el hado á inicua muerte  
A no sé quien, fatídico destina  
Que de los griegos el primero á Troya  
Llegue, y en su region la huella imprima.

¡Infelice la esposa que primero  
Llore la muerte de su esposo inicua!  
¡No permitan los dioses que tú seas  
Quien de Troya el primero huelle el clima!

Haz de modo que pueda entre mil naves  
La milésima ser tu navecilla,  
Y la última de todas cuando llegue  
Las ya trilladas ondas surque y mida,

Adviértote también, que tú el postrero  
Desde la nave al puerto te dirijas;  
Ni hay por que te apresures, tierno esposo,  
Pues no es el suelo pátrio al que caminas.

Cuando á tu pátria tornes ¡ay! entonces  
Tu nave á vela y remo precipita,  
Y el pie seguro entonces el primero  
En la ribera de tu pátria fija.

Yo entre tanto, si Febo gira oculto,  
O si elevado sobre el orbe brilla,  
Te tengo sin cesar ante mis ojos,  
Y sin cesar tu ausencia me lastima.

Mas con todo, la noche silenciosa  
Con mayor fuerza mi dolor aviva;  
¡La noche, sí, tan grata á las esposas  
Que siempre al lado del esposo habitan!

Falaces sueños en el viudo lecho  
Entretienen tal vez mi fantasía,  
Y si las dichas verdaderas faltan,  
Deléitanme á lo menos las fingidas.

Mas ¿por qué en sueños tu querida imagen  
Pálida se me ofrece y me contrista?  
¿Por qué tu labio lastimeras voces,  
Que me atraviesan de dolor envía?

¡Ah! yo despierto y humillada adoro  
Las nocturnas imágenes sombrías;  
Ni hay en Tesalia altar que sin el humo  
De los incienso que derramo exista.

Tras el incienso que en el fuego arrojó,  
Abundantes mis lágrimas destilan,  
Y álzase luego la sonante llama,  
Cual suele alzarse cuando el vino liban.

¿Cuándo será que vuelto te acaricie  
Entre mis brazos que estrecharte ansían!  
¿Cuándo será que yo, cayendo de ellos,  
Lánguida desfallezca de alegría!

¿Cuándo será ¡ay esposo! que á mi lado,  
Toda yo de tu labio suspendida,  
Me refieras los hechos hazañosos  
De tu valor, y bélicas intrigas!

Cuya fiel relacion, cuando me la hagas,  
Aunque me dé placer la narrativa,  
Será de mis caricias y las tuyas  
Una vez y otras mil interrumpida.

Porque así interpoladas de cariños  
Se hacen mas agradables las noticias;  
Y la lengua, tras breve y dulce pausa,  
Queda á la narracion mas espedita.

Mas ¡ay! que cuando Troya se me acuerda,  
Los vientos y los mares me horrorizan,  
Y mi dulce esperar desvanecido,  
Solicito temor me desanima.

El que adversos los vientos á las naves  
Salir de Aulide á Troya, no permitan  
Me intimida tambien... ¿y está resuelta  
A pesar de los vientos la salida?

¿Quién, si contrario el viento lo prohíbe,  
Aun á la pátria navegar querría?  
Vosotros sin embargo, de la pátria  
Al mar os arrojaís aunque él lo impida.

Neptuno no permite que á sus muros  
Los bajeles de Grecia se dirijan.  
¿Adónde os arrojaís? á sus hogares  
Tórnese cada cual ¡ó gente argiva!

¿Adónde os arrojaís? ¡Incautos griegos!  
¿No miráis de los vientos la porfía?  
No es el acaso, no, quien os detiene;  
Sagrado númen proseguir os priva.

¿A qué tan ardua guerra? ¿Por ventura  
Una adúltera torpe á tanto obliga?  
Tornad las velas á la pátria ¡ó naves!  
Mientras os es la vuelta permitida.

¿Mas para qué augurar? ¿O nunca sean  
Mis necias y ominosas profecías!  
Antes el aura favorable os torne  
Las ondas apacibles y tranquilas!

¡O, cuánta envidia tengo á las troyanas  
 Que si ven de los suyos condolidas  
 El fiero batallar, logran al menos  
 Al sitio de la lid estar vecinas!

Por sí misma la nueva desposada  
 Pondrá el casco á su amado, y por sí misma  
 El duro arnés y las troyanas armas  
 Dará al valiente esposo que se vista.

Las armas le dará, y al tiempo mismo  
 Del esposo será favorecida  
 Con mil y mil finezas, siendo á entrambos  
 Tan dulce ocupacion una delicia.

Conducirálo luego, y entre tanto:

„Vuélvete pronto, le dirá espresiva,

„Y ven con estas armas porque á Jove

„Las pueda consagrar tu mano invicta.

El, llevando las órdenes recientes  
 De su esposa en el ánimo esculpidas  
 Lidará cautamente, y sus hogares  
 Aun en la lid no perderá de vista.

Al tornar de la guerra, á recibirlo  
 ¡Con qué placer saldrá! y á toda prisa  
 Desarmarálo, y el cansado pecho  
 Estrechará en sus brazos compasiva.

¡Pero yo miserable! siempre incierta  
 Todo me asusta, todo me contrista,  
 Y á juzgar hecho todo el mal posible  
 El temor en que vivo me precisa.

Mientras tú tan distante haces la guerra,  
 Tan solamente mi dolor alivia  
 Un retrato de cera, que fielmente  
 Los lineamentos de tu rostro imita.

A esta querida imagen, mi cariño

Cien mil finezas sin cesar prodiga:

Háblole con ternura, y afanosa

Aun mis abrazos hago que reciba.

Es para mí (creeme) tu retrato

Mas de lo que parece á quien lo mira;

Y si sola la voz se le añadiera,

Protesilao con la voz sería.

A este miro, á este abrazo, y á este tenga  
 En lugar de mi esposo, y afligida,  
 Cual si pudiera hablar y responderme,  
 Le cuento mis pesares y cuitas.

En fin por tu persona y por tu vuelta,  
 Cosas entreambas para mí divinas;  
 Por las nupciales teas, que al unirnos  
 En lazo eterno, plácidas ardan;

Y en fin por tu cabeza idolatrada,  
 (Que al cielo pido que sin daño exista  
 Al volver á tu pátria, y yo la vea  
 Allá en la senectud encanecida)

Te juro ser tu firme compañera  
 Do quiera que me mandes que te siga,  
 Ora la parca...(pronunciarlo temo)  
 Ora mil años, cual anhelo vivas.

Voy á cerrar en fin con un aviso  
 De esta mi carta las amantes líneas:  
 „Si tienes de mi vida algun cuidado,  
 Ten tú mismo cuidado de tu vida.”

## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
HEROIDA I. <i>Penélope á Ulises</i>	1.
II. <i>Filis á Demofonte</i> . . . . .	14.
III. <i>Briseida á Aquiles</i> . . . . .	31.
IV. <i>Fedrá á Hipólito</i> . . . . .	48.
V. <i>Enone á París</i> . . . . .	66.
VI. <i>Hipsipile á Jason</i> . . . . .	48.
VII. <i>Dido á Eneas</i> . . . . .	102.
VIII. <i>Hermione á Orestes</i> . . . . .	123.
IX. <i>Deyanira á Hércules</i> . . . . .	137.
X. <i>Ariadna á Teseo</i> . . . . .	156.
XI. <i>Cánace á Macareo</i> . . . . .	173.
XII. <i>Medea á Jason</i> . . . . .	188.
XIII. <i>Laodamia á Protesilao</i> . . . . .	211.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

